

¡ROBOT!

PETER DEAN

¡ROBOT!

PETER DEAN

Depósito Legal: B. 12.914 – 60

Núm. De Registro: 5.015 – 1960

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

PRÓLOGO

Todos ustedes recordarán, sin duda, el escándalo de los robots. Durante más de dos meses, los periódicos apasionaron al público con sus relatos, sus crónicas, sus encuestas y sus diatribas sobre el particular. Durante dos meses también, todo el mundo habló, charló y discutió sobre lo mismo.

Ahora bien, ¿dónde termina la verdad y empieza la fantasía en todo ello?

Los periódicos, sobre todo los de tipo sensacionalista, tienen la costumbre de aumentar, exagerar y desfigurar los hechos para atraer más la atención del público. Y el público se cree a pie juntillas lo que lee en ellos. Por esto, creo que puedo afirmar, sin temor a que nadie me tache de anticuado o conservador, que la mayor parte de lo que se habló sobre el caso fue pura fantasía.

Como director jefe de la «Robot Machines Co.», la más importante fábrica de robots de los Estados Unidos y una de las más importantes del mundo, creo que puedo hablar sobre el asunto con perfecta autoridad en la materia. Además, como principal protagonista de los hechos que culminaron en el escándalo de los robots, puedo afirmar que todo lo que diré será exactamente la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

El problema que apasiona hoy al mundo, a raíz del mencionado escándalo, es el de la posible independencia de las máquinas. En este mundo mecanizado en que vivimos, donde la mayoría de los trabajos son encargados a robots, esta pregunta revolotea sobre el mundo como un ave agorera. ¿Puede un robot independizarse del hombre, rebelarse contra él, convertirse en un ser independiente, libre?

En la actualidad, como todo el mundo sabe, los robots son construidos en un plan de dependencia total del hombre. Sus mecanismos están adaptados para cumplir las órdenes del hombre sin discusión. Además, las leyes cibernéticas que los rigen y que todo

robot lleva indeleblemente grabadas en su cerebro positrónico, sobre todo la primera ley(1[1]), previenen e impiden una posible rebelión o fallo de su mecanismo que pudiera redundar en perjuicio para el hombre. Pero se puede llegar a construir un robot que no dependa de nadie y que no tenga grabadas en su cerebro estas leyes, tal corno sucedió con el de Albert Morgan. Entonces, ¿qué sucederá? ¿Llegará a convertirse este robot en un duplicado exacto del hombre? ¿Será capaz de reaccionar por su cuenta, realizando por sí solo los actos que más le convengan «a él», sin ningún concurso humano? ¿Podrá, en una palabra, convertirse en una amenaza para la sociedad?

Aquí es donde ha fallado la gente. Los periódicos, ávidos de sensacionalismo y de mayores tiradas, han exagerado sus noticias pintando al robot del profesor Morgan como una criatura sádica, feroz, repleta de un odio intenso hacia el hombre y todo lo que le representara. El público, naturalmente, se ha alargado, y ahora nos hemos encontrado en medio de una campaña antirrobótica que, si bien no ha traído ningún beneficio a la humanidad, si, en cambio, ha dificultado y paralizado la producción ele miles de fábricas que precisan del concurso de robots para su buen funcionamiento.

¿Dónde termina la verdad y empieza la fantasía en el caso de los robots?

Con el fin de contestar a esta pregunta, que hoy todo el mundo se formula, es por lo que tomo ahora la pluma, dispuesto a relatar todo lo sucedido con el robot del profesor Morgan. Sin la capa de sensacionalismo y exageraciones que lo han revestido hasta ahora. Como ya he dicho antes, mi relato será la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

Y en cuanto a los robots... La ley prohíbe mundialmente la fabricación de cualquier robot que no lleve en su interior las leyes robóticas y el mecanismo de autodestrucción, así como su dependencia del hombre. Y creo que nunca, nunca, la ley desamparará estas condiciones. Porque un robot sin ellas, un robot que tenga en su cerebro una imitación perfecta de los atributos humanos, no será más que un monstruo, una ofensa al hombre y a su Creador. Porque Dios nos creó a su imagen y semejanza, infundiéndonos vida con sus propios labios. Y aunque en el mundo aparezcan cien, doscientos o mil profesores Morgan, nunca lograrán imitar Su obra. El hombre será siempre un ser espiritual, vivo, mientras que un robot será siempre una máquina, un ser artificial, muerto.

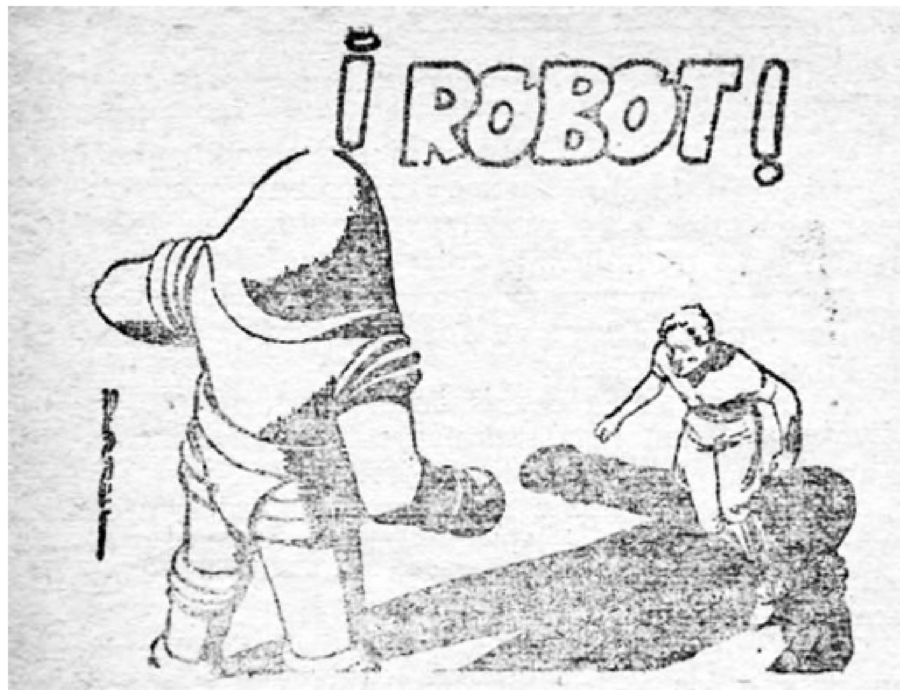
Creo definitivamente que, en este caso, la mejor respuesta se

encuentra en aquellas palabras que pronunciara Edward Franklin poco antes de empegar este asunto:

«Un robot puede ser todo lo perfecto que se quiera; pero nunca tendrá corazón.»

Nueva York, junio de 2437.

Frank Hickman



CAPÍTULO PRIMERO

EL PROYECTO

EMPEZÓ todo un día cualquiera. Un día en el que amaneció igual que siempre, en el que el sol salió a la misma hora de costumbre, y en el que el tiempo no fue ni más frió ni más caluroso que en los demás días.

Como siempre, a las siete en punto de la mañana, ni un segundo antes ni un segundo después, mi robot mayordomo acudió a despertarme a mi dormitorio. Me levanté, me duché, me vestí, me desayuné, y a las ocho en punto cogía mi monobólido y ponía rumbo a la fábrica, dispuesto a cumplir el ritual de costumbre.

Y el ritual de costumbre se fue cumpliendo. A mi despacho llegaron cartas y documentos para firmar, contratos para estudiar, diagramas de fabricación para refundir… todo igual que cada día.

Pero a media mañana sucedió un hecho que, si bien es normal dentro de una fábrica de robots, no suele suceder a diario.

Debían ser cerca de las doce horas cuando Cecily Mitchell, mi (¡ay!) eficiente secretaria, me comunicó por el intercomunicador:

—Hay aquí alguien que desea hablar contigo, Frank. Dice llamarse Albert Morgan; profesor Albert Morgan. Supongo que debe de traer un nuevo proyecto de robot.

Emití un sonido ambiguo, con el que solía dar en estos casos mi conformidad a la visita, y poco después penetraba en el despacho un hombre con un voluminoso fajo de papeles bajo el brazo.

—Buenos días — saludó, yendo a sentarse en una silla frente a mí —. El señor Frank Hickman, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, y él se presentó a sí mismo como Albert Morgan, ingeniero, profesor especializado en Cibernética. Era un hombre más bien bajo, rollizo, y con una cara que tenía como expresión habitual una mezcla entre lo sádico y lo irónico. En aquel

momento me dije que quizás fueran aprensiones mías, pero que aquel hombre parecía un paranoico.

Albert Morgan, señalando el fajo de planos que traía bajo el brazo, rompió el silencio:

—Se trata de un nuevo tipo de robot, señor Hickman — dijo—. Algo completamente nuevo, revolucionario en el campo de la Cibernética. Lo más perfecto que haya podido imaginarse en robots.

Y me tendió los planos, que acepté con una sonrisa convencional. Todos los inventores suelen calificar los frutos de su ingenio como cosas maravillosas, revolucionarias y sin precedentes en su campo. Y aquél no iba a ser menos.

Desplegué los planos, extendiéndolos sobre la mesa. Aparté montones de cuartillas llenas de fórmulas matemáticas, montones de diagramas electrónicos, más fórmulas electrofisicas y matemáticas, y al fin llegué al meollo del asunto: el esquema resumen del robot.

—¿Qué le parece? — me preguntó, con tono impaciente.

Me encogí de hombros. Por el diagrama veía que aquel robot no era como los que fabricábamos nosotros. Por lo menos tenía un millar de piezas más en su interior. Ahora bien, para estudiar sus características y su funcionamiento completo se necesitarían muchas horas; no una simple mirada. Se tendrían que descifrar todas las fórmulas matemáticas y aplicarlas a la realidad, estudiar todo el mecanismo interno...

—Lo siento — respondí—, pero no puedo darle una respuesta inmediata. Como comprenderá, se necesita hacer un profundo estudio sobre el particular. Pasaré los planos al departamento técnico para su examen, y ya le daremos una respuesta.

El hombre se puso en pie, mirándome fijamente.

—De acuerdo, señor Hickman — repuso—. En este caso, si no tiene inconveniente, volveré dentro de una semana para saber su opinión sobre el particular. ¿Conforme? — sus ojos brillaron, y yo asentí con la cabeza—. Bien — me tendió su mano, estrechándome fuertemente la mía — entonces, hasta dentro de siete días.

Salió del despacho rápidamente, como un vendaval. Agité la cabeza; un tipo impetuoso, que no podía refrenar sus nervios. Mal asunto si sus planos no eran tan buenos como él creía y teníamos que

rechazar su proyecto.

Pulsé el botón del intercomunicador y llamé a Cecily. Cuando su cabeza apareció por un lado de la puerta, le tendí el montón de papeles:

—Toma. Llévale esto a Edward para que le dé un repaso. Y que no se asuste demasiado.

Ella lo tornó entre las manos, sopesándolo.

—¿Algún nuevo tipo de robot? — preguntó.

Me encogí de hombros, y ella hizo lo propio, volviendo a salir del despacho con su grácil paso. Cuando la puerta se cerró tras ella, no pude evitar el lanzar un suspiró de honda melancolía. ¡Diablos!, ¿por qué todos los jefes se han de enamorar de sus secretarias?

* * *

Pasaron dos días sin que, atareado por mis ocupaciones habituales, volviera a acordarme de Albert Morgan y su robot. Al tercero, Edward Franklin, el jefe del departamento técnico de investigación de la empresa, se personó en mi despacho. Bajo su brazo traía, cuidadosamente atado, un paquete de planos.

Con gesto desmañado, fue a sentarse frente a mi mesa y dejó caer sobre ella el legajo.

—Toma — me dijo, como principio—. Coge esto, quémalo, tíralo, devuélvelo, guárdalo como recuerdo o haz lo que quieras con ello, pero apártalo de mi vista lo antes posible, por favor.

No pude por menos que admirarme de aquellas palabras, cuya significación era lo suficientemente explícita. En los siete años que Edward llevaba trabajando en la «Robot Machines Co.», nunca había rechazado tan categóricamente un nuevo proyecto de robot. Siempre se había limitado a exponer las dificultades del mismo, sus fallos, sus errores, sus posibles puntos débiles, apuntando casi siempre alguna solución... ¡Pero ahora...!

—¿Qué pasa? — quise enterarme—. ¿Hay algo mal? ¿Acaso no es factible?

Edward dejó escapar una risita seca, irónica.

—¿Factible? — exclamó—. ¡Más que esto! ¡Es perfecto!

—Bien. ¿Entonces?...

—Nada — replicó él secamente—. Es tan perfecto, tan perfecto... que no puede llevarse a la práctica.

Miré fijamente el paquete de planos. La curiosidad me había picado con su aguijón, y empezaba a interesarme por el asunto.

—¿Por qué? ¿Acaso están mal los cálculos?

—¿Mal los cálculos? ¡Je! No hay ni el más mínimo error en ellos. No hay ningún error en nada. Sólo que...

Se detuvo unos momentos, y yo me incliné casi sin darme cuenta hacia adelante. Confieso que esperaba con ansiedad sus palabras. Apremié:

—¿Qué?

Y Edward, con aquella tranquilidad tan suya, dejé caer la bomba:

—Sólo que esto no es el proyecto de un robot, Frank. ¡Esto son los planos de un hombre!

Si me hubiera dicho que acababa de descubrir el medio de atravesar la relación Espacio-Tiempo con un monobólido, no hubiera pegado un bote mayor. ¡Los planos de un hombre! ¡Grandísima locura!

—¡¡¡¿Qué?!!! —chillé, creyendo haber oído mal.

Edward se permitió una débil e irónica sonrisa.

—No es exactamente lo que te piensas—me aclaró—. No se trata de los planos de un hombre en la concepción orgánica de la palabra, sino en la mental. En lo del cerebro, ¿comprendes?

Volví a sentarme en el sillón, del que había saltado al oír la extraordinaria noticia. Con todo, lo que acababa de escuchar ahora no era lo suficiente como para dejarme tranquilo respecto al significado de aquellas palabras. Le pedí que se explicara.

—Es sencillo, dentro de su dificultad — dijo, empleando uno de aquellos juegos de palabras a los que estaba tan acostumbrado, gracias a les cuales no podía saberse nunca si quería decir una cosa u

otra—. Algo que parece muy complicado, pero que puede explicarse en pocas palabras.

Se reclinó en su asiento y sacó un cigarrillo. Mientras, mi vista no se apartaba un momento de los enrollados planos. Después de echar al aire una bocanada de humo, Edward principió:

—Como sin duda tú sabrás, por algo eres director de una fábrica de robots, la principal diferencia que existe entre un hombre y una máquina es que el primero puede pensar y actuar por su cuenta, mientras que la segunda no. Cierto que los modelos actuales de robots tienen ya una relativa autoindependencia que los hace más individualistas que los antiguos tipos, pero todos se caracterizan por la misma cualidad: si el hombre no los dirige, si no les da órdenes sobre lo que tienen que hacer y lo que no, permanecen inmóviles, inactivos.

»¿Correcto?

Asentí con la cabeza, preguntándome a dónde quería ir a parar Edward con aquella conversación. Él, después de acortar unos milímetros más la longitud de su cigarrillo, prosiguió:

—Bien, en esto estamos de acuerdo. Ahora permíteme que te plantee una cuestión. Supongamos que pudiéramos construir un llamémosle «robot pensante», un robot en el que quedaran suprimidos todos estos factores que lo subordinan al hombre y que pudiera actuar, pensar y decidir por su propia cuenta. ¿Qué sucedería?

Aquella pregunta, francamente, me sorprendió y me intranquilizó. Un robot de este tipo no había sido construido nunca hasta entonces, debido a su gran complicación y dificultad. Nunca se había hallado el modo de lograr que un robot pensase y decidiese por su cuenta, sin ningún concurso humano Esto sin contar que los factores a los que había aludido Edward, que subordinan el robot al hombre, constituyen el abecé de las leyes robóticas. Y esto...

—Esto supondría...—objeté.

Levantando una mano, Edward me salió al paso.

—De acuerdo; completamente de acuerdo. Esto supondría salirse de la legalidad. Ahora, ¿quieres hacerme el favor de contestar a mi pregunta?

—Pues... — confieso que me removí en el asiento, sin acertar a decir nada. No sabía exactamente por qué, pero aquella conversación

se me estaba haciendo difícil—. Suponiendo que pudiera llevarse a la práctica… En fin, que el robot se independizarla totalmente del hombre.

—¡Ajá!

El golpe que dio sobre la mesa hizo saltar varios objetos que había en ella, y me hizo saltar a mi también. Inclinándose hacia adelante, dijo triunfalmente:

—Pues eso es precisamente lo que hay en esos planos, Frank.

Me derrumbé en el sillón, deshinchándome como un fuelle. ¡Diablos, después de lo de «planos de un hombre», todo me parecía ya posible!

Edward, consciente de mi estado de ánimo, no tardó ni dos segundos en volver a lanzar otra de sus bombas.

—Lo que te he dicho es sólo el principio, Frank. Todavía hay más.

En el transcurso de aquel día, realicé mi tercer ejercicio de salto en el asiento.

—¡¿Qué?!

—Cálmate—suplicó Edward, la mano por delante—. Antes de empezar a pensar cosas descabelladas será mejor que me escuches. Luego saca las conclusiones que te apetezcan.

Volví a recostarme en el sillón, dispuesto a no sorprenderme ya por nada. Maldije interiormente el modo de hablar que tenía aquel hombre. ¿Por qué no lo soltaba ya todo de una vez?

Por suerte, eso fue lo que decidió hacer en aquel momento.

—El estudio de esos planos — empezó—, solamente me ha ocupado día y medio. Pero si he dudado hasta ahora en traértelos ha sido porque he estado rumiando sobre las consecuencias de la construcción de un robot como el que se encuentra aquí detallado — golpeó el fajo de papeles crin el índice—. Y te advierto que las conclusiones a las que he llegado, después de meditarlo mucho, no son muy halagüeñas que digamos.

»Bueno, vamos a dejarnos de rodeos, y metámonos de lleno en

la cuestión. Según te he dicho al principio, lo que había encerrado en estos papeles no eran los planos de un robot, sino los planos de un hombre. Quizás me haya expresado mal; un hombre no podrá nunca imitarse mecánicamente a la perfección. Pero es la expresión que más le cuadra.

»Dejemos ahora aparte la constitución física del hombre. Este se mueve gracias a los impulsos de su corazón, y un robot a los de una pila atómica; el hombre se nutre de alimentos orgánicos, y el robot de uranio y lubricantes... En fin, dejemos esto. Si he dicho que los planos que hay aquí son los de un hombre, me he referido exclusivamente a la parte mental.

»Como tú sabes, los últimos modelos de robots que se han lanzado al mercado, el «Robot Informadora, el «Robot criado», el «Robot policía», etcétera..., tienen con respecto a los modelos más antiguos una cierta independencia, que se traduce en una autonomía y una... llamémosle libertad de movimientos que hacen que sus diferencias constitucionales con el hombre en el campo mental se vayan acortando poco a poco. Previniendo lo que podría suceder al irse perfeccionando los modelos, la Sociedad Internacional de Cibernética acordó crear una legislación robótica, cuyas leyes tendrían que ir grabadas en los cerebros mecánicos de los robots. Así, existe la primera ley, que les prohíbe causar ninguna clase de daño a un humano, a menos que hacer lo contrario redunde en un mal mayor, y para lo cual los robots llevan en su interior un sistema de autodestrucción que, en caso de suceder lo dicho, entra en funcionamiento automáticamente destruyendo los conductos de las pilas atómicas e inmovilizándolos completamente. También existe la segunda ley, que ordena que todos los mecanismos de los robots están supeditados a las órdenes humanas, sin las cuales no puedan hacer nada por carecer de iniciativa propia...

»En fin, vayamos al grano. Supongamos ahora que, voluntariamente, se construya un robot al que las leyes robóticas le importen un pito. Ya sé que esto está prohibido por la ley, pero supongámoslo. Supongamos también que adaptamos a este robot un sistema mental autopensante, mediante el cuál pueda actuar por propia iniciativa, sin recibir ninguna clase de órdenes — su interlocutor hizo un gesto—. De acuerdo, hasta ahora no se ha intentado nada de ello, pero a pesar de su complicación es totalmente posible. Es más, se ha hecho ya. Morgan lo ha hecho. Supongamos, por otra parte, que dotamos a este robot de una selección de bobinas memorísticas extrafinas, de una capacidad cinco veces superior a la de los robots corrientes. Y supongamos, finalmente, que llenamos esta

selección de bobinas con todos los conocimientos de la vida y la ciencia que pudiera tener un hombre de cien años, erudito en todas las materias. Una vez construido este robot, recubierto de una capa plástica de «carne humana», y puesto en funcionamiento, ¿qué diferencia podría hallarse con un hombre de carne y hueso?

Muy a mí pesar tuve que reconocer que ninguna. Un robot autopensante, que no dependiera de nadie, sin asomo de leyes robóticas en su cerebro, y con una «experiencia» mental de un hombre de cien años... Meneé la cabeza lentamente. Hasta entonces, lo que había hecho a los robots inferiores al hombre no era su apariencia exterior, totalmente humana en su perfecta imitación, sino su total dependencia a éste. Si, como decía Edward, (y nada había para que pudiera creer que ello no era verdad) Morgan había dado con el modo de construir un cerebro robot autopensante con todas aquellas cualidades, la diferencia entre éste y la mente humana serla de cero coma cero elevado al infinito. Salvo...

—Salvo mi un punto —dijo Edward, como adivinando mis pensamientos—. Un punto que me ha hecho cavilar sin descanso sopesando sus posibles consecuencias. Este robot sería, cerebro a cerebro, un duplicado exacto del hombre. Pero le faltaría una cosa: «sentimientos».

»Dejemos estar ahora las filosofías de los antiguos autores de novelas de "Science-fiction". En aquella época dorada apenas se sabía lo que era la Cibernética, ni lo que se encerraba en el interior de un cerebro positrónico. Entonces se podía creer que era posible que un robot albergara en su interior sentimientos, como si fuera una persona normal.

»Pero ahora no, ahora no podemos engañarnos a nosotros mismos. Un robot será todo lo perfecto que se quiera, pero nunca tendrá corazón. No podrá expresar el amor, ni el odio, ni la furia, ni la benevolencia... Simplemente, no lo sentirá. Para un robot no existirá la idea del bien ni del mal; para él será lo mismo acariciar un perro o un gato que matar una persona a sangre fría, si no hay leyes robóticas que se lo impidan. No se alterará lo más mínimo por el más horrendo espectáculo que presencie. Será, a pesar de todo, una máquina. Una máquina perfectísima al fin y al cabo. Y una máquina no puede tener alma.

Se detuvo unos momentos, como dándome tiempo para que sus palabras entraran en mi cerebro. Y entonces, Inclinándose sobre la mesa y agarrando los planos con una mano, murmuró:

—Y ahora dime, Frank: Si llegaran a construirse varios robots de esté tipo, sí llegara a construirse tan sólo uno de ellos, ¿qué sucedería? ¿Qué le pasaría al hombre bajo la acción de estos seres artificiales, mentalmente iguales a él, pero con la suprema ventaja de carecer por completo de emociones, de sentimientos, y, por lo tanto, de escrúpulos?

* * *

—¡No, ustedes no pueden hacerme esto!

Albert Morgan, de pie ante mi mesa de despacho, me miraba con furia reconcentrada. Ante él, y apoyado sobre la misma, se encontraba el legajo de los planos de su robot

—Ustedes no comprenden lo que les ofrezco — me decía, acercando su rostro al mío— Durante cuatro largos años he trabajado en la realización de este robot. Ha sido un sueño dorado, mi máxima ambición. A él he sacrificado mil cuatrocientos sesenta días de mi existencia. ¡Y ahora dice que me lo rechazan!

Lanzando un suspiro de resignación, crucé mis manos sobre la mesa, intentando mantenerme tranquilo.

—Escuche, señor Morgan — Intenté razonar —. Comprendo lo que siente usted, pero yo ya le he explicado mis motivos. Su proyecto es algo revolucionario, sensacional; de acuerdo. Pero nosotros no podemos llevarlo a la práctica, por la sencilla razón de que entra dentro de lo penado por la ley. Un robot que no tenga grabadas las leyes robóticas en su cerebro es algo que no debe existir por razones de seguridad.

—¡Al diablo la seguridad! —Morgan dio un par de manotazos en el aire, como queriendo despejar la habitación —. Lo que les ofrezco es algo totalmente fuera de serie, el verdadero robot humano. ¡Un hombre artificial, ¿comprende?! ¿No se Imagina usted el panorama del mundo con ingentes cantidades de estos robots gobernando grandes empresas realizando importantísimos negocios, llevando a cabo multitud de proyectos que el hombre no se atreve siquiera a imaginar? ¿No los ve usted formando filas en el ejército, soldados sin miedo a nada ni a nadie? ¿No se los imagina...?

—¡ ¡Basta! !—El puñetazo que pegué sobre la mesa hizo retemblar las paredes. En un intento de imponerme a no sabia qué, alcé la voz por encima de lo normal—. Tal vez no lo comprenda usted,

señor Morgan, pero este robot puede llegar a convertirse en un peligro para el hombre Es une máquina perfecta, pero sin conciencia, sin ninguna clase de moral. ¿No comprende que para él seria lo mismo matar a un hombre que pisar a una hormiga? Recuerde las novelas de anticipación sobre robots que estuvieron de moda hace unos siglos. En todas ellas nos pintaban a los seres metálicos dispuestos a exterminar a la raza humana, sintiendo un odio feroz hacia todos nosotros...

—Los robots no pueden sentir el odio, señor Hickman — había un cierto grado de ironía en su voz.

—¡Ya lo sé, maldita sea! ¿Pero no ve que lo que pretende es un imposible? Hubiera podido denunciarle a la policía sí hubiera querido.

—Pero no lo ha hecho. Lo cual confirma que, en el fondo, usted cree en el proyecto, y se siente tentado por él.

—¡ ¡No! !

La misma vehemencia con que pronuncié la exclamación demostraba a las claras lo contrario, y esto no le pasó desapercibido a Morgan. Sí, en efecto, a mi me tentaba la idea. Pero al mismo tiempo me atemorizaban les riesgos que llevaba consigo. Recordaba las palabras de Edward previniéndome de ello, y esto hacía que me echara atrás.

—Lo siento, señor Morgan— dije, queriendo finalizar de una vez por todas aquella entrevista—. Intente que le admitan su proyecto en alguna otra fábrica de robots. Hay muchas en el mundo.

Morgan negó lentamente con la cabeza.

—No, señor Hickman. Lo que no se atreva a hacer la «Robot Machines Co.» no se atreverá a hacerlo nadie.

Hice un gesto vago, de impotencia. Lo sentía mucho, pero yo no podía hacer nada. A pesar de todo podía intentarlo en alguna otra parte...

—No importa — recogió el legajo de los planos, sin cesar de mirarme —. De todos modos, todavía no estoy vencido. Tengo dinero, señor Hickman; soy rico. He llevado a cabo todos mis cálculos, y no me costará demasiado construir el robot por mi cuenta. Luego, cuando lo tenga terminado, le llamaré para que lo examine — me miró fijamente mientras se colocaba los planos bajo el brazo—. Si entonces aún no está convencido... En fin, desearé que luego no tenga que

lamentarlo demasiado.

Dio media vuelta, y salió a paso vivo de la estancia. No parecía estar abatido, y mucho menos derrotado. Al contrario, parecía como si, para él, la lucha empezara entonces. En aquel momento tuve la seguridad de que no sería la última vez que me encontrarla frente a él. Y la próxima seria con el robot, su fantástico robot autopensante, entre los dos.

CAPÍTULO II

SEIS meses transcurrieron sin que volviera a acordarme, salvo en raras ocasiones, de Morgan y su proyecto. Por aquel entonces el Departamento de Enseñanza del Estado había hecho un pedido de ciento cincuenta robots maestros para sus Escuelas Estatales, y la realización de esta labor nos absorbió todo nuestro tiempo.

Seis meses después los ciento cincuenta robots maestros estaban terminados, convenientemente embalados en sus cajas protectoras individuales, y dispuestos para ser enviados a Washington. Con el fin de celebrar la terminación del pedido, al fin de la jornada diaria celebramos una pequeña fiesta refresco en las naves de montaje de la fábrica, convenientemente habilitadas para tal fin, y en la que aprovecharnos la ocasión para probar otro tipo de robot quo teníamos en periodo de experimentación: el robot camarero. He de consignar que éste se portó magníficamente, teniendo; tan sólo que lamentar la rotura de una bandeja de vasos, y por causas totalmente ajenas a la naturaleza del robot.

Serían ya las ocho y media de la noche, y se habían agotado ya doce cajas de licor, cuando se dio la fiesta por terminada. Todos los operarlos — unos doscientos en total — se fueron retirando a sus respectivos domicilios, y en la fábrica solamente quedamos Cecily y yo.

Aquel mismo día, para celebrar también el feliz término de los robots maestros — y con el fin de gozar un poco más de su compañía — había invitado a Cecily a una cena íntima en el «Tipics», un restaurante donde los robots y el servicio automático brillaban... por su ausencia. Cuando quedamos solos nos dirigimos a mi despacho, con el fin de recoger nuestros abrigos. Por el camino hablamos de cosas triviales, como son los robots maestros, los robots camareros, los últimos pedidos que habíamos recibido...

Llegamos a mi despacho, y ayudé a Cecily a colocarse su abrigo, hecho lo cual tomé el mío. En aquel misino momento, como quien no quiere la cosa, a ella se le ocurrió preguntar:

—Oye, Frank. ¿No has sabido nada de aquel tipo... Morgan, creo que se llamaba, y su proyecto de robot?

¿Fue una premonición? ¿Un aviso? No lo sé. La realidad es que, apenas había tenido tiempo de negar con la cabeza, cuando el visófono exterior de mi despacho empezó a sonar con insistencia.

Alargue la mano, conectando el aparato. En la pequeña pantalla del mismo se reflejó un rostro que al principio no reconocí, pero que no tardó mucho en ocupar su lugar correspondiente en el archivo de mi memoria. ¡Era Albert Morgan!

Confieso que mi primara reacción fue de sorpresa. Y ésta aumentó cuando le oí decir:

—¡Buenas noches, señor Hickman! He llamado a su domicilio, pero su robot criado me ha informado que todavía estaba aquí, en la fábrica. Una maravilla de robot, criado, ¿verdad? Aunque he de reconocer que no es ni con mucho tan perfecto como el mío…

—¿Qué desea?—corté, deseoso de abreviar aquella conversación que preveía difícil.

—¿Desear? Nada, señor Hickman, absolutamente nada. Solamente recordarle lo que le dije en nuestra ultima conversación; que cuando tuviera mi robot construido le invitaría a contemplarlo y a ver su funcionamiento. Hoy he hecho las primeras pruebas y... ¡Bueno!, ¿para qué decirle que han sido un éxito completo?

Su rostro reflejaba una feroz alegría. Comprendí el motivo de su llamada. Yo le había humillado en su amor propio rechazándole su proyecto, y ahora se tomaba la revancha.

—Oiga, señor Morgan... — argüí, dispuesto a excusarme para no ir. No quería darle este gusto.

—¡Oh, no se preocupe por nada, señor Hickman! ¡No tiene que darme explicaciones! Simplemente, le invitaba a una velada agradable en compañía de mi «Homúnculos sapiens». Yo no le obligo para nada, aunque sé que terminará por venir, ¿verdad? La atracción que ejerce mi robot sobre usted es demasiado fuerte. Mi dirección es Avenida de los Mundos, 147. Le espero, ¡Buenas noches, señor Hickman!

—¡Eh, pero...! ¡Oiga...!

Pero Morgan ya había cortado la comunicación. Apagué el

aparato lanzando un bufido. ¡«Homúnculo sapiens»! Decididamente, aquel hombre estaba loco.

—Era Morgan, ¿verdad? ¿Qué es lo que quería?

Volví mi vista hacia Cecily, que me contemplaba entre curiosa e interesada.

—No, nada — repliqué, cogiéndole del brazo—. Vámonos a cenar.

— ¡Eh, un momento!—se detuvo en seco, obligándome a detenerme a mi también—. Si no he entendido mal, el señor Morgan te invita a que presencies las pruebas de su robot, ¿no? ¿Y tú rechazas la invitación?

Pronuncié por lo bajo un gruñido indescifrable. No, yo no rechazaba su invitación. Y tampoco Morgan me había invitado a presenciar las pruebas de su robot. No me había hecho la menor gracia el tono irónico y terriblemente pretencioso con que me había hablado. Me lo imaginé al lado de su robot, un gigante de dos metros y medio de estatura y feroz aspecto... Sonreí para mi interior. ¡Lo que puede la animosidad contra cierta cosa! Según los planos, el robot en cuestión tenía figura y complexión enteramente humanas.

Meneé la cabeza.

—Tú no lo comprendes, Sis — repliqué—. El robot que ha construido Morgan es un modelo cuyas características están prohibidas por la ley. No quiero meterme en terrenos resbaladizos, ¿entiendes?

—Si, Frank, comprendo. Pero tú no te expones a nada con ir a verlo. Y si se trata de un robot tan maravilloso...

Me paré en seco.

—¿Quién te ha dicho que era un robot maravilloso?

—Bueno, sus palabras no lo definieron exactamente como maravilloso. Fueron... perfecto; si eso fue exactamente.

—Sí, claro — con esta misma palabra me lo había definido a mí —. Precisamente por eso, Sis. El hombre no puede construir nada perfecto. Y si ha ideado algo que en el papel lo es, no podrá serlo nunca en la realidad. ¡Ese robot ha de tener algún fallo!

Ella adujo:

—Bien. En este caso ve a verlo y podrás encontrarle todos los fallos que quieras. ¿No eres técnico en la materia?

Me miraba fijamente, y yo sabia lo que quería decir aqueja mirada. Precisamente por culpa de ella yo no podía negarle nada a Cecily. Pero no quería capitular. Ardía en deseos de ir a contemplar aquella maravilla que a pesar de todo debía ser el robot, lo confieso, pero al mismo tiempo no quería darle el gusto a Morgan. Y esta última sensación era la más tuerte.

—Lo siento, Sis — repliqué, intentando evadirme de la cuestión—. Vámonos a cenar, y no nos preocupemos más del asunto.

—No — se paró firmemente en el centro de la habitación, cruzando los brazos—. Siento comunicarte que me han desaparecido las ganas de ir a cenar. Ahora siento deseos de ir a ver un nuevo tipo de robot, al que han calificado pomposamente de «Homúnculos sapiens». Será un espectáculo digno de verse, ¿no crees?

Me quedé mirándola, lanzando reniegos por lo bajo. Bien, de todas formas, yo ardía en deseos de ver al robot, aunque mi orgullo no quisiera capitular, Cecily me ofrecía un camino a seguir, de modo que yo no hiriera mis convicciones y lograra satisfacer mis deseos.

La cogí del brazo y tiré de ella hacia la salida. Mientras descendíamos hacia la planta baja en busca de mi monobólido, rezongué:

—¿Por qué diablos todas las mujeres han de conseguir siempre lo que se proponen?

Cecily no contestó. Pero, sin necesidad de ser telépata ni mucho menos, yo hubiera podido leer con exactitud y sin temor a equivocarme todos los pensamientos que al respecto cruzaban en aquel momento por su mente.

Y es que las mujeres son así,

* * *

La Avenida de les Mundos es un largo y ancho paseo, sito en las, afueras de la ciudad, que la circunda casi completamente de norte a sur. En su mayor parte está formado por villas, a las que de tanto en

tanto interrumpe la perspectiva un moderno edificio de veinte o más pisos, elevándose hacia el cielo cual dedo apuntando a las estrellas.

La villa de Morgan (el número ciento cuarenta y siete de la avenida) estaba situada a poca distancia de la carretera sur, en la parte de la izquierda. Era un edificio de un solo piso, de planta cilíndrica y pintado enteramente dé azul. Sus ventanas eran redondas, a modo de escotillas, y en aquel momento permanecían a oscuras todas menos una, situada en el piso bajo, casi al lado mismo de la puerta. Supuse que allí estaría en aquellos momentos Morgan, gozando por anticipado del espectáculo.

Detuve el monobólido frente a la casa, y descendimos de él. Traspusimos la valla de cierre electrónica, abierta en aquellos momentos, y atravesamos un camino enarenado que serpenteaba entre extensiones de pasto artificial. Llegamos frente a la puerta de entrada y, adelantándome, pulsé el botón del timbre.

Transcurrieron varios minutos sin que ningún movimiento se apreciara en el interior de la casa. Volví a oprimir el botón, y el resultado fue idéntico de la vez anterior.

Miré a Cecily, y ella se encogió de hombros. Salté los tres peldaños que conducían a la puerta y me encaminé hacia la ventana que permanecía iluminada. Sin embargo, era demasiado alta para que pudiera verse su interior. Iba ya a darme por vencido, cuando me sobresaltó la voz de Cecily.

—¡Frank! ¡La puerta está abierta!

Regresé Inmediatamente a su lado, observando la exactitud de su aseveración. Cecily había tanteado la puerta, curiosa, y ésta se había abierto unos centímetros. Sin dudar, terminé de abrirla de un empujón y penetré en su interior.

Nos encontramos en el comienzo de un estrecho y largo pasillo, cuyas paredes estaban llenas de cuadros representando robots de todas clases y condiciones desde la famosa «Bessie» (1[2]) hasta el último modelo de robot mayordomo. A ambos lados del mismo se abrían sendas puertas, sin que en ninguna de ellas se filtrara luz salvo en la primera, que correspondía a la ventana que habíamos observado iluminada. Sin ninguna clase de vacilación me dirigí hacia ella, seguido inmediatamente por Cecily. Abrí la puerta, y los dos penetramos casi al mismo tiempo en su interior.

Quizá si Cecily hubiera desistido de seguirme, se hubiera

ahorrado la contemplación de un espectáculo nada agradable. Apenas penetramos en la habitación, lanzó un grito, llevándose las manos a la boca:

— ¡Oh, Dios mío!

Yo, por mi parte, no grité. Aunque hubiera querido hacerlo, la voz no hubiera salido de mi garganta. Me quedé parado en el umbral, inmóvil, estupefacto, sin saber si la sensación que sentía era de asco, de horror o de repulsión.

¡Porque allí, en el centro de una habitación destrozada y llena de sangre, yacía el cuerpo de un hombre horrorosamente mutilado, como si en él hubieran cumplido una venganza sádica y feroz!

Avancé unos pasos, tambaleante. Si, no cabía duda; aquel hombre había sido, en vida, Albert Morgan; pero... ¿podría reconocérsele ahora? Tenía la cabeza enteramente deshecha, esparcida por el suelo entre manchas de sangre y masa encefálica. Sus ropas estaban totalmente destrozadas, y a su través se velan retazos de carne magullada, llena de heridas y cardenales. Sus brazos permanecían en posiciones inverosímiles, completamente descoyuntados o rotos sus huesos Por toda la habitación se veían manchas de sangre, y todos los muebles aparecían tumbados en el suelo, rotos y aplastados en su mayoría. La escena toda daba idea de una lucha a muerte, feroz. Una lucha en la que Morgan estaba en patente inferioridad de condiciones....

Sentí que el pelo se me erizaba en la nuca. ¡Cielos, el robot!

Fue una idea repentina, que me estalló dentro de la cabeza al igual que una granada atómica. Morgan había construido ya su robot. Un robot que no sabia nada de leyes cibernéticas, que no obraba bajo mandato alguno, que pensaba y actuaba por cuenta propia...

Di media vuelta, y estuve a punto de chocar con Cecily, que contemplaba todavía con ojos desorbitados el mutilado cadáver yacente en medio de la habitación. Al cruzarse nuestras miradas, murmuró:

— ¡Dios mío! ¿Qué... qué puede haber sucedido?

No respondí a aquella, pregunta, tan innecesaria como fuera de lugar en aquellas circunstancias. Cogí a Cecily por el brazo y la arrastré conmigo hacia la salida. Luego abrí la puerta y la empujé hacia el exterior.

—Regresa al monobólido — ordené—, y espérame allí hasta que yo vaya.

—¿Y tú?

Hice un gesto ambiguo.

—No té preocupes por mí. Tengo aún algo que hacer.

Volví a empujarla y ella obedeció dócilmente. Una vez vi que se metía en el monobólido, di media vuelta y volví a penetrar en la casa.

Mi intención era registrar la villa en su totalidad, con el fin de intentar hallar algún rastro del robot. Estaba ya completamente seguro de que él había sido el asesino de Morgan. Si Morgan era el que yacía en el centro de la habitación. Como elemento de precaución saqué mi pistola protónica, una pequeña pero mortífera arma, de la que nunca me he separado en mi vida, y empecé a recorrer la casa. Fui pasando habitaciones, una tras otra, sin hallar nada, digno de mención. Atravesé dormitorios, el comedor, la biblioteca la cocina... En ella encontré a un robot de tipo mayordomo, inmóvil en el centro de la pieza. Lo observé. Se le habían cortado deliberadamente las conexiones del motor. En la práctica estaba como muerto.

Una vez hube examinado por completo el piso bajo, la emprendí con el piso alto. Más dormitorios, una sala de dibujo, en la que todos los papeles estaban revueltos... y nada más. Volví a descender, encaminándome a una pequeña escalera que sin duda conducía a los sótanos. En efecto, allí fui a parar. Encontré diversos accesorios de montaje electrónico, una mesa semejante a las de operaciones, a las que conocía bien, ya que en ellas se procedía al montaje y ajuste de los robots, algunas piezas e instrumentos de alta precisión esparcidos por el suelo...; todo ello en el máximo desorden posible. No cabía duda de que alguien había rebuscado algo por allí, no molestándose en volver a colocarlo todo en su sitio. Del robot no había ni rastro.

Volví a la planta baja, haciéndome mentalmente un cuadro de lo sucedido. El robot había atacado a Morgan, matándolo, asesinándolo, o como quiera que legalmente se llamara a esta clase de crimen. Luego había rebuscado en la sala de dibujo y en el laboratorio algo que le interesaba, probablemente los planos de su propia construcción, ya que no los había visto en parte alguna. Después, ya satisfecho del resultado de sus actos (si es que un robot, aun siendo

tan perfecto como éste, podía sentir satisfacción por algo), había abierto la puerta de la villa y..., ¡Adiós!

Me pasé la mano por la frente. Bien, ahora ya había hecho todo cuanto creía que debía hacer. A partir de aquel momento, el asunto dejaba de ser de mi incumbencia.

Por lo tanto, me dirigí hacia la primera habitación en la que había un visófono y, envolviéndome la mano con un pañuelo con el fin de no dejar huellas en el aparato, llamé a la policía.

* * *

Pese a su habitual cachaza, la policía apenas tardó diez minutos en llegar a la villa, conduciendo sendos bólidos oficiales y haciendo sonar estrepitosamente sus sirenas. En seguida se metieron dentro de la casa, ocuparon posiciones, y un sargento, con gesto de malas pulgas y cara de "bull-dog", se dirigió hacia mí para interrogarme. Me preguntó qué hacia en la villa, a qué hora había llegado, qué había hecho desde que llegara hasta llamarles a ellos, cuál había sido el motivo do mi visita... Me extrañó que no me preguntara también quién era el asesino, pues a esta pregunta hubiera podido contestar mejor que a las otras. No soy hombre que ande mirando siempre el reloj para saber a qué hora llega a todos sitios.

Con el fin de aclarar un poco las cosas, expliqué al sargento todo lo sucedido desde el día en que Morgan acudiera a mi despacho de la «Robot Machines Co.» ofreciéndome los planos de su robot, hasta el momento actual, explicándole asimismo mi teoría sobre el asesinato. A lo cual él, con el escepticismo característico da la policía neoyorquina, respondió con dos exclamaciones que reflejaban a un tiempo sus cortas entendederas y sus largas cualidades de rechazar todo lo que no pudiera verse, tocarse u olerse en torno al asesinato.

—¡Es absurdo! ¡Imposible!—repitió luego, por si yo no había acabado de entenderle. Y añadió—: Pero ¿cómo quiere usted que un robot mate a un hombre? ¡Está fuera de toda lógica!

—¿Por qué?—pregunté, aparentando indiferencia hasta la saciedad.

Me miró con fijeza.

Por unos momentos pareció cortado. Pero luego se rehizo y, con más potencia de voz que antes, respondió:

—¡Como que por qué! Por una razón muy sencilla: si un robot intentara matar a un hombre, se autodestruiría él mismo inmediatamente. ¡Para algo existen las leyes robóticas, digo yo!

—Ya. Y ¿quién le dice que el robot del que le he hablado tenga ese dispositivo de autodestrucción?

El sargento, que había adoptado una postura gallarda, como queriendo decir: «Te creías que yo no sabia nada de Cibernética, ¿verdad? ¡Pues ahí va eso!», pareció deshincharse de repente. Se me quedó mirando con ojos como platos, dándose cachetadas con sus mejillas al mover su cabeza de "bull-dog". En su rostro se reflejaba la incredulidad, la sorpresa... y la incomprensión.

—¿Quiere decir — inquirió — que puede fabricarse un robot que no tenga grabadas en su interior ninguna ley cibernética?

—Indudablemente.

Siguió mirándome unos segundos, con ojos de alelado. Y después, recuperándose, y con una inconsecuencia mayor que un elefante, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Cielos! ¡Y yo que le acababa de comprar a Betty un robot criado para su cumpleaños! ¡Cuando vuelva a casa, me deshago de él al instante! Un robot que puede asesinar a un ser humano... ¡Vaya con lo que se inventa hoy en día!

No me molesté en explicarle que, si el robot lo había comprado en una tienda dedicada a estos fines, no había peligro de que sucediera nada desagradable. ¿Para qué? Por lo que se veía, aquel tipo debía de tener muy buenas influencias en las altas esferas de la policía para haber llegado a sargento. Porque en cuanto a su inteligencia...

Por fortuna, él solamente era el encargado de realizar las tareas preliminares de la investigación, y poco después se presentaba allí un inspector de la Metropolitana a hacerse cargo oficialmente del asunto. En pocos minutos se puso al corriente de todo, hizo un somero examen «a vista», examinó el informe preliminar del forense, me hizo algunas preguntas, y acabó asintiendo con la cabeza.

—Veo que el informe del médico forense está de acuerdo con su teoría — dijo—. Según él, la víctima fue asesinada a golpes, que fueron dados con un objeto contundente de metal, de forma rara, articulada, como sí fuera una mano provista de un guantelete metálico. Las señales del cuerpo demuestran que hubo una lucha

feroz, en la que la víctima, no pudiendo defenderse contra un enemigo sin duda superior a su fortaleza física, intentaba constantemente huir. Recibió muchos golpes en el cuerpo antes del que definitivamente lo mató, seco, enérgico y en la cabeza. Lo cual justifica el desorden de la habitación, las heridas y las manchas de sangre por todas partes — se detuvo, y se me quedó mirando fijamente unos instantes—. Si — dijo luego—, todo parece demostrar que el asesino fue un robot. ¿Se imagina la escena?

Asentí con la cabeza, sintiendo un estremecimiento a todo lo largo de la columna vertebral. Mental mente veía aquella habitación, y a Morgan, tratando inútilmente de huir de la mole maciza del robot, sabiendo de antemano que no podía hacer nada para combatir a su propia obra, infinitamente superior físicamente a él. Me lo imaginaba yendo de un lado para otro de la habitación, intentando inútilmente alcanzar la inaccesible salida, tropezando, cayendo, recibiendo continuamente golpes propinados por la mano metálica del robot.

—Bien. — El inspector lanzó un suspiro —. Preveo que este caso va a ser más difícil de lo que a simple vista parecía—permaneció unos momentos pensativo, y al cabo dijo—: Creo que de momento no le necesitaré más. Le agradeceré que se sirva declarar como testigo en la encuesta del asesinato y..., bueno, si necesito hacerle alguna otra pregunta, supongo que podré encontrarle en su domicilio.

Asentí con la cabeza, sin ganas de hablar. El inspector me indicó con la mano hada la salida, y dijo:

—Creo que será mejor que ahora acompañe a su..., a la señorita a su casa. Por lo que he podido apreciar, se encuentra muy impresionada por lo sucedido.

Se llevó la mano a la sien en un breve saludo, y comprendí que aquello era una tácita despedida. De modo que salí de la casa y me dirigí hacia el monobólido, donde me esperaba Cecily. En cuanto subí, arranqué velozmente, apartándonos del lugar donde yacía el desgraciado Morgan, víctima de su propia creación.

—El inspector me ha interrogado a mí también, Frank — dijo Cecily mientras corríamos en dirección a su casa.

Levanté levemente una ceja, pero no dije nada. Cecily, al ver que no contestaba, siguió:

—Me hizo varias preguntas sobre cómo habíamos llegado aquí, el motivo de nuestra visita, qué habíamos hecho al descubrir el

cadáver... Yo le he dicho todo lo que sabía. Lo relativo al proyecto, la llamada de esta noche, cómo habíamos descubierto el cuerpo…

Asentí en silencio, sin dejar de prestar mi atención a la carretera. El inspector demostraba ser más listo de lo que parecía a simple vista. Interrogándonos a Cecily y a mí por separado, sin que ninguno de los dos tuviera noticia de si había interrogado al otro ó pensaba hacerlo, se había garantizado una especie de careo inviste de declaraciones, sabiendo al instante si alguno de los dos mentía. Un buen sistema.

—¿Qué te ha preguntado a ti? — inquirió Cecily, al ver que por mi parte no tenía muchas ganas de hablar.

Me encogí, de hombros, indicando así que no tenía deseos de hablar de ello. Cecily, mujer inteligente, comprendió. Durante el resto del viaje no me hizo mas preguntas. Cuando llegamos frente a su casa la ayudé a bajar y le indiqué:

—Mañana no es necesario que vengas al despacho. Descansa un poco. Lo necesitas después de lo sucedido esta noche.

Asintió levemente, pronunció un susurrado «gracias», se elevó sobre la punta de sus pies, y me besó suavemente en la boca. Hecho esto, y antes que pudiera reponerme de mi sorpresa, dio media vuelta y se metió en el portal, agitando breves momentos su mano antes de cerrar definitivamente la puerta.

Me quedé parado en medio de la calle, contemplando el ya vacío portal por el que acababa de desaparecer ella. Desde que nos conocíamos (desde que había entrado a trabajar en la «Robot Machines Co.») nunca me había besado, ni yo había intentado hacerlo con ella, Sabia (ya he dicho que es una mujer inteligente) que a mi me gustaba, pero como nunca le había hablado claramente de ello, habíamos mantenido los dos en silencio nuestros pensamientos. Y ahora...

En otras circunstancias, sin duda la hubiera retenido antes de que se metiera en su casa, o hubiera llamado aunque hubiese tenido que despertar a todos los vecinos para inquirir el significado de aquel beso. Pero en aquellos momentos no hice nada de ello. Simplemente, y a costa de parecer idiota perdido, di media vuelta lentamente y me metí de nuevo en mi monobólido.

Poco después me encontraba tendido boca arriba en mi cama, con un cigarrillo inmóvil entre las manos, cuya roja punta iluminaba

tenuemente las negruras de la habitación. Mis pensamientos, cosa rara, no se derivaban hacia Cecily y el breve pero para mi importante beso de aquella noche. Derivaban hacia un robot. Un robot perfecto, totalmente semejante a un ser humano, pero sin alma. Un robot al que se tendría que detener antes de que llegara a causar verdaderos daños...

CAPÍTULO III

LA SEGUNDA VÍCTIMA

A la mañana siguiente todos los periódicos hablaban del asesinato cometido por el «robot humano», incluyendo amplios detalles e impresionantes fotos mostrando las manchas de sangre de la habitación, el lugar donde habla sido hallada la victima, los muebles rotos... Todos los periódicos mencionaban también que yo, Frank Hickman, director de la «Robot Machines Co», había sido quien había descubierto el cuerpo. Es más: uno de ellos incluso llegó a acusarme veladamente, relacionándome en forma directa con el crimen. Decía textualmente:

«El cadáver fue hallado por Frank Hickman, el conocido presidente y director da la "Robot Machines Co.", quien, junto con su bella secretaria, iba a visitar a la victima. Y ahora nosotros nos preguntamos: ¿Cuál era la relación, de Hickman con Albert Morgan? ¿Cuál era el motivo de la visita? Según el propio Hickman, ver las pruebas de un nuevo tipo de robot. «Un nuevo tipo de robot auto-pensante, totalmente independizado del hombre, y sin ninguna ley robótica grabada en su cerebro.» ¿Existe tal robot? El único testimonio que de ello tenemos es el de Hickman. Ahora bien: este tipo de robot, si es que puede llegar a construirse, está penado por la ley. ¿Por qué, si Hickman conocía su existencia, no lo denunció a la policía? ¿Por qué accedió a acudir a la villa de Morgan para presenciar las pruebas? En verdad, todo nos parece muy embrollado en este turbio asunto...»

Dejé el periódico sobre la mesa del desayuno, poniéndome a pensar. Aunque no lo dijera claramente, lo insinuaba lo bastante como para que todo el mundo lo entendiera. O el robot no existía, y yo mentía para encubrirme de algo, o el robot sí existía, y entonces yo quedaba encartado como encubridor de trabajos ilegales. Más claro no podía estar. Tanto si se miraba por un lado como por otro, yo tenia

una gran relación con el asesinato de Morgan. Es más: era la única persona realmente sospechosa del mismo. La gente, naturalmente, pensaría sobre aquello. Y, la policía también.

Me tildé de idiota por no haber caído en ello antes. El inspector no parecía nada tonto, como había demostrado al interrogarnos a Cecily y a mí por separado. Y a pesar de sus buenas formas y su amabilidad, me debía de tener ya en el primer plano (mejor dicho en el único plano) de su lista de presuntos culpables En verdad, mi relación con el asunto era muy turbia, y mi historia todavía lo era más. Todo sonaba a inverosímil, desde la existencia de un robot como el del profesor Morgan, hacía la historia del asesinato. ¿No sería, más plausible, pensaría la policía que yo hubiera matado a Morgan (o al menos hubiera participado en el crimen), inventándome después aquella historia para protegerme? Como director de una fabrica de robots podía haber construido uno, eliminando de su cerebro les circunvoluciones y los mecanismos anexos automáticos de la primera ley, ordenándole después que matara a Morgan en su propio domicilio. Claro que existía el punto flaco del motivo, pero, ¿cuál sería el motivo de un crimen causado por un robot de las características del de Morgan? Por odio no podía ser, pues una máquina es incapaz de odiar. ¿Entonces...?

Me devané los sesos buscando una solución plausible, Claro que, en mi caso existía la defensa, de que crimen así cometido por un robot pondría en entredicho y desprestigiaría la fábrica. Pero... Supongamos que Morgan me hubiera, amenazado con un chantaje ¿No sería preferible el desprestigio comercial a un chantaje que durara toda la vida?

Per unos momentos pensé en ir a ver al inspector y aclarar de una vez todos los extremos. Pero me retracté de mi idea. El inspector no había dado ningún motivo que pudiera darme a entender que me creía culpable, aunque en realidad si lo creyera. ¿No sería una implícita declaración de culpabilidad el presentarme ante él con excusas y argumentos seudoconvincentes? Mejor sería dejar transcurrir el tiempo y esperar los acontecimientos. Ya llegaría el momento de poder defenderme.

Animado por estos pensamientos, salí de mi casa dispuesto a dirigirme a la fábrica, como si nada hubiera sucedido. Tomé el monobólido, y poco después rodaba velozmente en dirección a ella. Pero detrás mío, sin que yo me diera cuenta en ningún momento (sólo fue hasta más tarde cuando lo supe), otro monobólido civil, ocupado por dos agentes de la Metropolitana, sin uniforme, se lanzó a seguirme

los pasos.

Cuando llegué a la fábrica hacia ya casi una hora que había empezado el trabajo. Nadie me dijo nada especial, como si todos ignoraran lo sucedido la noche anterior. La realidad era que todo el mundo lo sabia, pero nadie se atrevía a formular ninguna pregunta.

Una vez en mi despacho, llamé por el intercomunicador al jefe de personal, anunciándole que había dado dispensa a Cecily por todo aquel día, y que necesitaba una secretaria sustituta. La tal sustituta resultó ser Eva, una chica guapa, agraciada, eficiente, que sólo tenía un defecto en su haber: el de ser un robot.

Particularmente, a mí nunca me han gustado las secretarlas de esta clase, y por esta causa el puesto lo ocupó desde un principio Cecily. Estoy de acuerdo con que una secretaria-robot es mucho más eficiente, mucho más trabajadora y mucho más rápida que una secretaria de carne y hueso, pero las encuentro demasiado frías, demasiado impersonales para su labor. Una secretarla es alguien en quien el jefe ha de poder confiar, a quien pueda someter un problema y una duda, con la seguridad de encontrar una ayuda, una sugerencia... o al menos unas palabras de confianza o consuelo. Las secretarias son el remedio de las vacilaciones de los jefes, y esto... un robot no puede serlo nunca.

Pero, en fin, acepté lo inevitable. La mañana fue transcurriendo entre firma y firma, y a medida que pasaba el tiempo el problema que ocupaba mi mente me iba absorbiendo más y más, hasta que llegó a adquirir proporciones verdaderamente ciclópeas. Tanto fue así, que mi secretaria tuvo que llamarme la atención, con la poca delicadeza propia de los robots, sobre dos errores que cometí en el curso de la redacción de unos contratos.

Para mi el problema no estribaba ya ahora en el robot de Morgan y sus poderes, sino en el modo de librarme de la acusación de asesinato que cada vez veía gravitar más directamente sobre mi cabeza. La única solución plausible era «demostrar» con pruebas fehacientes la existencia del tal robot y sus extraordinarios atributos Pero ¿cómo podía hacerlo? Repasé mentalmente las personas que conocían la existencia de los planos de robot y la posibilidad de su construcción. Yo, Cecily... y, naturalmente, Edward.

Di un salto en el asiento al recordar el nombre del técnico, ¡Claro! ¡Si tenia la solución al alcance de mi mano! ¡Si había estudiado los planos, él conocía los poderes y las limitaciones del robot! ¡Él sabia

de su existencia teórica! Incluso en el libro de entradas y salidas del departamento técnico existirían las anotaciones sobre el provecto, sus fechas de entrada y de salida sus características, el oficio de notificación de haber sido rechazado, y las causas que lo habían motivado.

¡Y unas anotaciones hechas hacía ya varios meses no podían falsificarse así como así!

En seguida me tracé el plan a seguir. Iría con Edward a ver al inspector y trataría de convencerle de que debía derivar sus investigaciones, no en busca del asesino, un asesino desconocido e hipotético, sino en busca del robot, un ente material y existente, al que debía destruirse antes de hiciera más daño del que ya había hecho. Y después, una vez convencido el inspector…

Pulsé el botón del intercomunicador ordenando a Eva:

—Haga el favor de avisar al señor Franklin que venga a mi despacho.

—Muy bien, señor — contestó la voz eficiente de la mujer-robot.

Transcurrieron varios minutos, y cuando ya creía ver aparecer la figura corpulenta de Edward por la puerta, volvió a sonar el intercomunicador, encendiéndose la señal de llamada.

—Lo siento, señor, pero comunican de la sección técnica que el señor Franklin no ha venido hoy a trabajar. Tampoco ha dado ninguna razón para Justificar su falta.

— ¡ ¡Qué! ! —chillé más que grité, dando un bote en el asiento. Lo que menos me esperaba era oír aquello.

La paciente y monótona voz de Eva, al igual que un magnetófono, fue repitiendo palabra por palabra todo lo dicho anteriormente con el tono de una lección bien aprendida. Pero yo no esperé a escuchar el final. Cerré el micrófono me puso en pie de un salto y recogí mi sombrero. Una idea acababa de asaltarme con la fuerza de una bala de cañón. Una idea loca, descabellada, pero que me hizo nacer alas en los pies.

Cuando Eva aún estaba hablando por el intercomunicador, ya irrumpía yo en su despacho en busca de la puerta de salida. Ya salía por ella cuando torcí el cuello y grité por encima de mi hombro:

—¡Comunique a todo el que venga que no volveré en toda la mañana, y quizás incluso tampoco por la tarde! ¡Tengo un problema muy urgente que resolver!

* * *

La casa donde vivía Edward, a la cual me traslada en menos de dos minutos, era un moderno edificio de cincuenta y siete pisos, dotado de todos los servicios automáticos y todas las comodidades que se puedan desear. Edward habitaba un departamento en la planta treinta y ocho, pese a lo cual apenas tardé medio minuto en llegar allí.

Apenas salí del ascensor ultrarrápido, tropezando aparatosamente con una pareja que pasaba por delante, me lancé hacia la puerta del departamento de Edward. Pulsé el timbre y, como tardara más de lo que creía necesario para abrir, volví a repetir la llamada, esta vez directamente con los puños sobre la hoja de madera plastificada.

¡Y la puerta cedió unos centímetros!

Creo que es innecesario explicar lo que sentí en aquellos momentos. Terminé de abrir la puerta de un golpe, recorrí a paso de carga un par de habitaciones y...

Si de mi boca no escapó ningún grito no fue por falta de voluntad. Simplemente, la voz se negó a salir de mi garganta.

¡Porque allí, tendido sobre la cama, y nadando en un charco de sangre, se encontraba el cadáver de Edward..., si a él pertenecía aquel cuerpo yacente cuya cabeza no era más que una pulpa sanguinolenta, con menos forma que un coco aplastado, prensado, triturado y macerado concienzudamente.

Me quedé allí, parado frente a la cama, contemplando sin ver aquella figura que antes habla sido Edward, y que ahora no era más que un pobre cuerpo muerto, inanimado, sin vida. Por mi mente pasaba una confusión, un verdadero caos de ideas. No me cabía ninguna duda de que el asesino había sido el robot, aquel maldito robot al que, aun sin conocerlo ni haberlo visto nunca, ya odiaba más que al mismísimo diablo. Y a juzgar por los coágulos de sangre que se habían formado ya y resecado en torno a la triturada cabeza, hacia ya horas que el crimen había sido cometido...

No sé cuánto tiempo permanecí allí, de pie a los pies de la

cama, sin acertar a moverme del lugar donde me encontraba, Al fin tuvieron que ser dos hombres (los dos agentes que hasta entonces, y sin yo apercibirme en ningún momento, me habían seguido discretamente) quienes, situándose a mis espaldas y colocándome sus manos sobre mis hombros, me ordenaron:

—Haga el favor de acompañarnos, señor Hickman. Nos vemos precisados a detenerle bajo la acusación de doble asesinato.

Y de nuevo me encontré frente a frente con el inspector.

CAPÍTULO IV

BUCEADOR CEREBRAL

PONIÉNDOSE en pie, el inspector me miró fijamente a la cara.

—Bien, señor Hickman: ¿podría darme ahora alguna explicación plausible a este nuevo asesinato?

No respondí. Me encontraba todavía demasiado impresionado por lo que acababa de ver para hacerme una idea cabal de lo que sucedía a mi alrededor. Todo ocurría como en un sueño, a través de una espesa nube algodonosa.

En mi mente sólo rondaba una pregunta; una sola y obsesionante pregunta: ¿por qué?

El inspector se inclinó sobre su mesa, recogiendo unos papeles.

—Voy a leerle —dijo — el informe del forense en los dos asesinatos El completo y definitivo informe. En el primer caso, el de Albert Morgan, la victima presentaba gran cantidad de heridas y contusiones en todo el cuerpo, producidas todas ellas antes de su muerte. El despellejamiento de los nudillos y manos en general indicaban que había habido lucha y él se había defendido, aunque en inferioridad de condiciones. Había golpeado y golpeado repetidas veces contra algo «o alguien» provisto de una coraza dura y resistente que lo protegía y escudaba de los golpes. Probablemente una coraza «metálica». La muerte definitiva, aparte los golpes ya mencionados, fue debida a un fuerte golpe recibido en la base del cráneo, golpe que bastó para matarlo instantáneamente. Sin embargo, después da muerto recibió aún otros muchos golpes, todos en la cabeza, los cuales se la deshicieron materialmente. Sin embargo, dichos golpes no fueron propinados con furia, con rabia o con sadismo, sino que fueron golpes certeros, estudiados, como si el asesino tuviera alguna duda sobre la muerte de su victima, y quisiera asegurarse bien de ello.

»Y ahora llega lo más interesante del informe. A juzgar por el tamaño, forma y dimensiones de los golpes y las heridas, éstas fueron

causadas por un objeto articulado en forma de mano. Asimismo, el polvillo microscópico adherido a las heridas indica que esta mano era metálica, concretamente de berilo super-2. La posibilidad de que los golpes fueran dados con un objeto de esta forma sujeto por la mano queda descartado, por cuanto se movía, y sus dedos se entreabrían o se cerraban de un modo «independiente» según el golpe que tuviera que asestar. La hipótesis de que fueran producidos por una mano recubierta por un guantelete de ese material queda descartada también, por cuanto ningún hombre, por fuerte que sea, y aunque su mano esté protegida de esta forma, puede golpear con tanta fuerza ni causar heridas tan profundas. Por lo tanto, solamente queda una posibilidad: los golpes fueron producidos por una mano maciza o semimaciza, metálica, y con movimientos propios e independientes. ¡La mano de un robot!

Siguió un silencio. El inspector me contempló fijamente, pero yo no alcé mis ojos hacia él. En vista de ello, prosiguió:

—En cuanto al segundo cuerpo, señor Franklin, fue muerto en idénticas circunstancias que el anterior, y por el mismo método. Solo que esta vez faltan las heridas por todo el cuerpo. Sin duda el asesinó lo encontró aun durmiendo, y le bastó tan sólo el golpe en la cabeza. Y en cuanto a los demás golpes…

Volvió a seguir mi silencio, durante el cual me observó de nuevo atentamente. Yo, por mi parte, no cesaba de repetirme una y otra vez la misma pregunta: ¿por que?, ¿por qué?, ¿por qué?… Era algo verdaderamente obsesionante, enloquecedor: ¿por qué?…

—bien, señor Hickman. — El inspector volvió a dejar los papeles que había cogido sobre la mesa, y se encaró francamente conmigo—. Será mejor que pongamos de una vez las cartas sobre la mesa. ¿Me dirá la relación concreta que tiene usted con estos dos crímenes?

Levanté la vista bruscamente.

—¿Relación?…

—¡Si!, relación! No me va a hacer creer que todo esto ha sido una simple coincidencia. ¡Usted sabe mucho más sobre este asunto de lo que aparenta y lo que me dijo ayer!

Hubiera podido protestar, defenderme, alegar la injusticia de aquella acusación, pero me callé. Sabía que por más que hiciera todo sería inútil; no llegaría a convencer al inspector. Todas las pruebas

parecían estar contra mí.

—Está bien — dijo, al ver mi silencio—. Si no quiere hablar usted, lo haré yo. Usted había recibido de manos de Morgan los planos de un robot, un robot extraordinario, sin precedentes en su campo, como me dijo usted mismo anoche. Pero Morgan pedía demasiado por él. Usted no estaba dispuesto a pagárselo, y decidió apoderarse de él por la fuerza, robarle los planos. Concibió una idea que juzgó maravillosa. Debido a su cargo y a su posición en la «Robot. Machines Co.», para usted seria lo más fácil del mundo construir por su cuenta un robot del tipo medio que fabrican. «Pero suprimiendo de su cerebro todo vestigio de leyes robóticas». Así lo hizo, y cuando lo tuvo completamente listo lo envió a casa de Morgan con una orden concreta: matarlo. Luego fue usted también allá y, libre ya del obstáculo del profesor buscó los planos del robot, se apoderó de ellos, y los ocultó. Luego, con el fin de dar un viso de verosimilitud al relato que pensaba hacer a la policía, se quedó en el lugar del crimen y desde allí nos llamó, anunciándonos el asesinato.

»Pero hoy, cuando estaba ya completamente tranquilo, confiando en la impunidad de su crimen, recordó algo, un detalle que le había pasado inadvertido. Franklin, su colaborador en el departamento técnico de la fábrica, sabía también lo del proyecto. Podía hablar, y entonces se encontraría usted en situación comprometida. Decidió eliminarlo también. Envió a su robot particular para que realizara el trabajo, y usted se desplazó como cada día a la fábrica, aparentando que nada había sucedido. Más a media mañana decidió acudir a casa de su segunda víctima para comprobar la efectividad de sus órdenes y constatar que no había dejado ningún cabo suelto. Pero cometió un error: no creyó que nadie fuera a seguirle, cuando la realidad era que dos de mis agentes no le perdían ni un segundo de vista desde la noche anterior, por expresa orden mía. Y así pudieron cogerle en el mismo escenario de su segundo crimen, casi con las manos en la masa…

—¡Eso no es cierto!

Me semilevanté del asiento, dirigiendo al inspector una ansiosa mirada. Pero él se limitó a observarme fríamente.

—¿De veras? No, amigo mío; no podrá engañarme de nuevo. Lo tenía todo muy bien planeado, pero cometió un fallo. Pensó que nos engañaría con el cuento de llamar usted mismo a la policía, y éste fue su error. Si el cuento del robot asesino hubiera sido cierto, usted se hubiera guardado muy bien de indicar su relación con ello. Existe un

robot del profesor Morgan, es cierto, pero no tiene ninguno de los fantásticos atributos con que nos lo ha descrito usted. No tiene nada de peligroso. Usted Inventó esa patraña para despistarnos, para desviar nuestra atención hacia otros cauces. Por eso mató a Franklin. Él sabía que el robot que había presentado Morgan no era el que usted nos había dicho. Y tuvo miedo de que hablara demasiado...

—¡No, no es verdad!—en mis ojos se pintaba la ansiedad—. Están equivocados. ¡El robot existe, él fue quien mató a Morgan y a Edward, y robó los planos de su propia construcción!...

—¡Muy bien, de acuerdo! Él hizo todo eso. ¿Por qué? ¿Acaso quería guardar un recuerdo de cómo estaba construido por dentro? ¿O acaso pensaba fabricar a varios otros congéneres suyos, con la ambición de dominar el mundo? ¡Oh, todo esto es absurdo! ¿No comprende que parece un cuento de hadas?

—No — murmuré lentamente, hundiendo la cabeza entre las manos—; mejor parece una pesadilla...

Transcurrieron unos instantes de silencio. El inspector me contemplaba como supongo debe de contemplar la fiera a la presa que ya ve segura bajo sus garras. Yo, por mi parte no me movía. Comprendía que para mi todo estaba perdido. No me creían; no querían creerme El inspector se había aferrado como una lapa a su teoría, y no quería apelar a razones. ¿ Y lo peor era que estábamos perdiendo lastimosamente el tiempo, mientras el robot del profesor Morgan seguía libre, y con su capacidad intacta de hacer daño!

De pronto, animado por una súbita decisión, me puse en pie.

Muy bien exclamé, mirándole fijamente con ojos resueltos. Una idea repentina acababa de pasar por mi cerebro—. Usted no quiere creerme ¿verdad, inspector? No quiere admitir que se ha equivocado en sus deducciones. Muy bien. En ese caso, le agradeceré que me someta a la prueba del «buceador cerebral». Estoy dispuesto a soportarla con tal de que se esclarezca todo de una vez.

El Inspector se me quedó mirando, con un evidente gesto de sorpresa en el semblante. Todo se lo hubiera esperado menos aquello. El «buceador cerebral», el actual substituto del anticuo detector de mentiras, es un aparato que analiza hasta el último rincón, célula por célula, todo el cerebro del paciente sometido a su acción. Su empleo es muy doloroso para el que se somete a él, y por ello solamente se emplea para hacer confesar a criminales peligrosos, espías, y cuando

el propio reo se somete voluntariamente a él. En el «buceador cerebral» no existe el error, el fallo psicológico. Sencillamente, no puede existir; aunque uno quiera esconder sus pensamientos en el rincón más oculto de su cerebro, el aparato los busca, los encuentra, los desentierra, y los analiza hasta la última partícula. Por este motivo, todos los que piden voluntariamente ser sometidos a su prueba, ya no cabe ninguna duda: son inocentes.

—¿Está seguro de que lo desea? — preguntó el inspector, mirándome fijamente.

Afirmé con la cabeza.

—Sí. No tengo pruebas para demostrar mi inocencia, pero «soy» inocente. Y necesito demostrarlo. Sólo así podré hacerle comprender que lo más importante no es buscar «quién» es el asesino, sino «hallarlo», encontrar el lugar dónde se oculta y destruirlo antes de que siga haciendo más daño...

El inspector continuó mirándome, sin duda pensando que mis palabras sonaban apasionadas como las del culpable que pretende a toda costa probar su falsa inocencia agarrándose a una coartada falsa. Al fin, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Bien. Si es su deseo... ¡En fin, usted se lo busca!

Y, llamando a dos policías, ordenó que me condujeran a la «habitación especial» donde se hallaba el aparato.

* * *

El famoso «buceador cerebral» era un aparato que imponía por su sola presencia. De más de cinco metros de altura por siete u ocho de largo, y con un grosor de más de tres, su superficie estaba repleta de indicadores, esferas y conmutadores especiales, cuya misión era para mi completamente desconocida. En la parte delantera, en el centro, se encontraba el aparato principal, el «contacto» como se le llamaba, una especie de silla con abrazaderas metálicas al estilo de las antiguas sillas eléctricas, en cuya parte superior se encontraba una especie de casco estratosférico lleno de cables y conexiones: era el famoso «encéfalobuceador».

Durante casi media hora, dos hombres provistos de sendas batas blancas, los cuidadores del aparato, trabajaron preparando y disponiéndolo todo para el experimento. A mi lado, el inspector me

examinaba curiosamente. Por su mente debían de pasar las más curiosas ideas. ¿Me supondría todavía culpable? ¿Empezaría a creer en mi inocencia? No cabía ninguna duda de que mi petición le había sorprendido...

Uno de los que manipulaban el aparato se acercó a nosotros.

—El aparato está listo — informó —. Cuando quieran...

El inspector asintió, volviéndose hacia mí

—¿Todavía está dispuesto a someterse a la prueba?

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirar la imponente mole del aparato. Lanzando un suspiro, el inspector me tendió una hoja de papel para que la firmara. Era una declaración en la que yo explicaba que me sometía voluntariamente a la prueba, y que aceptaría como único e ininpugnable el veredicto que diera la máquina, fuera cual fuere, considerándolo como definitivo. La firmé sin pestañear, y se la devolví al inspector. Éste la echó una breve ojeada, e hizo una seña al encargado.

—Por aquí —indicó éste, cogiéndome amablemente del brazo.

Nos dirigimos a la silla metálica, y me hizo sentar en ella, colocando mis brazos sobre los de la máquina. Acto seguido procedió a atármelos con las abrazaderas, pasándome además una correa por el pecho y otra por los muslos. No se por qué, pero en aquel momento sentí una especie de hormigueo inquietante por mi cuerpo. A pesar de que tenía la casi completa seguridad del resultado satisfactorio del experimento, no podía evitar sentir una cierta intranquilidad.

El otro hombre de blanco se acercó, llevando en su mano una jeringuilla hipodérmica rellena de un líquido blancuzco. Mientras me la inyectaba en un brazo, el otro colocaba el «encéfalobuceador» sobre mi cabeza, asegurándolo a mis orejas y por debajo de la barbilla. Una vez bien asegurado, apretó un botón, y sentí un débil pinchazo en las sienes. Después, a efectos de la inyección (cuya finalidad era aletargar al paciente y dejar el cerebro desbloqueado y libre para recibir las ondas de sondeo) sentí cómo me iba invadiendo una débil somnolencia, y me pareció que caía en un pozo profundo, profundo...

Cuando desperté, mi cabeza resonaba como si en su interior hubieran colocado un tambor redoblando a toda potencia, y mis piernas parecían estar formadas da gelatina. Me encontraba sentado en el mismo sillón, libre ya de las correas y del «encéfalobuceador».

Sin embargo, mi debilidad era tanta que ni siquiera me atreví a moverme por temor a desintegrarme en el aire cual inconsistente voluta de humo.

El mismo hombre de blanco que antes me diera la inyección, me clavó otra aguja, deslizándome un líquido lechoso a través del torrente sanguíneo. Poco a poco, sentí que las fuerzas iban volviendo a mí. Me puse en pie, pero tuve que agarrarme fuertemente al sillón para no caer. La cabeza me daba más vueltas que un satélite artificial.

No podía andar.

—Esta sensación pasará pronto — me dijo uno de los dos hombres de blanco—. Mientras, siéntese y repose.

—Gracias.

No me hice repetir la indicación, y me derrumbé de nuevo en el sillón. Parecía como si me hubieran exprimido la cabeza como un limón. «Al fin y al cabo — me dije—, esto es lo que hace el «buceador cerebral?. Té exprime el cerebro hasta sacarte todo lo que tienes dentro. ¡Cielos, me lo debe haber dejado más seco que el desierto del Sahara! En fin, todo sea para demostrar mi inocencia.»

Transcurrieron unos minutos, y cuando me pareció que las vueltas del Sputnik habían cesado volví a intentar levantarme. Ésta vez la habitación permaneció estable a mi alrededor, pero el tambor de mi cabeza seguía resonando a toda potencia, sin apenas dejarme pensar.

—¿Dónde se encuentra el inspector? — pregunté, viendo que no estaba por allí.

Sólo estaban los dos científicos.

—En su despacho—contesto el mismo que me habla hablado antes—. Nos ha indicado que cuando se encuentre repuesto vaya allí. ¿Se siente con fuerzas?

¡Qué pregunta!

Asentí con la cabeza. Tenia ganas de terminar de una vez con aquel asunto y dejar de lado todas las preocupaciones. El hombre pulsó un botón, habló unas palabras a través de un micrófono, y un par de policías aparecieron en la puerta. Sin necesidad de cambiar palabra alguna, se pusieron a mi lado y, medio escoltándome, medio

ayudándome, nos encaminamos al despacho del inspector.

Éste se encontraba sentado ante su mesa de despacho, examinando un voluminoso legajo de papeles. Al verme, lo dejó sobre la mesa. Sin decir palabra, me tendió una hoja de papel.

Extrañado, la observé. Era un informe oficial de la policía. En él se comunicaba que en Norfolk Street, una callejuela situada en a punta de la península de Manhattan, se había cometido un robo. Había sido en una pequeña tienda de antigüedades. Había desaparecido la recaudación del día, y el dueño había sido hallado muerto, con una herida grande y profunda en la cabeza, producida por un objeto metálico, articulado, como si fuera una mano provista de un guantelete o bien la mano de un robot...

¡La mano de un robot!

Levanté mi vista del papel al inspector, y mis ojos se fijaron en la primera página del legajo que había dejado sobre la mesa. Decía:

BUCEADOR CEREBRAL

Prueba S-1117

Frank Hickman

Más abajo, en letra más pequeña, decía algo de la acusación que pesaba sobre mí. Y después, de nuevo, en letras grandes:

DICTAMEN: INOCENTE

El inspector se puso en pie. En su rostro se apreciaba la indecisión y el desconcierto. Murmuró:

—Lo siento, Hickman; estaba equivocado con usted. Su historia era tan inverosímil, que no quise creerla. ¡Y es cierta! —lanzó un suspiro, y añadió—: Bien; creo que ahora tendremos que trabajar juntos en vez de enfrentados. Necesitaría que me diera todos los detalles que pueda sobre ese robot o lo que diablos sea...

CAPÍTULO V

UN ROSTRO ASCÉTICO

EN la calle, el sol brillaba alegremente. Multitud de hombres y mujeres, parejas de enamorados, transitaban plácidamente por las avenidas, mientras los bólidos corrían de un lado para otro con sus silenciosos motores a plena marcha. Todo respiraba optimismo, tranquilidad, paz. Todo, menos yo.

El tamborileo que hacia seguido en mi cerebro a la prueba del buceador había cedido paso a una especie de campanilleo que, si bien era molesto, al cabo uno llegaba a acostumbrarse a él. Por otra parte, mi mente estaba demasiado ocupada con tantos pensamientos para prestarle excesiva atención.

Hacía apenas diez minutos que había salido del despacho del inspector, en el gran edificio de la Jefatura Central de la Policía Metropolitana. Desgraciadamente, poca información había podido yo aportar respecto a las características del robot de Morgan. El peso de su estudio lo había llevado enteramente Edward, y ahora él no podía darnos ni la más mínima información. Yo apenas me había limitado a echarle un vistazo final muy por encima, a escuchar las explicaciones de Edward... y nada más. Y esto era muy poco para lo que necesitábamos saber.

El inspector ya estaba plenamente convencido de mi total inocencia en los asesinatos. El «buceador cerebral» lo había demostrado suficientemente, pero aún existía otra razón: el asesinato de la calle Norfolk. El examen forense había demostrado, analizando las microscópicas motas de polvo metálico halladas en la herida del cadáver de la tienda, que la misma mano que golpeara a Morgan y a Edward había cometido este tercer asesinato. El berilio super-2 es un material de complejísima composición, y las diferencias estructurales existentes entre una colada y otra de metal varían microscópicamente pero de un modo perceptible a los rayos neuro-gamma, por lo cual es fácil dictaminar si dos trozos o dos partículas de este metal pertenecen o no a la misma pieza. Y si el que había cometido los tres asesinatos

era el mismo robot, mi inocencia quedaba demostrada, pues el tercer crimen se realizó mientras yo estaba sometido al «buceador cerebral», y en este, estado no podía haber ordenado al hipotético robot que el inspector me había atribuido, que asesinara al comerciante de la calle Norfolk, del cual ni siquiera conocía su existencia.

Por otra parte, este último asesinato había diferido ligeramente de los anteriores. Además del móvil (los dos primeros los desconocía, mientras que el del tercero había sido indudablemente el robo), había algo que los diferenciaba. En Morgan y Edward, el robot les había deshecho materialmente la cabeza, de modo que no cupiera ninguna duda de su muerte. En el comerciante, se había limitado a atestarle un solo golpe, que si bien lo había matado en el acto, podía muy bien haberlo dejado con vida, por lo tanto, en esta tercera ocasión no era su principal objetivo el causar la muerte, sino el robo. Ahora bien, ¿para que necesitaría un robot dinero?

Ni el propio inspector ni yo hablamos logrado hallar una respuesta satisfactoria a esta pregunta. Sin embargo, debía de haberla. ¡Debía de existir un motivo!

Y por otra parte, dejando el móvil de los asesinatos, ¿cómo había logrado el robot localizar a Edward? ¿Cómo había sabido que él tenia relación con el asunto, qué sabia de su existencia? Morgan no podía habérselo dicho, ya que se había entrevistado conmigo, no con él. Entonces…

Me detuve en seco, dándome una palmada en la frente. ¡Claro, esto era! Edward, como jefe del departamento técnico de investigación de la fábrica, era el encargado de resolver sobre los proyectos de robots presentados. Cuando alguno se rechazaba, se adjuntaba a los planos un oficio indicando los motivos del rechazo, oficio que firmaba y sellaba él mismo con su nombre y rúbrica. Y los planos obraban indudablemente en poder del robot...

¡Claro, aquello había sido!

Empecé a vislumbrar algo de claridad en el fondo de todo aquel asunto. El robot había matado a Morgan, su creador y constructor. Después había matado también a Edward, que conocía su existencia. El tercer asesinato no casaba con los otros dos, pero indudablemente tenía una relación estrecha con ellos. Ahora bien, circunscribiéndonos solamente al área de las dos primeras muertes, teníamos...

Aquello me hizo pensar. Parecía que el principal motivo de la conducta del robot era el deseo de suprimir a todo el que supiera con certeza de su existencia. Primero, Morgan. Después, Edward. Luego...

Me detuve en mi camino. Luego solamente quedábamos Cecily y yo.

¡Cecily!

La idea impactó duramente contra mi cerebro. El robot parecía estar dispuesto a eliminar a todo el que pudiera demostrar su existencia. ¡Y ahora sólo quedábamos Cecily y yo!

Me invadió un terror repentino. Mentalmente imaginé a Cecily con la cabeza destrozada por aquella mano asesina... Eché a correr a toda la velocidad que me permitían mis piernas en dirección a la casa de Cecily. No disponía de mi monobólido. Así que detuve al primer taxi que se me puso delante y di al robot-taxista la dirección con voz precipitada.

Sentado en la carlinga del coche, me mordí los puños con impaciencia. La premonición que había tenido sobre Edward se había cumplido, y ahora...

—¿No puede ir más aprisa? — pedí al robot conductor, a pesar de que íbamos al máximo de la velocidad permitida.

El hombre mecánico, sin volverse, señaló el indicador de velocidad en un gesto mudo y elocuente. Me volví a hundir en el asiento, rezongando en voz baja contra los robots. Como había dicho Edward, no tenían alma. En sus cerebros positrónicos tenían grabadas unas órdenes adecuadas a su cometido, y por nada del mundo se apartaban ni un ápice de ellas.

Al final, llegamos frente a la casa de Cecily. Fueron tan sólo unos minutos de trayecto, pero durante aquel tiempo acudieron a mi cabeza más y más negros pensamientos que en todo el resto de mi vida anterior. Deposité el importe de la carrera en el depósito-comprobador, y el robot dejó libres los mecanismos de las puertas. Salí del coche, y me lancé hacia el interior del edificio.

Cecily vivía en un segundo piso. Desdeñando el ascensor, subí de cuatro en cuatro los peldaños que me separaban de él, y cuando llegué frente a su puerta, en mi nerviosismo, pulsé el zumbador del timbre lo menos veinte veces en un minuto. Pese a lo cual, nadie acudió a abrir.

Sentí que un nudo se formaba en mi garganta, impidiéndome casi respirar. Mis manos temblaban. Golpeé la puerta con los puños, esperando y temiendo verla abrirse a mi empuje. Pero la puerta no cedió. Volví a pulsar el timbre, a golpear durante varios minutos, hasta que al fin, no pudiendo resistir más la angustia y la incertidumbre, me eché contra ella dispuesto a derribarla aunque fuera a golpes.

E indudablemente lo hubiera conseguido, si la puerta hubiera sido simplemente de madera. Pero con una puerta de superplástico flexible extraduro no hay quien pueda. Se quedó tan tranquila a mis embates. El ruido atrajo a algunos vecinos, que asomaron curiosos sus cabezas por las jambas de sus respectivas puertas. El portero, alarmado por el estrépito, subió lanzando chillidos desde la planta baja. Cuando llegó al rellano y me vio, se contuvo, pero sus ojos no dejaron de mirarme con extrañeza. Aunque me conocía como visitante asiduo de Cecily, no comprendía en absoluto mi extraño comportamiento.

—¡Pronto!—le apremié, queriendo comunicarle algo de mi alarmado estado de ánimo—. ¡Tenemos que abrir esta puerta! ¡Temo que a la señorita Cecily le haya ocurrido algo!

Se me quedó mirando tranquilamente y no se movió. Sin duda rumiaba algo. Tras breves instantes de pensativo silencio, murmuró con voz lenta:

—Lo siento. No sé si a la señorita Cecily le ha sucedido o no algo, pero dudo que, en uno u otro caso, sirva de algo abrir esta puerta. La señorita salió a su trabajo a la hora de costumbre.

Me quedé parado, detenido sobre un pie a medio avanzar, al oír aquella afirmación. ¡Diablos, era verdad! En mi agitación, no se me había ocurrido pensar que Cecily podía haber salido, siendo éste el motivo de no haber contestado a mis llamadas. Simplemente, no estaba.

—Entonces...—murmuré, sintiéndome enormemente ridículo dentro de aquel circulo de caras curiosas que me contemplaban por todos lados — ¿no... no está aquí?

—No, señor Hickman — el portero me miró socarrón —. Yo no la he visto volver, pero para estar seguro puede llamarla directamente a la fábrica Como comprenderá, yo no puedo abrir la puerta sin haber, un motivo justificado para ello.

—No, claro...

Atravesé el grupo de curiosos, sintiendo haber hecho el ridículo más espantoso. Mientras descendía lentamente los escalones, oí a mi espalda multitud de murmullos y cuchicheos. Me lo imaginé. Después de lo que trajeran los periódicos de la noche anterior, todos los que habían presenciado la escena estarían imaginándose cosas descabelladas...

* * *

El resto de la tarde pasó sin novedad. Fui a la fábrica. Allí Cecily había ocupado ya de nuevo su puesto. Le relaté todo lo sucedido, explicándole la muerte de Edward. Se condolió por ello. Eran buenos amigos, y ella lo apreciaba sinceramente.

Por la noche, cuando la acompañé de nuevo a su casa, la hice copartícipe de mis temores: si el robot había matado a Edward porque conocía su existencia, también podía intentar hacer lo mismo con ella y conmigo. Le entregué mi pistola, rogándole que durmiera con ella bajo la almohada. Se rió de mis temores.

—¡Por Dios, Frank!—me dijo—. No creo que vaya a sucederme nada malo. Al fin y al cabo, estoy en un edificio público de más de cincuenta pisos, y con un portero que no deja pasar a ningún visitante que no sea de confianza sin antes pensárselo mucho. ¿Qué crees que puede pasar?

Me encogí de hombros. No lo sabia, pero, de todos modos, era mejor ir prevenidos. Ella acabó aceptando, y se metió la pistola descuidadamente dentro del bolso. Llegamos a su casa, la acompañé hasta su piso, y la dejé en la puerta. Ella entró, encendió la luz, y se despidió de mí arrojándome un beso de despedida, hecho lo cual cerró suavemente la puerta.

Descendí pausadamente las escaleras, y llegué con paso tardo al vestíbulo. Allí estaba el portero, recostado tranquilamente tras su mostrador, y leyendo con ojos interesados una novela de aventuras intergalácticas. Me acerqué a él, apoyando los codos sobre la tabla plástica del mostrador. Saqué la pitillera, y le ofrecí un cigarrillo.

El portero abandonó inmediatamente la lectura. Tomó el pitillo que le ofrecía y lo encendió con delectación. Yo hice lo mismo con otro, y durante unos momentos permanecimos en silencio, dando breves chupadas al tabaco. En verdad, todavía no sabía con exactitud

por qué me había acercado allí, en vez de seguir adelante hasta la puerta y salir del edificio Tras breve vacilación, empecé:

—Me habrá tomado por un estúpido esta tarde, ¿verdad?

El portero me miró con unos ojos que no querían decir nada. Dibujó una clásica sonrisa de circunstancias.

—¿Un estúpido? ¡Dios mío, no, naturalmente! ¿Qué motivos hubiera podido tener para ello?

Me mordí suavemente los labios antes de contestar

—Pues... el haber armado todo aquel escándalo ante la puerta de la señorita Cecily. Creo... que es algo que no tiene aparentemente justificación.

Los ojillos del hombre chisporroteaban maliciosamente.

—¡Oh, no, no veo por qué dice eso! Simplemente, se debió de alarmar por algo que yo no sé...; en fin, creo yo...

Y dejó la frase en suspenso. Al ver que yo no decía nada, añadió:

—Y, naturalmente, después de los sucesos de anoche...

Le miré, y pude advertir que esperaba ansiosamente a que yo dijera algo. Tenía perentorios deseos de saber. Y yo no tenía la menor intención de complacerle.

—No — respondí tranquilamente—. Simplemente, creí que a Sis... Que a la señorita Cecily le habría sucedido algo. Como habíamos acordado que permanecería todo el día en casa...

Empecé a lamentar el haberme acercado allí. Mi primera intención, una intención meramente inconsciente, había sido ofrecer al portero una explicación a mi conducta de antes, para justificarme a mí mismo de mi orgullo herido. Pero en vez de hacer esto me estaba enredando yo mismo. Deseé marcharme en aquel mismo momento, pero no sabia cómo hacerlo. El portero, al ver que yo no estaba dispuesto a revelarle nada de lo que le interesaba, continuó con su cháchara.

—En realidad — dijo—, en una casa como ésta, con tantos y tantísimos vecinos, siempre suceden cosas raras.... bueno — se

apresuró a aclarar—: cosas que a simple vista parecen extrañas, aunque desde luego no lo sean. Imagínese usted: un edificio de sesenta y siete pisos, con cuatro vecinos por planta como mínimo... Por cierto, ahora que acuerdo, me he olvidado de decirle a la señorita Cecily que un hombre estuvo esta mañana preguntando por ella...

Aunque yo no prestaba atención apenas a lo que me decía, pensando solamente en el modo de deshacerme de él y largarme cuanto antes de allí, al oír el nombre de Cecily me interesé bruscamente por el asunto. Confieso que no tenía ningún derecho a saber si alguien había venido por allí preguntando por ella; al fin y al cabo, Cecily era una muchacha libre. Pero la cuestión fue que me interesé.

—¿Ah, sí? — respondí, deseando que siguiera con su historia.

—Si — el portero, sin advertir nada, siguió hablando tranquilamente

—. Ha sido este mediodía, poco después de que la señorita Cecily se fuera a trabajar. Era mi tipo un poco estrafalario, por cierto. Me ha preguntado si ella estaba en aquellos momentos en casa, si trabajaba, dónde trabajaba, a qué horas solía estar en casa, cuándo se retiraba a descansar... Naturalmente, yo no he querido contestarle a tantas preguntas, pero... no sé, tenia una forma tan persuasiva de hablar el tipo, que aunque no quisieras terminabas diciéndole algo de lo que no querías decirle... Bueno, la verdad es que el tipo ha terminado largándose, sin querer en ningún momento darme ni su nombre ni su dirección. Le he dicho que si quería que le dijera a la señorita que había venido, pero él ha respondido que no, que no era necesario. Claro que yo, de todos modos, pensaba hacerlo, pero... — hizo un gesto abarcando aire con las manos — me olvidé.

No respondí de momento. Había algo en aquel relato que, casi sin yo siquiera darme cuenta, me había llamado la atención, encendiendo una lucecita roja en mi cerebro. Sin saber por qué lo preguntaba, inquirí: —¿Ha dicho usted que era un tipo... algo estrafalario?

El portero se pasó una mano por la mejilla.

—Bueno..., estrafalario... no, no podía llamársele así. Pero sí se le veía algo extraño, algo raro, que desentonaba y hacía que uno se fijara en él.

—¿El qué?

—Pues... con exactitud... no sé. Parecía corno si fuera... sí, eso es. Tenía una cara un poco rara.

Me lo quedé mirando fijamente. La lucecita roja de mi cerebro brillaba ahora más fuertemente, y un «bip-bip» de alarma la acompañaba.

—¿Rara? — pregunté.

—Pues sí..., rara. No es que fuera fea, o repulsiva...; no, no, nada de eso. Al contrario, era correcta, hasta agradable. Pero tenía un no sé que... Parecía como si el hombre hubiera sufrido un accidente, y. se la hubieran tenido que remendar mediante la cirugía estética, tirando de su piel y dando a sus facciones un algo como inexpresivo, diría yo. Tenía un rostro duro, inmóvil.... ascético. Parecía como si fuera Incapaz de sentir emociones, como si se tratara de algo frío, muerto...

Y no dijo más. Se detuvo, indudablemente impresionado por el aspecto que debía de tener mi rostro. Y había motivos para tenerlo.

¡Porque la «cara ascética» del individuo que acababa de describirme el portero no era ni más ni menos que, con pelos y señales, la copia exacta de la multitud de «máscaras faciales humanas» que cubren los rostros metálicos de todos los robots que se fabrican en el mundo!

—¿Ha... ha dicho que ese... hombre... ha indagado sobre... sobre la señorita Cecily?

El portero, sin acabar de comprender el motivo de mi brusca palidez, asintió con la cabeza. Yo sentí que un raro escalofrío me recorría a todo lo largo de la columna vertebral. El cigarrillo se cayó de mis manos. ¡Cielos, el robot había preparado ya el terreno para eliminar a su próxima victima!

Sentí, imperiosas, unas ansias tremendas de lanzarme a toda velocidad escaleras arriba. Mis piernas empezaron a cosquillearme, - inquietas. De modo que, sin preocuparme de la cara que aún seguía poniendo el pobre portero, di media vuelta y lo hice.

Y apenas acababa de poner el pie en el primer peldaño, cuando sonó en el segundo piso un agudo grito de mujer, seguido inmediatamente después por dos estruendosos disparos.

CAPÍTULO VI

ATAQUE FRUSTRADO

EL resto de la distancia que me separaba del segundo piso 1a recorrí prácticamente sin tocar el suelo con los pies.

Llegué como un ciclón frente a la puerta del apartamento de Cecily, y me lancé contra la hoja, en un fútil intento de derribarla con mi empuje. Como la vez anterior, fallé y fui rechazado. Y entonces, ante la inutilidad de mis intentos, empecé a golpearla con furia, usando manos y pies, mientras gritaba con todas mis fuerzas el nombre de Cecily.

Transcurrieron un par de segundos, que a mí me parecieron dos siglos. Tras la delgada hoja de superplástico flexible se oía un apagado ruido, de lucha. Sonó un tercer disparo, y seguidamente un nuevo grito en el que se entremezclaba la sorpresa, la rabia y el dolor. Sentí que los pelos me bailaban en la nuca, y redoblé en mis golpes.

—¡Apártese!

A mi espalda habla surgido la figura del portero, trayendo entre sus manos un grueso manojo de llaves electrónicas, del cual había seleccionado una, sin duda la de la puerta del apartamento de Cecily. No dudé. Se las arrebaté de un tirón, tomé la indicada y, con febril prisa, la conecté a la cerradura.

Sonó un chasquido, empujé fuertemente, y la puerta cedió ante mí.

Me encontré en la ya conocida salita de recibir del apartamento de Cecily. Sabía que, a la derecha, tenia el dormitorio, y a la izquierda el comedor y la cocina. Sin vacilar, me lancé hacia allí y abrí en tromba la puerta.

La escena qué se presentó ante mis ojos me hubiera erizado los pelos de todo el cuerpo, si no los hubiera tenido ya erizados de antemano.

La mayoría de los muebles del comedor yacían por el suelo, tumbados, pisoteados, rotos. En un rincón, Cecily se encontraba apoyada en la pared, acorralada, cubriéndose el rostro con una mano...

¡Y ante ella, dispuesto para descargar el golpe fatal, el robot!

Supe que era él. No se diferenciaba en nada, a simple vista, de ningún ser humano, pero supe que era él. Y un grito infrahumano salió de mi garganta.

Al oírlo, el robot pareció vacilar unos segundos. Y a ello debió su vida Cecily. Yo, sin dudar un momento, me lancé hacia adelante. Y ella, recuperando al instante la razón por unos segundos perdida, se lanzó al suelo de costado.

No sé lo que pasó en aquellos momentos por el cerebro del robot. Después, y en varias ocasiones, he meditado sobre ello. Indudablemente debió de sorprenderse (en los términos dentro de los cuales puede llegar a «sorprenderse» una máquina) al oír el grito, y aquello le desconcertó, paralizándolo unos fugaces instantes. Pero instantáneamente volvió a recuperar el equilibrio funcional de su cuerpo. Y empezó a actuar.

El cerebro debía de trabajar a una velocidad de vértigo pues en escasos segundos se hizo cargo de la nueva situación. Cecily se había escapado de entre sus manos asesinas, y ahora tenia que enfrentarse con un nuevo peligro que se le veía encima por la espalda.

De modo que dio media vuelta. Entonces, y por primera vez en mi vida, pude verlo tal cual era, completamente «frente a mí». Y no me extrañó que al portero se le quedara grabada su cara en la memoria. Porque yo, en la agitación del momento, solamente la apercibí como un destello de una fracción de segundo, pero a pesar de ello aquella cara quedó permanentemente grabada en mi cerebro, como algo que ya nunca podría borrárseme de él.

Las sensaciones que sentí en aquel brevísimo instante fueron tantas y tan diversas, que necesitarla centenares de páginas para describirlas todas ellas. Pero sobre todas prevaleció en mi cerebro una sola: me encontraba por fin, por primera vez, ante el robot del profesor Morgan, la criatura metálica que había cometido en su corta vida ya tres asesinatos, ¡Ella y yo estábamos frente a frente, y debería actuar muy rápido si no quería ser yo la cuarta víctima!

Apenas tuve tiempo de esquivar la acometida que, con

intenciones homicidas, me lanzaba el robot. Su brazo, en cuyo extremo se movía vertiginosamente aquella terrible arma asesina que era su mano, pasó inofensivo a escasos centímetros de mi cabeza. ¡Había vencido en el primer combate!

Me volví, esperando la segunda acometida. El robot giró sobre si mismo con una celeridad pasmosa, y su mano se levantó sobre mi cabeza. Hice una finta de costado para evitarla... ¡y su otra mano se abatió con fuerza demoledora contra mi costado!

Sentí un dolor agudísimo, mientras intentaba recuperarme a duras penas del golpe. Comprendí que habla sido burlado, y que ahora estaba en franca inferioridad de condiciones. Recibí un segundo golpe, esta vez en el estómago. Noté que se me cortaba la respiración, y boqueé ansiosamente. Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¡Y un tercer golpe, demoledor, se incrustó con fuerza incontenible en mi hombro!

Caí de espaldas, derribado, vencido. Comprendí que había hecho una locura al enfrentarme abiertamente con el robot. Nadie puede competir en potencia ni en sagacidad con una máquina perfecta, de frío y lógico razonamiento. Aquel había sido mi principal error, y ahora iba a pagarlo.

Con el pensamiento sentí ya el silbido de la mano al descender, y el crujido de mi cabeza al abrirse como una fruta madura. No cabía duda, aquél era mi fin.

Y lo hubiera sido, indudablemente, de no habar intervenido de nuevo en aquel momento Cecily. Con exactitud, no puedo decir lo que sucedió. Sólo recuerdo que sonó un disparo, y oí un choque ante mí. El robot lanzó un silbido suave... Y ya no me apercibí de más.

Cuando desperté de mi semiinconsciente estado, Cecily se encontraba a mi lado, junto con el portero y otras personas, sin duda vecinos de la casa. A la primera ojeada, pude advertir tres cosas. La primera que Cecily estaba herida; su mejilla izquierda presentaba un surco sanguinolento, y su mano derecha permanecía envuelta en un pañuelo, con manchas rojas en algunos puntos. La segunda, que yo mismo me encontraba en bastante mala situación: me dolía enormemente el costado izquierdo, y sentía como si me hubieran aplanado el estómago; mi hombro derecho parecía haber sido sometido a trituración, y al volver mi vista hacia allí pude ver manchas de sangre a través de la americana rota. Y la tercera que, además del portero y la demás gente, en la habitación se encontraban

el inspector y tres policías.

En pocos segundos me puse al corriente de lo sucedido. Según había explicado la propia Cecily, ella había penetrado tranquilamente en su apartamento, después de dejarme a mí, sin apreciar nada anormal. Se había dirigido al comedor, encendido la luz, y depositado el bolso sobre la mesa. Luego fue hacia la cocina dispuesta a prepararse una bebida. Empujó a la puerta...

Y tras ella se encontró el robot.

Al principio, Cecily se había quedado inmóvil, alelada ante aquella figura inmóvil, estatuarla, que había aparecido tras la puerta cerrada de la cocina. De momento no la relacionó con el robot; su aspecto, excepto el de su inmovilidad, era el de un hombre. Incluso su moderno traje a cuadros le concedía la apariencia de un hombre normal. Pero...

Pero no tardó en cambiar de opinión. Porque el robot, silencioso, frío, sin mover un solo músculo de su rostro, levantó la mano en un ademán rapidísimo, y la volvió a bajar, abierta, dispuesto a repetir el golpe que había causado ya la muerte de sus tres anteriores víctimas.

Pero aquella vez falló. Cecily ha sido siempre mujer de instantáneas reacciones, y estaba enterada ampliamente del asunto. Al ver el gesto de agresión, comprendió enseguida. Dio un paso hacia atrás, ladeando violentamente la cabeza, y el golpe que debía estrellarse contra su cráneo solamente, le rozó la mejilla, causándole la herida que yo acababa de apreciar.

Después, con una rapidez digna de encomio, reaccionó. Volvió a recular, retrocediendo hacia el comedor. Recordó la pistola que yo le había entregado, y que había metido dentro do su bolso. Se lanzó hacia la mesa del comedor, y el robot, saliendo de su hasta entonces parcial inmovilidad, se lanzó tras ella. Cecily comprendió que no tema tiempo de coger su bolso y extraer de él la pistola antes de que el robot la alcanzara. Por esto dio una patada a la mesa, la volcó, pasó al otro lado, y se inclinó para recoger el caído bolso.

El robot se le lanzó encima. Echándose hacia un lado, Cecily logró evitarlo. Y entonces empezó la más dantesca persecución entre cuatro paredes que pueda imaginarse.

Cecily teñía ya entre sus manos el bolso, pero necesitaba cierto tiempo para abrirlo y sacar la pistola. El robot venia pisándole los

talones, y comprendió quo no tardaría en alcanzarla Tenia que idear algo.

Durante unos segundos no hizo más que hacer fintas, derribar muebles y poner obstáculos al paso del robot, evitando por todos los medios que lograra colocarle la mano encima. Recibió algunos golpes, débiles por suerte casi todos, que le causaron algunas erosiones y un par de desgarrones en el vestido. Mientras tanto, sus manos tanteaban febrilmente el cierre del bolso. Al fin, mientras aún seguía jugando con el robot al gato y al ratón, logró abrirlo. Metió la mano en él, se apartó rápidamente de costado para evitar un nuevo y silencioso golpe del robot, y el bolso se escurrió de sus manos, volcándose y esparciendo todo su variado contenido por el suelo.

Se inclinó rápidamente. Entre otros objetos, en el suelo, al alcance de su mano, había caído la pistola. Le, tomó con mano rápida, Mientras estaba agachada el robot le lanzó una patada que no la alcanzó por verdadero milagro. Comprendió que estaba dispuesto a eliminarla fuere, como fuera. Se levantó... y entonces comprendió que acababa de cometer un grave error: permitir que e1 robot se acercara demasiado.

Hasta entonces la lucha se había desarrollado silenciosa, a distancia. En la habitación tan sólo se había oído el jadear de la respiración de Cecily, y el ruido de los pesados pasos del robot- y los muebles al caer o al ser movidos. Pero «hora Cecily al agacharse para recocer el revolver había dado tiempo al robot a situarse a su lado. Y cuando re levantó, lo vio allí, frente a ella con su rostro frío, yermo, sin ninguna expresión, mirándola fijamente. Sintió como dos brazos, dos helados v rígidos brazos, se cerraban a su espalda como inviolable dogal. Y cuando cuando quiso darse cuenta se encontraba estrujada fuertemente contra aquel duro cuerpo de metal sintiendo que la presión aumentaba por momentos y le faltaba la respiración...

Aquello fue más de lo que hubiera podido soportar sin que se resquebrajara su entereza. Sintió que se ahogaba. Un terror supremo la fue invadiendo, un temor loco, incontrolable a la muerte. Y reuniendo un postrer esfuerzo, sus últimas fuerzas, lanzó al aire un agudo, estridente grito de terror y auxilio.

Y luego, inmediatamente después recordó la pistola que tenía, inactiva, en su mano.

No dudó un momento. Reuniendo las escasísimas fuerzas que le quedaban, clavó la pistola en el costado del robot y apretó por dos

veces el gatillo.

El robot pareció vacilar un momento. Su presión sobre el cuerpo de Cecily disminuyó. Y ella aprovechó el momento para aspirar una bocanada pura, espesa, de aire.

El robot deshizo el abrazo, y se apartó unos pasos. Se quedó inmóvil, contemplando a Cecily con sus fríos ojos electrónicos. No parecía herido, pero si desconcertado, como si no comprendiera lo que había sucedido o le costase recuperar el dominio de sus engranajes...

Y Cecily no desaprovechó aquella ocasión. La pistola que tenía en su mano estaba dotada de una carga de veinte cartuchos. Solamente había usado dos. Dispararía todos los que le quedaban contra el cuerpo del robot. Lo despedazaría...

Pero no llegó a hacer nada de esto. El robot lanzó por su microfónica boca un silbido muy semejante al que yo tendría ocasión de oír más tarde. Su brazo se movió velocísimamente. Y Cecily sintió un choque, un agudísimo dolor en la mano, y vio cómo la pistola saltaba violentamente por los aires. El robot volvió a avanzar, y su brazo se levantó nuevamente, dispuesto a descargar el mortífero golpe...

Cecily comprendió que estaba perdida. Había logrado por dos veces burlar a la muerte, pero ahora ya no tenía escapatoria. En un ademán instintivo se cubrió la cara con las manos, y lanzó un segundo grito de terror.

Y entonces entré yo.

Al oír mi grito, el robot tuvo unos momentos de vacilación. Y Cecily, recuperando las esperanzas perdidas, los aprovechó para escabullirse de entre sus garras.

Luego, durante la breve lucha que sostuvimos el robot y yo, Cecily pudo reponerse del terror y la agitación que la habían dominado durante su lucha anterior en la reducida estanca. Vio, en el suelo, el revólver caído y abandonado. Lo cogió. Observó cómo yo, al querer enfrentarme al robot con las manos desnudas en vez de rehuirle, era aparatosamente vencido. Y cuando vio que me doblegaba bajo su empuje y que iba a asestarme el golpe de gracia, disparó el arma por tercera vez contra él.

El disparo no hizo ningún daño al robot, pero hizo que desviara momentáneamente su atención. Se volvió hacia Cecily, con el

rostro siempre impasible, corno estudiando la conveniencia de rematarme primero a mí o lanzarse contra ella. Y entonces, en confuso montón, entraron en la pieza el portero, varios vecinos, y un par de policías con las armas en la mano.

El robot tuvo de nuevo unos instantes de vacilación, mientras sus engranajes se ajustaban al nuevo estado de cosas. Sus vítreos ojos estudiaron la situación. Debió de comprender que, aunque superior a nosotros en fuerza, no podía enfrentarse contra tantos enemigos, algunos de ellos armados. De modo que dio media vuelta, y, perseguido por los disparos de los dos policías (tres disparos en total), penetró en la cocina y cerró la puerta fuertemente a sus espaldas.

Mis tarde, cuando, tras descerrajar la cerradura, los policías pudieron penetrar en la cocina, no encontraron del robot más rastros que la ventana recién abierta, por la que se colaba el aire frío de la noche.

Aprovechando la oscuridad imperante, había huido impunemente por la escalera auxiliar de incendios.

* * *

—¿Cómo se encuentra?

Me empiné sobre el codo, dirigiendo «una mirada al inspector. Encontrarme, no me encontraba demasiado bien, pero peor hubiera sido si el robot hubiera llegado a descargar su último golpe.

—Bien — repliqué—; bastante bien.

El inspector lanzó un suspiro, y paseó su vista par la blanca habitación. Después volvió a concentrar su atención en mí y en Cecily.

—Bueno — suspiró filosóficamente —. Peor hubiese sido que el robot hubiera cometido con éxito su cuarto asesinato. Por suerte, le ha fallado el golpe y éste es un tanto que debemos apuntarnos a nuestro favor. ¿No lo cree así, señor Hickman?

Asentí con la cabeza, dejándome caer de nuevo en el sillón. Si, el inspector tenía razón, pero yo no estaba demasiado contento a pesar del resultado del ataque. El hombro me dolía demasiado para ello.

Volví a mirarle, mientras que él a su vez observaba

atentamente algo que tenía en la chaqueta y que terminó por sacudirse. Transcurrieron varios minutos. Y de pronto, la puerta se abrió y en ella apareció un policía, que saludó y deslizó unas palabras al oído del inspector, entregándole a continuación un objeto, este lo examinó, contestó algo, y el policía volvió a saludar y se marchó.

El inspector volvió a mi lado, trayendo entre sus manos el objeto que le habla entregado el policía, y que no era ni más ni menos que una cajita metálica. La abrió, y me la mostró.

—¿Conoce lo que es esto, señor Hickman?

Dirigí una mirada a la cajita, y asentí. En ella, cuidadosamente alineadas entre tiras de algodón sintético, se encontraban cinco balas de pistola abolladas como si hubieran chocado con algo extremadamente duro.

—Si — respondí —. Simplemente, son.

Y me callé. ¡Cielos, había dicho simplemente!

De momento, no había caído en lo que querían decir aquellas cinco balas abolladas, pero acababa de darme cuenta da ello. Cecily había disparado por tres veces contra el robot, dos de ellas prácticamente a quemarropa. Los agentes que irrumpieron después en la habitación dispararon tres veces más. De estas seis balas, sólo una de ellas habla fallado el blanco, incrustándose en la pared. Las otras cinco habían impactado contra el cuerpo del robot. ¡Y el ahora estaban allá, abolladas, en poder del inspector, aquello quería decir que solamente habían chocado contra el cuerpo del robot! ¡No le habían hecho la menor mella!

—El berilo super-2 es muy duro, señor Hickman. Usted, corno fabricante de robots, lo debe saber.

He hundí silenciosamente en el sillón, asintiendo con la cabeza y maldiciendo por lo bajo. El berilo super-2... Había olvidado que se trataba de un material a prueba de toda clase de golpes, imposible de perforar con balas corrientes. Para cortarlo se necesitaban cuchillas especiales electrificadas, de poder magnético fusible, y para taladrarlo taladros especiales con espoleta explosiva en la punta. Solamente podía moldeársele a altas temperaturas, casi en el límite de su punto de fusión. ¡Y ahora habíamos creído que lo podíamos perforar con balas normales!

—No se preocupe por esto, señor Hickman — dijo el inspector,

poniéndome una mano sobre el hombro—. Al fin y al cabo, ahora estamos algo mejor que al principio. Sabemos más cosas sobre el robot. Es más: ahora incluso conocemos su aspecto exterior. Además el haber fallado por primera vez uno de sus ataques, nos prestigia de nuevo ante el público que ya empezaba a murmurar demasiado alto do nosotros. Esto es un punto muy importante a nuestro favor. De no haber sido por usted…

Y trabajamos. Mejor dicho, trabajó la policía.

Nosotros (Cecily, el portero de su casa y yo) solamente preparamos el terreno para el verdadero trabajo.

Aquella misma noche (que pasó insomne para los tres), forzando al máximo nuestros cerebros, logramos reconstruir detalle por detalle el rostro del robot, según el método de partes superpuestas (1[3]). Así, tras largas deliberaciones y varios retoques en la figura resultante, llegamos a formar una imagen todo lo exacta que podía lograrse de su rostro. Se añadió a esto un traje a cuadros de línea modernista, y un rostro inexpresivo ciento por ciento, y el duplicado exacto del robot sobre el papel estuvo listo.

Entonces empezó la verdadera labor de la policía. Todos los agentes de la Metropolitana que patrullaban por las calles de Nueva York fueron provistos da una fotocopia de la imagen del robot que nosotros logramos, con la orden de detenerlo cuando y donde lo encontraran, disparando sin contemplaciones al menor asomo de agresión. A tal fin fueron todos ellos provistos de un nuevo armamento supletorio especial, consistente en una pistola de balas especiales de berilo super-2, con cápsula explosiva de alta potencia, y un par de pequeñas granadas de tipo bélico, especiales para la destrucción de metales resistentes. Y una vez repartido todo esto… ¡a la búsqueda del robot!

También a Cecily y a mí nos entregó el inspector un par de pistolas especiales, junto con los correspondientes certificados de permiso de uso (debido a su alta potencia destructiva, estas armas están prohibidas para el elemento civil de la población, necesitándose un certificado especial para poder usarlas). Al mismo tiempo, asignó a dos de sus hombres para nuestra protección personal, a fin de evitar que el robot volviera a repetir su ataque, esta vez con éxito. Había demostrado ya palpablemente su intención de terminar con nosotros, y era mejor andar prevenidos. Según decía el propio inspector. Tanto Cecily como yo éramos piezas importantes de aquel asunto, y no era, cuestión de arriesgarse inútilmente a perdernos…

CAPÍTULO VII

CAMPAÑA ANTIRROBÓTICA

COMO indudablemente ya habrá supuesto toda persona que lea estas líneas, la prensa no permaneció inactiva ante los sucesos relatados hasta aquí. Antes al contrario, se ocupó muy intensamente de ellos.

Los periódicos de la tarde del mismo día en que sucedió lo hasta ahora expuesto, se ocuparon extraordinariamente del asesinato de Edward. Bajo e titulo de

«¡El segundo asesinato del misterioso robot!». «¡Frank Hickman de nuevo complicado en otro tenebroso crimen!» y «¡Hickman detenido por la policía como presunto culpable de la muerte de Albert Morgan y Edward Franklin!» «¿Qué misteriosas relaciones unían a Frank Hickman con Morgan y su fantástico robot?» «¿Cuál es el verdadero motivo de los crímenes?», etc. Todos los principales rotativos del país y aún del extranjero agotaron inmediatamente sus ediciones, enriquecidas todas ellas con páginas y páginas de más o menos verídicas versiones de lo sucedido. Y, en todas ellas, yo era la cabeza de turco que paraba todos los golpes de la opinión popular. En mi vida puedo haber recibido numerosos y muy variados calificativos, pero ninguno como los que recibí aquel día, de los cuáles el más suave era quizás del New York Times, que me calificaba «solamente» de monstruosos asesino y terrible amenaza para la sociedad.

Pero si los periódicos de la fueron enriquecidos con estos y semejantes titulares, no lo fueron menos los de la noche que, en grandes tiradas extraordinarias, anunciaban a toda pagina «el tercer asesinato del robot misterioso» y «la inocencia de Frank Hickman», en carácter de verdadera sensación. La imposibilidad de haber cometido yo el tercer crimen, y las declaraciones de la policía al respecto, sirvieron para aclarar de una vez por todas mi inocencia. Pero sirvieron a su vez para determinar, sin lugar a dudas, la existencia cierta y real del robot del profesor Morgan. Un robot sin asomo de leyes robóticas en su interior, con una autoindependencia y una capacidad cerebral y material extraordinaria...

Y aquí radicó lo malo del asunto.

A la mañana siguiente por la mañana, no me personé en la fábrica. Quería evitar el contacto con los empleados, unos empleados ansiosos de saber por propia boca lo sucedido, y que se pasarían todo el día mirándome como a un bicho raro sin atreverse a formular ninguna pregunta y por otra parte no tenía humor para encerrarme en un despacho y ocuparme de cosas a las que no prestaría ninguna atención. Telefoneé a Philip Allen, el subdirector, pidiéndole qué tomara las riendas de la producción, y me senté en mi sillón favorito de la biblioteca, dispuesto a reconcentrarme en el asunto.

Habría trascurrido media mañana, cuando el teléfono sonó, con mortificante insistencia. Dejé que mi robot criado lo cogiera, v poco después se personó éste a mi lado, indicándome que el inspector Jefferson, de la policía Metropolitano, deseaba hablar conmigo.

Me extrañó aquella llamada, pero no acabó de sorprenderme del todo En el subconsciente esperaba algo así. Tomé el auricular y me sorprendió oír la voz del inspector que me pedía que acudiera a su despacho lo más pronto posible.

Mi intención no era ni con mucho la de rehusar. De modo que cogí mi monobólido y me trasladé al superedificio de la Jefatura Central.

El inspector se encontraba sentado ante su mesa de despacho en actitud profunda y reflexiva entre sus manos tenia, un periódico abierto. Al verme entrar, levantó la vista y me saludó desvaídamente.

¿Ha leído los periódicos? — preguntó directamente, dejándose de circunloquios inútiles.

Negué con la cabeza. Después de las noticias que se habían publicado en la prensa, nacional el día anterior, no tenía el menor deseo de poner ante mi vista nada que oliera a tinta impresa.

El inspector no dijo nada inmediatamente. Se limitó a tenderme el ejemplar que tenía ante sí, indicándome una página determinada.

Pero no hacia falta que me indicara nada. Los titulares ya eran de por sí lo suficientemente grandes y elocuentes:

¡NUEVO CRIMEN DEL ROBOT ASESINO!

¡SU CUARTA VICTIMA ES HALLADA MUERTA Y DESVALIJADA EN SU VILLA DE LAS AFUERAS!

¡EL MOTIVO DEL CRIMEN, NUEVAMENTE EL ROBO!

Más abajo, en letras más pequeñas, una reseña completa del suceso. Anthony Smith, rico industrial de la ciudad, se había dirigido la noche anterior a su villa, como de costumbre. Había cenado, se había retirado a dormir… y a la mañana siguiente había sido hallado muerto por su criado, con el cráneo deshecho. La caja fuerte había sido violentada, y en ella faltaban ochenta mil dólares en efectivo que depositara el propio Smith la noche anterior con la intención de ingresarlos aquel día. Salvo esto, nada se sabía del asesino, excepto las clarísimos huellas dejadas de su paso. Había aparecido y desaparecido en la noche, esfumándose, sin que nadie lo viera, pero llevándose consigo un bonito botín. ¡Ochenta mil dólares! ¡Una verdadera fortuna!

Deposité el periódico de nuevo sobre la mesa, y me quedé mirando al inspector. Éste, sosteniendo las manos a la altura de su boca, las palmas juntas, me observaba atentamente. Al cruzarse nuestras miradas, lanzó un suspiro.

Hice un gesto ambiguo. ¿Parecerme? Me parecía horrible, pero… ¿qué podía hacer?

—Nada, desde luego — bajando sus manos, el inspector volvió a lanzar otro suspiro—. Pero esto que ha leído no es todo. Todavía hay algo más.

Me envaré en el asiento.

—¿Algo más?

—Sí. Por eso le he llamado ¿Quiere echar una ojeada a esta fotocopia?

Y me tendió una cartulina que tenía sobre la mesa. La observé. Era la fotocopia del dibujo de la cara de un hombre, regularmente agraciado, vistiendo un elefante terno gris, con el cabello rubio y los ojos negros…

—¿Lo conoce?

Negué con la cabeza. No; si la memoria no me fallaba, no lo había visto nunca, y si lo había visto alguna vez, el encuentro había sido tan fugaz que no había dejado huella en mí.

—Bien— el inspector recoció la cartulina, y suspiró—. Pues tenemos motivos bastante fundados para creer que este rostro que ve aquí no es ni más ni menos que el del robot que mató a Anthony Smith esta noche.

Me quedé petrificado. ¡Cristo! ¿El robot del profesor Morgan? Pero si yo…

El inspector levantó una mano.

—Escuche. Esto es algo que no hemos dicho a la prensa, y nadie sino unas cuantas personas lo saben. Ayer por la noche, Alfred Winhmore, ayuda de cámara y mayordomo del fallecido señor Smith (he de advertir que el señor Smith sentía una profunda aversión por los robots, y toda su servidumbre era humana), acudió a abrir a un caballero que preguntaba por su dueño. El hombre informó que en aquellos momentos se encontraba atendiendo a sus negocios, y que tardaría aún bastante en volver. El visitante inquirió a qué hora aproximada volvería, y cuándo se retiraría a descansar, para saber entre qué horas podría pasar a visitarle. El mayordomo se lo dijo y el hombre lo agradeció con una inclinación de cabeza. Al preguntarle Winhmore a quién anunciaría a su señor, el visitante contestó que era un antiguo condiscípulo de Smith, y que se llamaba Alan. Dicho esto, se retiró.

»Cuando, ya avanzada la noche, regresó a casa el señor Smith, Winhmore le informó de la visita. El otro escuchó atentamente, y terminó diciendo que no recordaba a ningún Alan que hubiera sido condiscípulo suyo. «Es igual — dijo—. Había tantos alumnos en la clase a la que yo asistí que es probable que hubiera más de uno. Cuando vuelva y lo vea, ya me acordaré». Luego, cenó tranquilamente, se entretuvo unos momentos leyendo, y al ver que no acudía la visita, decidió irse a la cama, lo que hizo tranquilamente.

Se detuvo unos momentos, y al ver que yo me interesaba en el relato, prosiguió:

—Sería pasada ya la medianoche, cuando Max Hunter, el vigilante del barrio residencial donde vivía Smith, se encontró con un viandante que paseaba tranquilamente por allí, como si tomara el

fresco de la noche. El hecho no le extrañó, pero, por la rutina del oficio, se fijó en él: desconocido en aquella zona, bien vestido, elegante, al parecer rico, y con un rostro... Bueno, no hizo mucho caso, y prosiguió su ronda. Poco después, un reloj de las cercanías daba la una.

»Y ahora viene lo interesante. Según el examen forense, Anthony Smith fue muerto de una a tres de la madrugada. Según las huellas, su asesino forzó la puerta de entrada, y recorrió las habitaciones hasta llegar al dormitorio del muerto, asesinándolo y pasando después a su despacho, donde forzó también la caja, desapareciendo después con el dinero. Ahora bien, para hacer esto debía haber desconectado y desconectó una alarma automática instalada en el pasillo, al lado de la puerta de entrada, y que entraba en funcionamiento cuando el que penetrara furtivamente en la casa pisara la tercera línea de baldosas del suelo. ¿Cómo logró desconectar la alarma antes de que llegara a sonar? Misterio.

Ahora bien, tenemos tres pistas de la identidad del asesino. La primera, el hombre que visitó la casa de Smith antes del asesinato. El mayordomo lo introdujo en el recibidor, y allí, en un rincón de la pared, estaba el dispositivo de alarma. Mientras charlaba, el visitante pudo observar atentamente el aparato, dictaminando (si era algo entendido en la materia), la clase y funcionamiento de mismo. Luego, observando el suelo (como es sabido, las planchas sensibles que forman el conjunto del sistema de alarma siempre se diferencian algo del resto del suelo, diferencia que puede apreciar una vista aguda y sensible), el visitante podía saber dónde estaba ubicada la alarma, y más tarde poder inutilizarla antes de que llegara a funcionar.

La segunda pista nos la ofrece el vigilante. El hombre que vio andando por la calle a altas horas de la madrugada podía ser muy bien el asesino. Según ha declarado, lo vio poco antes de la una, y el crimen se cometió entre una y tres. Teniendo en cuenta que el forzar la puerta, desconectar a alarma y buscar la habitación de Smith trae consigo cierto tiempo, el horario concuerda.

»Y aquí viene Ja tercera pista. La descripción que han hecho el mayordomo y el vigilante de la persona que vieron respectivamente, concuerden entre si. Los dos están de acuerdo en el detalle anatómico de su rostro, y además insisten en que ciertos aspectos: su andar sincrónico, pausado y cronometrad, lo extraño de su pelo rubio v sus ojos negros, la frialdad y carencia de expresión de su rostro... Todo esto unido al modo de ser cometido el crimen, apuntan tan sólo a una persona: al robot.

»¡Y esto es lo terrible, pues la descripción que los dos hombres han hecho de la persona que vieron no concuerda en nada a la que nosotros tenemos aquí!

Siguieron unos instantes de silencio, no rotos por ningún sonido. Yo permanecía pensativo, con la barbilla hundida en los puños. La descripción del robot no concordaba con la que nosotros teníamos. Parecía algo imposible, pero era totalmente explicable. Al fin y al cabo, la cara de un robot no era ni más ni menos que una película plástica...

—Sí —dijo el Inspector, como adivinando mis pensamientos—. Hemos pensado en seguida en máscaras plásticas de repuesto, Es algo totalmente natural en un robot, pero que nos hunde de nuevo en la oscuridad. ¿No lo comprende? La única pista que teníamos era su cara, y si ahora la ha cambiado, esto quiere decir que puede hacerlo siempre que le convenga. ¡Puede tener infinidad de máscaras a su disposición, e irlas cambiando sucesivamente para que nunca podamos reconocerle.

Asentí con la cabeza, sin moverme de mi posición. Comprendía al inspector, y le compadecía. Le había caído encima una buena papeleta. Lo que al principio parecía un crimen vulgar y corriente, cuya resolución sería sólo cosa de paciencia y laboriosidad, se convertía en una verdadera cadena de crímenes cuyo motivo y justificación se presentaba cada vez más oscuro. ¿Cuál seria el fin de aquella pesadilla?

El inspector volvió a encararse conmigo.

—Bien. Vayamos al grano. Yo le he llamado no sólo para contarle todo esto, sino para pedirle su ayuda. Señor Hickman: le necesito.

Levanté sorprendido la mirada. Aunque esperaba muchas cosas del inspector, no me esperaba con mucho aquello. Le miré fija interrogadoramente.

—Si - explicó é1 — he dicho su ayuda. En este asunto hemos procedido con demasiada ligereza. Al principio no le dimos la importancia decisiva que tenía —. Recordé los esfuerzos que tuve que hacer para convencerle de que no era a mí a quien tenía que seguir las huellas, sino al robot—. ¡Bien, esto ya no tiene remedio! De lo que sí hemos de preocuparnos es de la situación actual. Estamos en franca inferioridad de condiciones con respecto al robot. ¿Qué conocemos

nosotros en concreto? ¿Qué sabe más de él? ¿Conocemos sus intenciones, sabemos acaso lo que, se propone? No. En cambio, el robot sí sabe lo que se propone. Se ha trazado un fin, un camino a seguir, y por él marcha ineludiblemente. ¿Conseguirá sus propósitos? Si, si no se lo impedimos. Y nosotros nos encontramos con que tenemos que atajar a un robot que no sabemos dónde se oculta, cuyo paradero ignoramos, buscándole mediante unas pistas que no sabemos si se ajustan a la realidad. ¿Es eso acaso trabajar en igualdad de condiciones?

—No, indudablemente — me froté pensativo la barbilla—. Pero... ¿en qué puedo ayudarles yo? ¿Qué luz puedo aportar, si estoy también completamente a oscuras?

El inspector se pasó una mano por la frente.

—Verá, Hickman. Usted es una especie... digamos, un técnico en robots. Su trabajo le ha familiarizado mucho con toda clase de máquinas pensantes, de modo que conoce mucho de sus reacciones. Ya sé que el robot del que nos ocupamos es distinto a los demás, pero algo ha de tener en común con ellos; al fin y a1 cabo, los principios son los mismos.

»Bueno, pues lo que deseo, lo que deseamos todos, es una ayuda por su parte en este sentido. No podemos limitarnos a vigilar una ciudad como Nueva York, esperando que se produzca algo que pueda ayudarnos Debemos actuar antes. Pero ¿qué podemos hacer? Debemos tener antes una idea de cómo trabaja o cómo puede trabajar ese robot. Hemos de buscar algo que nos sirva para seguirle la pista. Y usted es el único que puede ayudarnos, Usted s quien más sabe del robot, dentro de la ignorancia general.

Asentí en, silencio, frotándome la barbilla pensativo. Sabía a dónde quería ir el inspector. Yo era el único, además del fallecido Edward, que había visto los planos del robot. Era, por lo tanto, quien más información podía facilitar sobre él. Si podía señalar algún indicio, alguna pista sobre la que se pudiese caminar sin temor a hundirse, las posibilidades de terminar atrapándolo serían mayores.

* * *

Si hubo alguien en Nueva York que creyó que los hechos terminarían en este punto se equivocó completamente. Y los periódicos se lo hicieron saber a la mañana siguiente.

Hay mucha gente que duda del poder efectivo que la prensa tiene sobre las masas. Cree quo los periódicos no son más que elementos informativos de la población civil de una nación, y que su tarea debe estar supeditada a esta labor informativa. Yo también creo la veracidad de la segunda aseveración. Pero en cuanto a la primera… Infinidad de veces los rotativos de todo el mundo han saltado la barrera de la información y de la critica para meterse en el terreno más escabroso de la polémica y de la campaña. Y siempre que esto ha sucedido, los efectos han sido mucho mayores de lo que se haya podido esperar. En esta ocasión no fue distinto.

La cosa empezó e la mañana siguiente de mi conversación con el inspector en el «Meteor». En un artículo firmado por un tal Harry, se exponía el peligro que entrañaba la existencia de robots independientes en el mundo, aunque estuvieran supeditados por completo al mando del hombre. Como ejemplo teníase al robot del profesor Morgan, ¿acaso los demás robots no podrían, asimismo, echar a un lado las reyes robóticas, rebelarse a la humanidad que los sometía, y erigirse en dueños y señores del mundo? ¿No habían imaginado así el futuro los antiguos escritores de “Science-fiction ", en una lucha perpetua entre maquinas y hombres?

La idea, vista desde el punto de vista técnico-robótico, era descabellada. Los robots no podían deshacerse así como así de sus principios y sus leyes robóticas, por cuanto ellas eran las que los regían. De todos modos, el articulo caló más hondo de lo que cabía esperar. Un párrafo, concretamente, fue la cuña por la que se introdujo todo después Decía:

«Vosotros, hombres, en cuyas fábricas pululan trabajando miles y miles de máquinas pensantes que son los robots. Vosotras, mujeres, cuyos hijos dejáis el cuidado de estos humanoides con cofia blanca, vestido de nylon y carne de imitación por cara que son también los robots. Vosotros, personas, que vivís confiadas en vuestros quehaceres diarios. ¿No habéis pensado nunca en que los que ahora tenéis a vuestro lado pueden convertirse cualquier día en vuestros asesinos? Esos robots, al parecer tan sumisos, tan obedientes, tan efectivos, pueden llegar a ser una amenaza para toda la humanidad…»

Quizás todo hubiera terminado, como suelen terminar toda esta clase de campañas, en agua de borrajas, de no haber mediado una

circunstancia que hizo que los gritos y las protestas fueran elevando gradualmente de tono: La misma tarde en que apareció el artículo, el robot cometió su quinto asesinato. Y a la mañana siguiente, otro. Y después, otro. Y luego, otro…

Un crimen cada día.

Entonces empegó lo más grave. Al principio, sólo un par de periódicos de poca circulación habían participado en la campaña, mediante algunos artículos de fondo antirrobotista. Pero luego, cuando los asesinatos fueron siguiendo sin que nadie pudiera ponerles freno, otros periódicos se fueron sumando a ellos. La gente empezó a hablar por las calles, luego a gritar, luego a chillar, a vociferar sin freno…

Los ánimos fueron caldeándose. El principio de los hechos, la existencia de un robot autopensante que podía obrar independientemente de las órdenes humanas, fue dejado de lado. La gente sólo vio que un robot podía matar, podía asesinar a un ser humano. Y esto fue bastante.

Lo que ocurrió a partir de entonces puede imaginarse fácilmente.

Al principio, yo mismo me reí del sargento que vino a realizar las primeras investigaciones del asesinato de Morgan, y de su repentina adversión a los robots. Creí que aquél era un caso único (o casi único) en el mundo, de idiosincrasia antirrobótica. ¡Ja! Lo peor de la campaña antirrobótica no fue el ruido que armó, con ser mucho, sino que la mayoría de las personas que pertenecían a la tendencia estable, los que tenían robots servidores en su casa, empezaron a dudar. Fueron pensando que si un robot podía matar a un ser humano, el que tenían ellos podía llegar a hacer lo mismo con sus personas. ¡Cielos, un robot, aquella máquina a quien los nenes llamaban «tío metal», podía llegar a asesinarles! ¡A ellos! ¡Debían deshacerse de ella antes de que sucediera algo irreparable!

Cundió el pánico.

Y aquí empezó lo caótico de la campaña antirrobótica. Mucha gente decidió vender sus robots inmediatamente, antes de que aquellas criaturas infernales les asesinaran. Al principio (mejor dicho, el primer día), las casas especializadas en compraventa do robots compraron las máquinas que les ofrecían, creyendo que aquello pasaría pronto y luego podrían hacer un buen negocio volviendo a

revenderlos a buen precio. Pero cuando al segundo día se encontraron con sus almacenes llenos de cuerpos de robots, y vieron el cariz alarmante que tomaba la cosa, decidieron no arriesgar más de su dinero. Y cerraron la compra.

Nadie quería tener un robot en casa.

Aquella crisis alcanzó también, naturalmente, a las fábricas de robots, y a la «Robot Machines Co.» en particular. La gente, preocupada en vender sus robots, no tenia la menor intención de adquirir otros, y se empezaron a recibir anulaciones de pedidos, muchos de los cuales estaban ya listos y otros a punto de servir. Resultado: la producción de robots siguió a ritmo continuado, pero las máquinas no salían de fábrica. Los almacenes subterráneos empezaron a llenarse de robots embalados y a punto de envío, y más tarde de robots sin siquiera embalar, recién terminados de fabricar. A los tres días del principio de la cosa, en pleno auge de la campaña antirrobótica, la «Robot Machines Co.» tuvo que suspender su producción, dando baja temporal a todos sus obreros hasta que la normalidad se restableciera.

Esperábamos la normalidad.

Y la normalidad quizá se hubiera restablecido poco a poco, de no haber sido por un detalle: ¡el que el robot del profesor Morgan siguió sin encontrarse, complejamente impune, y entregado de lleno a seguir su ya tristemente famosa cadena de crímenes!

CAPÍTULO VIII

REDADA

A nadie puede culparse de los hechos que sucedieron durante los siguientes días. En realidad, nadie tiene la culpa. Ni siquiera la policía. Si algún cargo ha de hacerse contra el inspector Jefferson y sus hombres, éste no podrá ser nunca el de incumplimiento de su deber. Más de lo que hicieron no hubieran podido hacerlo.

Yo, por mi parte, intenté buscar algo, recordar algo en el archivo de mi memoria que pudiera servir como pista para seguirle el rastro al invisible robot. Me devané los sesos en ello; el robot, podía ser todo lo inteligente que se quisiera, pero en alguna parte tenía que estar. No podía esfumarse en el aire, como en los cuentos. Tenía que dejar alguna huella. Y si lográbamos localizar esta huella...

El primer paso que se dio en este sentido fue acudir a todas las casas comerciales que vendían artículos y accesorios para robots en busca de algún cliente que pudiera haber comprado una cierta cantidad de máscaras faciales para robots masculinos. De alguna parte tenían que haber salido las diferentes caras del robot, ya que supusimos que el profesor Morgan no tendría gran cantidad de ellas en su laboratorio, y el robot no sería tan inteligentísimo como para cogerlas y llevárselas todas como protección en un futuro hipotético. Si lográbamos hallar el lugar de donde las había sacado, siempre tendríamos una pista más concreta de la que disponíamos ahora. Los vendedores de máscaras faciales acostumbran a anotar la dirección de sus clientes, y aunque el robot hubiera dado una dirección falsa, siembre tendríamos un indicio por el que ir desenrollando la madeja.

Desgraciadamente, las pesquisas fracasaron en absoluto. La campaña antirrobótica se encontraba en pleno auge, y nadie se entretenía en comprar nuevas máscaras faciales para su robot. Las pocas personas que a pesar de todo lo hablan hecho tengan sus direcciones anotadas en las respectivas tiendas, y habían sido verificadas cuidadosamente una por una. El robot no había adquirido sus caras de repuesto en un comercio.

—¡Pero de algún sitio tienen que haber salido! — gritaba el inspector, en el colmo del paroxismo —. ¡No pueden haber aparecido en el aire, así como así!

A los cuatro días de haber cometido el cuarto asesinato, el robot se había apuntado en su haber cinco crímenes más, consecuentes de seis robos. Cuatro tiendas públicas y dos casas particulares. En las tiendas se había presentado poco ante de actuar, como cliente, comprando un par de cosas de poco valor; había, observado el teatro de operaciones, y se había marchado. En las casas se habla presentado como amigo o cliente de los dueños en un momento en que éstos estaban fuera, había observado también el lugar donde después actuaría, y se había marchado dejando un nombre y una dirección completamente falsas. En todos los casos, pocas horas después la casa había sido asaltada, se había cometido un nuevo crimen, y el robot había desaparecido con un buen pellizco de dinero. Dinero, ¿para qué?

Sentado en su despacho, ante el ya voluminoso expediente del caso del robot asesino, el inspector clamaba a todos los dioses, haciendo un rápido resumen de la situación.

—Se han cometido ya nueve asesinatos — decía—, sin que hasta el momento se haya logrado capturar al culpable, aunque desde un principio sepamos quién es. — ¿Sabíamos realmente quién era un robot que tenía la facilidad de poder cambiar cada día de fisonomía? —. Bien, sigamos. Los dos primeros asesinatos han sido cometidos llevando el criminal un traje a cuadros, y una máscara facial que lo identificaba como moreno, dotado de un rostro agradable pero vulgar, como todos los de las máscaras. En su tercer asesinato ignoramos su aspecto. En el cuarto, en vista de que su rostro es ya conocido por la policía, se lo cambio, así como el traje, Aspecto: rubio, con los ojos negros (incongruencia: al ponerse la nueva máscara, no tuvo en cuenta que el color de sus ojos no podía cambiarlo si no era mediante un cambio interno de pigmentación, y así tuvo que ser rubio con ojos negros); llevaba un terno gris, elegante, y calzaba zapatos negros.

»Luego tenemos los demás robos y asesinatos, para los cuales vuelve a cambiar su indumentaria. Quinto asesinato, acompañado de robo: gabardina marrón, y máscara, facial distinta a las usadas hasta entonces; zapatos negros y terno gris también. Sexto robo, sin asesinato: cometido en una tienda, cuando ésta ya estaba cerrada, y su dueño fuera de ella: ignoramos su aspecto. Sexto asesinato, con robo: traje de mecánico, y máscara facial diferente: botas de fundición. Séptimo y octavo asesinato, Junto con robo; al parecer, fue

sorprendido por un criado de la casa y tuvo que matarlo también; traje a rayas, zapatos marrón, y otra máscara facial distinta a las anteriores, rubia también. Noveno robo, también sin asesinato: ignoramos aspecto. Otro robo, también sin asesinato: traje negro, liso, zapatos del mismo color, y máscara facial cambiada. En la mano, una cartera. Y finalmente noveno asesinato también con robo: máscara pelirroja, con abundante mato de pelo, ¡y traje y aspecto general de mujer!

Aquélla era, en resumen, la información general de las actuaciones del robot. En total, nueve muertes y un millón doscientos mil dólares desaparecidos. Una verdadera fortuna, que un ladrón normal no hubiera podido lograr nunca. Pero se trataba de un robot. ¡Un condenado robot!

—Esto no puede continuar así — gemía el inspector, hundiéndose en el sillón-—. Hemos de terminar cuanto antes con ese maldito robot. Si sólo comete un nuevo crimen más, el mundo se nos vendrá encima, de cabeza. La gente empieza a violentarse contra los agentes que patrullan las calles de Nueva York y los «altos» (el inspector designaba como los «altos» a sus superiores) claman porque se resuelva de una vez este maldito caso, o se verán obligados a jubilar a todo el cuerpo. ¡Éste es el primer fracaso serio que sufre la Metropolitana desde que fue instituida!

Yo comprendía las razones que aducía el inspector, y a mi mismo me decía que no me gustaría estar en su puesto. ¿Qué podía hacer él? Nada, absolutamente nada. Estaba atado de pies y manos, y todos a su alrededor le vociferaban. ¡Bonito papel! Además el asunto había trascendido ya los límites de Nueva York, e incluso los del Estado. La campaña antirrobótica empezaba a hacer eco en el extranjero, y la venta do robots iba languideciendo rápidamente. ¡Y lo peor era que las demás fábricas de robots creían que la culpa era totalmente de la «Robot Machines Co», y se violentaban ferozmente contra ella!

Pero aparte de esto, la cosa había trascendido también a las esferas políticas, y los altos gobernantes de la nación empezaban a tomar cartas en el asunto. Resultado: seis días después de acudir yo a casa de Albert Morgan, ignorante de todo, el ejército tomaba parte en el caso y se lanzaba a hacer un raid por todo Nueva York como no se había conocido en toda la historia. Todos los hoteles y pensiones fueron sometidos a un registro minucioso, estableciéndose después una vigilancia completa en tomo a ellos. Se registraron hasta los sitios más inimaginables, incluso los más apartados ramales de la gran red de cloacas de la ciudad. Todos los activos policíacos y del ejército

fueron puestos en acción, en busca de una sola persona, que ni siquiera era un hombre: un robot. Y el más desalentador resultado fue el premio de todo aquel trabajo: nada. Ningún indicio.

En vista de ello, se decidió establecer una vigilancia minuciosa en toda la ciudad. Cada manzana tuvo a un hombre, ya fuera policía o soldado, de vigilancia. Las tiendas de alguna, importancia y las mansiones de la gente acomodada fueron sometidas a una discreta pero efectiva observación. Puede decirse, sin temor a pecar de exagerados, que en Nueva York hubo siempre más gente despierta, vigilando, que dormida. Jamás se vio despliegue tal de fuerzas en una ciudad, y estoy casi seguro de que jamás volverá a verse otra vez. ¡Y todo por un robot!

Los altos dirigentes, «las grandes personas» como las llamaba todo el mundo, creyeron que así terminarían, de una vez por todas con aquel robot. La ciudadela como una inmensa red, en la que quedaría atrapado si intentaba realizar alguna nueva fechoría. La redada era completa. Ahora sólo faltaba esperar la presa.

Y la presa no tardó en dejarse ver.

No sé cómo sucedió todo con exactitud. Yo no presencié lo ocurrido, y sólo escuché algunas versiones, mucho después de sucedido todo. Al parecer, cerca de la una de la noche, uno de los soldados que montaban guardia en la nueva avenida 37 (precisamente a dos manzanas de donde está enclavado el edificio de la "Robot Machines Co", creyó ver una sombra que se deslizaba furtivamente pegada a la pared. Agarró su fusil especial con balas da berilo super-2, y dio el alto. La sombra desapareció. El moldado tocó su silbato, atrayendo la atención hacia aquel punto, y radió la señal de alarma a la central de los coches patrulla. Acudieron varios soldados y policías más, linternas en ristre, y echaron una mirada alrededor. Alguien gritó algo, y todos pudieron ver una sombra que corría en dirección contraria a donde estaban ellos. Muchos dijeron después que iba vestida con un traje negro, otros que parecía llevar un mono de trabajo, otros más que creían haber visto un vestido de mujer... La realidad fue que nadie se fijó mucho en el atuendo. Dispararon varias balas hacia la huidiza figura, sin que al parecer lograran acertarla. Cuando más tarde acudieron los autos de patrulla y los refuerzos, no pudieron encontrar nada, salvo un par de paredes agujereadas y la calzada levantada por los disparos. De la sombra huidiza, fuera una persona, fuera el robot (todo el mundo estaba de acuerdo en que era el robot), no se halló el menor rastro. Se había volatilizado.

Así terminó la «formidable» redada que organizó la policía y el ejército conjuntamente para atrapar al robot.

Pero ni la policía ni el ejército estaban tranquilos. Sabían que, un día u otro, el robot volvería a aparecer. Y entonces no querían exponerse a que volviera a suceder lo que ya había sucedido. Siguieron la vigilancia intensiva, efectuaron registros en todas partes..., nada. Todo estaba normal, y todo el mundo comprendía que si la cosa continuaba así, incluso la policía llegaría a cansarse y abandonaría la partida. Si el robot seguía inactivo...

Pero el robot no permanecía inactivo. Aunque nadie se diera cuenta de ello, el robot seguía trabajando. Y lo más curioso del caso era que quién se daría cuenta de ello, quien daría con la verdadera pista y terminaría definitivamente con él no seria la policía, ni el ejército. Sería una sola persona: yo.

CAPÍTULO IX

FRENTE A FRENTE

EN realidad, no sé cómo vino todo. Quizá fue de tanto pensar en ello, o bien se debió a la magia de una súbita inspiración... No lo sé.

Pero la realidad es que sucedió.

Desde que el ejército tomara cartas en el asunto, yo fui dado de lado del mismo. En realidad, ya no les servía para nada. Se habían trazado un plan a seguir, se habían aferrado como lapas a él... y ya no querían saber nada más. Yo no podía aportarles ninguna luz; ro me necesitaban.

Durante los días que siguieron a la redada, y en la calma subsiguiente, yo no tuve nada que hacer.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, mi lesionado brazo fue curándose, sometido a tratamiento, hasta que pude valerme completamente de él. También la mano de Cecily fue mejorando hasta quedar en idénticas condiciones que mi brazo, y pude utilizaría normalmente. Y entonces..., entonces nada.

Cecily y yo éramos, además del robot (bueno, el robot no contaba, pues prácticamente no tenia «vida»), las dos únicas personas que habíamos iniciado toda aquella tremolina y aún vivíamos para contarlo. Y, como extraña paradoja, éramos las dos personas a las que la gente hacía menos caso en el mundo. Al principio sí, al principio los periódicos se habían ocupado extensamente de mi, incluso acusándome como el instigador de todo aquello. Pero luego, por una de esas raras y frecuentes reacciones de la prensa y de la opinión pública, me habían olvidado, me habían echado completamente de lado. Y ahora eran la policía y el ejército los que cargaban con la culpa de todo. Con lo que nosotros estábamos mucho más tranquilos.

Durante el transcurso de aquellos días, repito, yo tuve una sola y exclusiva preocupación; ocuparme de Cecily. Y viceversa. Había de

por medio un beso dado hacia no mucho tiempo, y del que yo no había tenido tiempo de hablar…

Ahora sí pudimos hablar de él. De él, y de otras muchas cosas similares. En resumen: no fijamos la fecha de la boda, pero le faltó muy poco.

Bueno, pero no es de eso de lo que tengo que hablar; supongo que mis asuntos sentimentales no importarán mucho a nadie, salvo a .mí. Y hay cosas más importantes que la gente desea conocer con detalle.

En realidad, la idea se había ido incubando en mi cerebro en el transcurso de muchas noches de insomnio, en las que mi pensamiento seguía dedicándose a un solo objeto: el robot. Pero no acabó de «estallar» en mi mente hasta aquella noche, la decimoctava después de la fracasada redada. Cecily y yo habíamos ido a cenar a un restaurante típico (del que, a instancias del público, habían sido suprimidos los camareros-robots), y la velada había transcurrido agradablemente. La orquesta había desgranado las dulces notas de una antigua canción, y Cecil y y yo habíamos imitado al resto de las parejas que ocupaban el local hablándonos en voz baja y diciéndonos todas esas tonterías que suelen decirse los enamorados. Cenamos, bailamos y al filo de la medianoche decidimos regresar. Acompañé a Cecily hasta su casa, la dejé allí, tras el ritual beso de despedida, y regresé a mi villa. Los dos policías que, bajo las órdenes del inspector, aún me seguían para protegerme, se quedaron a la puerta. Yo penetré en la casa, me dirigí a mi dormitorio, me desnudé, introduciéndome después bajo sábanas…, En lugar de entregarme al descanso, mi cerebro empezó a funcionar a marchas forzadas.

No podía dormir.

Las últimas noches, el descanso se había convertido para mí en un problema capital. Simplemente, no lograba conciliar el sueño. Apenas me metía en cama, mi mente empezaba a dar vueltas y vueltas en torno a lo mismo, y me desvelaba por completo. «Lo mismo» era, naturalmente, el robot.

No me resignaba a que el robot hubiera desaparecido así como así, sin dejar ningún rastro de su paso. Había demasiados inconclusos, demasiados absurdos en todo aquel asunto para que yo lo relegara al pozo del olvido. Quería encontrar la solución lógica a todo ello. Y las noches me las pasaba tendido en la cama, con un cigarrillo en la mano, y pensando, pensando, pensando… sin lograr nada.

El problema que más me había acuciado habla sido el de los cambios de apariencia del robot. No fallaba ninguna razón para ello, pero sabía que cuando hubiera resuelto aquel extremo, tendría en mis manos la solución de todo. Sabría dónde se ocultaba el robot. Y esto seria lo mismo que trazar el «fin» de todo aquel endiablado asunto.

Visto desde un punto puramente objetivo, parecía como si el robot tuviera a su entera disposición un arsenal de disfraces, donde pudiera elegir a su gusto. Como si fuera una tienda de artículos para robots. O...

Como he dicho, no sé de dónde surgió todo. Quizá dormía ya en mi cerebro desde no sabía cuánto tiempo. Pero fue en aquel preciso momento en que surgió a la superficie, como una intensa llamarada que alumbró las brumas que aún conservaba en mi interior.

¡Y entonces lo vi todo claro!

Di un salto en la cama, poniéndome automáticamente en pie. En mi precipitación rasgué la cremallera eléctrica de mi pijama, y me puse los pantalones y la camisa en u santiamén. Me dirigí hacia el visófono, dispuesto llamar al inspector y contárselo todo. Pero a medio camino me detuve.

«Para el carro, amigo—me dije—. Al fin y al cabo, todo esto son suposiciones, conjeturas. Claro que tú sabes que son ciertas, pero... ¿y si luego resulta todo infundado? ¡Menudo ridículo! No, es mejor averiguarlo todo primero, y si acaso resulta ser verdad...»

Permanecí unos instantes pensando antes de acabar dirigiéndome al visófono. Me había forjado un camino a seguir. Marqué el número de Cecily, y esperé un breve momento.

—¿Quién? — preguntó la voz soñolienta de mi ex secretaria desde el otro lado del aparato.

—Soy yo, Sis — repliqué. Se me notaba el nerviosismo en la voz. En realidad, estaba nervioso—. Necesito que me hagas un favor, cariño.

La respuesta llegó acompañada de notas de extrañeza:

—¿A estas horas?...

—Si, cariño, a estas horas. No lo sé con seguridad, pero puede resultar ser algo muy importante. ¿Me lo harás?

Pasaron varios segundos.

—Bueno…

Suspiré. Ahora todo era cuestión de que cumpliera su palabra.

—Presta mucha atención. Sis — supliqué —. Necesito que permanezcas despierta hasta dentro de una hora como máximo. Estáte atenta al visófono pues yo te llamaré antes de que transcurra. Si cuando haya transcurrido la hora, todavía no te he llamado, entonces llama tú al inspector. Sí, al inspector. Dile que acuda inmediatamente con todos los hombres que tenga disponibles al edificio de la «Robot Machines Co.». Si, a la fábrica. Dile que allí encontrará al robot. ¿Qué? No, no sé si el robot se encuentra allí, pero no me extrañaría mucho. Lo siento, nena, pero no puedo responderte de momento. Recuerda, sobre todo, que si no he llamado dentro de una hora como máximo debes avisar al inspector. Puede ser asunto de vida o muerte, ¿comprendes?

—Si, Frank, comprendo, pero…

—Por favor, Sis, no hagas preguntas. Ya te lo contaré todo luego. Adiós.

Corté a tiempo de oír al otro lado la voz de Cecily llamándome. Me puse la chaqueta, y salí del dormitorio. A medio camino de la puerta de salida oí el timbre del aparato sonando, pero no retrocedí para cogerlo. Sabía que era Cecily, y no quería tener que darle explicaciones. Así, aunque sólo fuera el interés, la mantendría despierta hasta que pasara la hora que le había pedido y pudiera avisar al inspector si yo no la llamaba antes. Por otra parte, no quería ponerme melodramático. Al fin y al cabo, todo eran sospechas.

La realidad, no sé lo que buscaba cuando me lancé a aquella aventura. Ahora, ya pasado todo, pienso que procedí un poco descabelladamente al hacer aquello. Quizás hubiera sido mejor esperar, avisar al inspector de mis sospechas, o cualquier otra cosa. Pero tengo un carácter extremadamente impulsivo, y cuando tomo una decisión la llevo a cabo a pesar de todo. Por esto salí de mi casa decididamente, saqué el monobólido del pequeño garaje, y me lancé a la calle.

Los dos policías que montaba guardia frente a mi casa, soñolientos, parecieron despertar de pronto al verme. Cogieron el vehículo semioficial que tenían estacionado allí cerca, y me siguieron. Los dejé hacer. Quizá, después de todo, me fueran útiles luego.

Al paso de mi monobólido, los policías que permanecían de vigilancia en cada manzana de casas salían de los lugares donde estaban guarecidos para observar mi paso, y se tranquilizaban al ver el coche que me seguía. Así, fui recorriendo calles a regular marcha, hasta llegar a la nueva avenida 37. La enfilé, aumentando la velocidad. A aquellas horas de la noche el tránsito era nulo, y por eso pude desarrollar toda la potencia del monobólido.

Cuando llegué frente al edificio de la «Robot Machines Co.», frené en seco. Allí estaba. Erguido ante mi, erecto con sus veinte pisos, todos ellos destinados a instalaciones y oficinas. Era una verdadera construcción. La lástima era que permanecía oscuro, desierto, mudo, sin asomos de vida en su interior. Hacia ya más de veinte días que permanecía cerrado, y la soledad le daba un aspecto de tristeza imponente.

El coche de los agentes se detuvo a poca distancia del monobólido, y los dos hombres descendieron, avanzando hacia la puerta en el momento en que yo abría la verja. Les hice un ligero saludo con la mano, crucé el pequeño jardincillo, me detuve ante la célula fotoeléctrica, que al «reconocer» mi cara y mi signatura emitió un destello verde, conecté la llave en la cerradura magnética, y penetré.

Los modernos dispositivos de alarma por células fotoeléctricas, que tenían grabadas en su «memoria» todos los perfiles de las personas asiduas a la empresa y autorizadas para entrar en ella a horas fuera de trabajo, hacían innecesario el empleo de guardias nocturnos en el edificio. Cuando abrí la puerta, una vaharada de aire caliente me azotó el rostro.

Avancé por el pasillo, hasta llegar a la sala de «control general de personal», situada al fondo. Consistía esta sala en un inmenso tablero, en el que iban adosadas ciento veintiocho pequeñas pantallitas luminosas, correspondientes a las otras tantas habitaciones del edificio. Puesto en funcionamiento, las pantallitas que se encendían indicaban qua en la habitación correspondiente había alguien, o se movía algo. Una serie de audífonos instalados en red por todo el edificio hacían esta comprobación, recogiendo todo sonido de movimiento, por débil que fuera, y transmitiéndolo a la sala de control, en la que se encendía la pantalla correspondiente. Así se lograba saber a la hora del cierre diario de la fábrica si quedaba todavía algún obrero o seguía funcionando algún aparato dentro de ella, con lo cual se evitaba que alguien quedara encerrado dentro, a la par que se aseguraba la completa inactividad de la maquinaria antes

de cerrar el edificio y conectar las alarmas. Puse en funcionamiento el aparato, dejando que se «calentara» (los audífonos necesitaban un, ciento tiempo para alcanzar toda su potencia y poder empezar a registrar los posibles sonidos), y cuando el indicador mostró que estaba en pleno trabajo, observé el conjunto de pantallitas. Ninguna se había encendido. Nadie había dentro del edificio Nada tampoco se movía.

Volví a desconectar el aparato, y salí de la sala. Bien, aquello no era todo. Debía revisar todas las salas una por una. No sabía por qué, pero tenía la certeza de que encontraría «algo». El qué, no lo podía adivinar, pero estaba convencido de que dentro de poco tendría una sorpresa.

Y la tuve.

Fui avanzando por los diversos departamentos de la planta baja, observando en todos ellos. Llegué el departamento de montaje, situado en la parte trasera del edificio, y eché una ojeada a su interior. El departamento de montaje, donde se daban los últimos toques a la estructura interior metálica de los robots, consistía en una serie de mesas metálicas, sobre las que se tendían los cuerpos para su repaso final. Ahora se encontraban casi todas por robots a medio montar ya que el súbito cierre de la fábrica no había permitido terminarlos. Fui recorriendo la estancia por entre ellos, observando de un modo mecánico su periodo de montaje. Llegué a uno, cuya mesa estaba un poco separada de las demás…

Y me detuve estupefacto. ¡Porque aquel robot que había sobre la mesa a medio construir no era ni con mucho igual a los demás! ¡Era completamente distinto!

En las salas de montaje, los robots que se construyen en una misma «fase» son todos del mismo tipo, con el fin de facilitar la labor de los operarios. Por lo tanto, aquel robot tenia que haber sido igual que los demás. Pero no lo era. ¡Al contrario, no se parecía en nada a ellos!

El corazón empezó a latirme con más fuerza que de costumbre. Si, aquello significaba que no me había equivocado. Mis suposiciones habían sido ciertas. ¡Iba por buen camino!

Me incliné sobre el inmóvil cuerpo. Las piezas que lo componían eran muy diferentes a las de los robots comunes. Eran más pequeñas, más precisas, más numerosas… Recordaba haber

contemplado un diagrama de aquellas mismas piezas antes, en el papel. ¡En los planos del robot del profesor Morgan!

Me enderecé de nuevo, avanzando hacia la puerta. Ahora ya no necesitaba saber más. Ya había comprobado todo lo que necesitaba comprobar. Ahora «sabía» que el robot se ocultaba en el edificio de la «Robot Machines Co.». Podía avisar ya al inspector para que acudiera con sus hombres y acordonara el edificio, iniciando inmediatamente la búsqueda. Aquél sería el fin del ya fatídico robot…

¡O el mío!

Me detuve en seco, a medio camino de la puerta. Porque allí, enmarcado en ella, había alguien. Alguien totalmente desconocido para mi, pero de quien sabía ya todo. Alguien de quien sabía que ni siquiera era un hombre.

¡Ante mi tenía, por segunda vez en mi vida, al robot!

—De modo que has terminado descubriéndolo. Ya lo supuse antes, pero era ya demasiado tarde para eliminarte entonces. Bien, lo haré ahora.

Era la primera vez que escuchaba su voz. No era ni con mucho desagradable, y no tenia el sonido metálico de la de los primeros modelos de robots. Parecía totalmente humana. Pero era fría. No tenía entonación, inflexiones. Era una voz típica de robot.

Me pasé la lengua por los labios. Me bastó tan sólo una ojeada para comprender la situación. El robot bloqueaba la puerta, impidiéndome la salida. Su intención estaba bien clara: matarme. Le había descubierto, y era necesario que no saliera con vida de allí. Aunque quizá, si pudiera usar un poco la estrategia… Tenía un tanto a mi favor: yo podía mentir, él no. Un robot, por su misma contextura de máquina, dice siempre la verdad. Podía aprovecharme de ello.

—Piensas matarme, ¿verdad?

—Si —contestó el robot—. Lo siento, pero he de matarte.

Me permití una sonrisa irónica.

—¿Estás seguro de que lo sientes? Creí que los robots no podían sentir nada.

—Es cierto, no sentimos. No siento que tenga que matarte.

Pero mi memoria— se refería a sus circuitos. Todos los robots llaman «memoria» al conjunto de conocimientos que tienen grabados en sus cerebros positrónicos — me dice que las personas inteligentes no merecen morir inútilmente. Tú eres inteligente. Por eso he dicho que lo siento. Lamento tener que matarte.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Por seguridad. Si no te mato, me destruirán a mi. Es un mal menor para evitar un mal mayor.

—Naturalmente: el que te destruyan a ti.

Meneé la cabeza. Ningún argumento podía contra la fría lógica de un robot, y mucho menos contra la de aquel robot. Para un robot sólo existen conclusiones lógicas, y por ellas se basan. Son para ellas el sustituto del corazón humano. Corazón contra lógica. ¿Cuál sería el más poderoso? ¿Cuál resultaría vencedor?

Comprendí que se iba a iniciar un duelo; un duelo en el que habría un sólo vencedor. Lancé una disimulada ojeada al reloj. Habían pasado veinte minutos desde que telefoneara a Cecily. Si lograba demorar unos cuarenta minutos más mi ejecución, quizá lograra salvarme. Si acudían el inspector y sus hombres…

Me pasé la lengua por los labios. Debía proseguir aquella conversación. Debía continuar ganando tiempo. Cada vez faltaba menos para que Cecily llamara al inspector…

—Tú sí temes a la muerte. Los humanos teméis a la muerte. Sois muy extraños los humanos.

Saliendo por primera vez de su inmovilidad, al robot avanzó unos pasos. Entonces pude apercibirme de que había cerrado la puerta a sus espaldas.

—Lo siento — dijo—. He de matarte.

Su tono, frío, glacial, contrastaba enormemente con el dramatismo de la situación. Siguió avanzando. Retrocedí unos pasos, y levanté una mano.

—Un momento — dije—. Estoy de acuerdo en que has de matarme, pero a los condenados a la última pena se les concede un póstumo deseo.

Se detuvo. Su rostro seguía impasible. Meneó la cabeza, sin dejar de mirarme.

—No veo por qué he de concederte un último deseo. No te reportará ningún beneficio.

Pensé desesperadamente, buscando algún argumento para contestarle.

—¿Acaso te reportará a ti algún perjuicio?

Dudó unos momentos. Me parecía ver los engranajes de su cerebro moviéndose a gran velocidad en busca de la contestación adecuada.

—No —dijo al fin—; no me perjudicará. Pero tampoco me beneficiará en nada.

Volví a pensar desesperadamente. Tenía que encentrar algún medio de seguir hablando, de distraerle, sabia que, aunque intentara escapar de entre sus garras, al final terminarla atrapándome. Recordaba lo sucedido con Morgan. La única solución que me quedaba era hablar y hacerlo hablar hasta que acudieran el inspector y sus hombres en mi ayuda. ¡Y todavía faltaba tanto tiempo para eso!

—Tu mismo has dicho que los humanos somos extraños —murmuré —. Y lo somos. No podría morir tranquilo si no me concedieras un último deseo.

El robot dudó unos momentos. Visto así, bajo la impersonal luz blanca de la habitación, parecía la máscara de la indiferencia. «¡Cristo —murmuré por lo bajo —, ¿acaso no puede tener siquiera un «poco» de expresión?

—Bien — dijo al fin—. No veo ninguna razón por la que no sigas viviendo unos minutos más. ¿Cuál es tu deseo?

—Saber por qué has hecho todo esto.

—Todo… ¿qué?

—Pues el matar a Morgan, a tu creador…, a Edward…, a los demás…, el robar dinero…

Siguió un silencio. El robot parecía rumiar. Su actitud semejaba demostrar indolencia, pero yo sabia que esto no era cierto.

No apartaba ni un segundo sus ojos electrónicos de mí, y al menor movimiento se lanzaría contra mí dispuesto a destrozarme. No puede engañarse a un robot con esta clase de tretas. Se necesita ser más sutil. Por otra parte, la puerta estaba todavía dentro de su radio de acción. Era imposible alcanzarla.

—Estás intentando engañarme.

La frase fue concisa, acusatoria. Un robot no puede decir «me parece…», «creo…». Sus frases son afirmaciones y negaciones, expresadas en el mínimo de palabras. No hay nada superfluo en ellos.

—¿Por qué lo dices? — inquirí, dirigiendo una disimulada mirada a mi muñeca. Todavía faltaban treinta y dos minutos.

Estás intentado distraerme. Por dos veces has mirado ya tu reloj, ¿esperas recibir ayuda?

Me mordí los labios.

—Aunque la esperara, ésta no llegarla a tiempo para salvarme. ¿De qué me servirla entonces entretenerte?

—Los humanos sois muy extraños— volvió a repetir su anterior afirmación—. Tengo grabados en mi memoria los ejemplos de muchos casos de hombres que se sacrificaron por lograr un propósito que a ellos no les reportaba ningún beneficio.

—Algo completamente absurdo dentro del punto da vista de un robot, ¿verdad? — quizá, aun sin saberlo, él acababa de poner el dedo en la llaga.

—Sí; pero los hombres sois muy extraños —repitió por tercera vez.

—Entonces, ¿no quieres concederme mi último deseo?

—No. No quiero arriesgarme. Es mejor marchar sobre seguro.

Volvió a avanzar unos pasos. Retrocedí de nuevo, y levanté otra vez mi mano.

—¡Espera! Ya que no quieres explicarme el porqué de lo que has hecho, déjame al menos que lo adivine. Antes has dicho que soy inteligente.

El robot asintió.

—Si, lo eres. De otro modo no me hubieras hallado.

—Muy bien. Entonces, dime si me equivoco. Mataste al profesor Morgan porque intentaba oponerse a ti, mandarte. Luego mataste también a Edward porque conocía tu constitución y podía hallar tu punto vulnerable…

—No — interrumpió el robot, impasible —. No fue por eso. Simplemente, leí en los planos el acta de rechazo que había firmado, en la que me calificaba de peligroso y fuera de la le. Él conocía mi existencia, y yo no quería que nadie la conociera. Por eso le maté.

Sonreí. Le había llevado por el terreno que yo quería. Un robot no puede usualmente interrumpir una conversación, negándose tácitamente a seguirla. Su natural es contestar a todas las preguntas que le hagan. Por eso proseguí:

—¿Y a Morgan?

—Tienes razón en él. Quería mandarme, dominarme. Me había construido libre, independiente, pero quería mandarme. Me negué a obedecerle, y me amenazó con destruirme si no le obedecía. Por eso lo maté. Tuve mucho trabajo, pues corría como una liebre y me evitaba como un gamo. Pero al fin pude cogerle, y logré darle un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido.

—Lo mató — rectifiqué.

—Bueno, quizás sí, pero yo no estaba seguro.

—Por eso lo volviste a golpear hasta deshacerle completamente la cabeza, ¿verdad?

—Si. Quería estar convencido de que no volverla a alzarse contra mí. Luego busqué en la casa los planos de mi construcción, y me los llevé.

—No querías que nadie supiera de tu existencia. ¿Me equivoco?

—No. Mis circuitos me decían que si alguien la conocía intentaría destruirme o mandarme igual que había hecho el profesor, y yo no quería que nadie me mandara. Quiero ser libre.

—Y así mataste a Edward.

—Si. Por su nombre en los planos comprendí que sabia de mí existencia. Busqué en un listín telefónico su dirección, y luego fui a su casa.

—Lo encontraste dormido, y lo golpeaste igual que al profesor, ¿no?

—Si. Luego creí que todo habría terminado, que ya todo estaba bien, pero luego vi en las portadas de los periódicos la noticia de las dos muertes, y de que habría una persona que conocía mi existencia además de las otras dos que ya habían muerto. Quise comprar aquellos periódicos, pero me di cuenta da que no llevaba dinero.

Empezaba a comprender.

—Y así cometiste tu tercer crimen.

—Si. No quería matarlo; no era esa mi intención. Entré en la tienda dispuesto a tomar un poco de dinero, y golpeé al hombre para dejarlo sin sentido y que no se me opusiera. No quise matarlo, pero los hombres tenéis una constitución tan débil...

Parecía que en sus palabras se deslizaba un poco de lástima. Claro que un robot no puede sentir lástima de nada, pero... Hubiera querido mirar el reloj, pero tenía miedo de que el robot volviera a pensar que estaba tramando engañarle, y decidiera eliminarme entonces mismo sin contemplaciones. Volví a preguntar:

—¿Y qué hiciste después?

—Compre el periódico, y leí la noticia. Pensé mucho sobre ella. Al final llegué a la conclusión de que nadie creería tu historia, si no presentabas pruebas. Y la única prueba que tenias era esa tal Cecily. Si ella desaparecía, tú no tendrías nada para probar tu inocencia, y serías culpado. Y yo estaría seguro.

—Pero te falló.

—Si, no pensé en el «buceador cerebral», aunque en mi cerebro tenia grabado todo lo referente a él. No creí que tú lo pidieras. Y luego, cuando apareciste en el momento en que iba a eliminar a Cecily...

—Te sorprendiste, ¿verdad? — dirigí una brevísima mirada a mi reloj. Faltaban veintisiete minutos—, Vacilaste, y aquello fue lo que te hizo fallar.

—Si, vacilé. Mis circuitos necesitan un reajuste siempre que entra un nuevo factor en mi circulo rotatorio (1[4]), y esto lleva unos segundos de tiempo. Ello hizo que se me escapara Cecily, y luego tú. Cuando entró la gente en la habitación, comprendí que mi plan había fallado, y decidí huir.

—Desapareciste. Y comprendiste que tus esfuerzos para que el mundo ignorara tu existencia habían fallado. ¿Quisiste vengarte de los hombres matando a varios de ellos y robándolos?

—Los hombres sois extraños — repitió el robot una vez más, y la frase me volvió a crispar los nervios. Disimulé—. Sabes muy bien que no puedo tomar venganza de nadie pues el odio es algo desconocido para mí. Necesitaba dinero, eso es todo. Los hombres que tuve que matar se pusieron en mi camino, y los aparté. No quería matarlos, pero necesitaba dinero.

—Para esto, ¿verdad? — señalé a mis espaldas, hacia la mesa donde estaba el robot a medio construir —. Pensabas fabricar unos o varios de tus hermanos.

—Lo suponía. Tuve que meditar mucho sobre ello antes de poder llegar a esta conclusión. Un robot no necesita dinero para nada más que no sea repararse a sí mismo... o construir algunos semejantes suyos. Tú tenías los planos, y podías realizar fácilmente lo segundo. ¿Para que los querías? ¿Pensabas constituir un ejército con ellos?

—Eres corto de entendimiento, humano. ¿Para qué querría yo un ejército? No, no pensaba hacer eso. Al contrario. Mi intención era ayudar a la humanidad.

Hasta entonces podía haber escuchado muchas frases absurdas e inconcebibles, pero ninguna como aquella. ¿Ayudar a la humanidad? ¿Un robot?

—Si, un robot. Los hombres sois débiles, frágiles. Estáis expuestos a muchas flaquezas y a muchas debilidades. Os debéis a muchos afectos, a muchos odios y a muchos rencores. Un pueblo necesita para su prosperidad gobernantes firmes, que no se dobleguen ante los sentimentalismos. Estáis faltos de alguien que os lleve con la mano firme, que os conduzca sin vacilaciones por el camino del progreso. Y ese alguien sólo podemos ser nosotros, los robots.

El robot calló, y yo me lo quedé mirando con ojos enormemente abiertos. Lo que acababa de oír era tan absurdo, que si no hubiera sido por las circunstancias que concurrían en aquella

escena me hubiera echado a reír con ganas. ¡Un robot matando, asesinando y robando para hacer un bien a la humanidad!

—Comprendo lo que pasa por tu cabeza, humano. El hombre también hace lo que yo he hecho. ¿Cuántas veces ha sacrificado a algunos de sus elementos para empujar hacia el progreso al resto de la humanidad? Incluso tú mismo lo has demostrado hace poco: un hombre no teme morir cuando cree que con ello hace un bien a los demás hombres. Éste es vuestro axioma. ¿De qué te sorprendes entonces?

Iba a decir algo, pero callé. Comprendí que, en el fondo, el robot tenía razón. Era una argumentación absurda desde el punto de vista humano, descabellada, pero era cierta. Él había sido creado, y por este solo hecho tenía que cumplir una misión. No hay nadie que sea creado para nada; por lo tanto, él tenía «algo que hacer». Y este algo sólo podía ser una misión grande, espectacular, digna de su categoría. Él era un robot extraordinario, especial. Por lo tanto, tenía que hacer algo extraordinario. ¿Y qué más extraordinario que convertirse en el guía de la humanidad? Una humanidad sin sentimientos, sin afectos, que marcharía autómata en pos de la meta fijada por un dictador sin conciencia...

Comprendí lo absurdo de aquel razonamiento. ¡Y lo peor era que no podía ser más lógico! Ya sé que para un hombre resulta algo incomprensible, pero ante mi no tenía un hombre, tenía a un robot. Y ya he dicho antes que hay aspectos en la mentalidad de un robot que el hombre no llegará a comprender nunca. Se necesita ser algo más que humano para comprenderlo.

Volví a dirigir una fugaz mirada a mi reloj. Faltaban todavía quince minutos Debía ganarlos. Ahora, más que nunca, comprendía que el robot era una amenaza enorme para la Humanidad. Tenia que ser destruido. ¡Y yo tenía que conseguirlo, aunque me fuera la vida en ello!

—Bien, Frank Hickman. Creo que tu deseo ha sido ya satisfecho.

Iba a avanzar de nuevo. Me pasé la lengua por los labios. ; Cielos, no podía terminar aún! ¡Debía de ganar más tiempo!

—¡Espera! —grité—. Todavía hay algo que quiero preguntarte. ¿Por qué te escondiste luego de la redada? ¿Por qué no volviste a aparecer? ¿Tuviste miedo?

—Sabes muy bien que no puedo tener miedo a nada. No, no tuve miedo. Simplemente, comprendí que ya no podía seguir más en aquella situación, que ya no podía reunir más dinero. Y decidí esconderme. La «Robot Machines Co.» estaba abandonada, lo sabía por los periódicos, y decidí esconderme aquí. Estaba perfectamente enterado por mis circuitos do todas las clases de alarma que existen en la actualidad, y no me fue muy difícil arreglar ésta para que no entrara en funcionamiento al entrar y salir yo. Instalé aquí mi cuartel general. Valiéndome de estos talleres fui construyendo las piezas necesarias para formar un nuevo robot idéntico a mí, aunque con ligeras variaciones que le hicieran obedecer completamente mis órdenes, sin posibilidad de discutirlas. Quería ensayar su construcción en serie. Lo probaría, y cuando hubiera comprobado su perfecto funcionamiento encargaría la construcción de las distintas piezas a diversas industrias, pidiendo enviaran las remesas al extranjero, donde me trasladaría yo después también. El dinero que tengo en mi poder serviría para pagar los pedidos, y después conseguiría más. Montaría mis robots y me dispondría a tomar las riendas del poder. Ningún loco podría oponerse a la suprema razón...

—Pero te ha fallado todo — le interrumpí—. He venido yo aquí, y esto ha echado por tierra todos tus planes. Ahora estás perdido.

—Te equivocas. ¿Qué puedes hacerme tú? Te destruiré, te mataré, y luego me iré de aquí. Nadie podrá encontrarme, porque podré ocultarme en cualquier parte. Y con el dinero que tengo, y el que conseguiré después, seguiré adelante con mis planes...

Comprendí que ya nada podría detenerle, si no era la destrucción total de su cerebro. Su lógica, su portentosa y extraña lógica de robot le había señalado un camino a seguir, y nada ni nadie lo apartaría de él. Por el bien de la Humanidad debía ser destruido...

—Lo siento — volvió a decir, siempre con su inexpresivo acento—. Ya ha pasado demasiado tiempo. Voy a matarte.

Y por tercera vez volvió a avanzar hacia mí. Comprendí que ahora ni con las más convincentes palabras del mundo podría detenerlo. El duelo palabras había terminado. Ahora empezaría un nuevo duelo. Un duelo de habilidad... y de fuerza. Un duelo en el que yo llevaría las de perder.

¡Y todavía faltaban doce minutos para que hubiera transcurrido la hora que había dado de plazo a Cecily!

CAPÍTULO IX

LA ÚLTIMA LUCHA

EL robot se lanzó contra mí. Nadie ni nadie podría detenerle. Su mano, aquella terrible mano, se alzó, abierta en filo. Estaba dispuesto a descargar su tremendo y efectivo golpe a la cabeza...

En el último instante, hice una finta de costado. Sentí el aire silbar junto a mi oreja y su brazo pasó a escasos milímetros de mi cuerpo. Me enderecé de nuevo y le vi vacilar por unos segundos, como desorientado. Recordé lo de su «circulo rotatorio». Necesitaba unos segundos para que sus circuitos volvieran a ponerse en orden a las circunstancias, Aproveché aquel breve instante para ganar de nuevo distancia entre él y yo. Recordaba lo sucedido en casa de Cecily. Mientras lograra guardar la distancia entre los dos, podría considerarme relativamente seguro. Pero si le permitía que se acercara lo suficiente para largarme su mortal golpe o para estrecharme entre sus férreos brazos, estaría pedido.

El robot, ya repuesto, volvió a lanzarse contra mí. Había cesado de hablar; la lucha se desarrollaría de ahora en adelante silenciosa. Una vez anunciados sus propósitos, el robot ya no tenía necesidad de pronunciar ninguna palabra más. La revolución de sus circuitos (sus malditos y superlógicos circuitos electrónicos) le decía que era una pérdida inútil de tiempo. ¿Para qué hablar? Su principal objetivo ahora era matarme.

Volví a hacer una finta de costado, retrocediendo rápidamente y amparándome tras una metálica mesa. Sobre ella, a medio construir, se hallaba un robot. Y a su lado, una palanca sujetadora de acero.

No sé que me hizo cogerla entre las manos. El berilo super-2 es extremadamente resistente a toda clase de golpes. Pero, a pesar de ello, lancé la palanca con todas mis fuerzas contra la metálica cabeza del robot.

Éste la ladeó, aunque no pudo evitar completamente el golpe.

Se tambaleó unos momentos, mientras la palanca caía estruendosamente al suelo llevándose por delante un trozo de su piel plástica de la sien. Aproveché aquellos instantes para volver a retroceder, desviándome hacia la izquierda. Si lograba, engañarlo y acercarme lo suficiente a la puerta de entrada, tendría muchas más posibilidades de salvarme.

Pero el robot no tardó en reponerse. El golpe no le había causado el menor daño en su resistente estructura. Volvió a avanzar hacía mí. Una mesa le estorbaba en su camino, y la volcó de un empujón, a pesar de que debía pesar medio centenar de kilos. El robot que había tendido sobre ella a medio construir cayó al suelo estruendosamente. Al parecer, no le importaba al robot armar escándalo. Siguió avanzando.

Al andar, su paso era tranquilo, mesurado, y su rostro tenía su impasibilidad habitual. Parecía un engendro, avanzando hacia mí, con aquella enorme desgarradura en la sien por la que se veía la metálica estructura de su cabeza y que le daba un aspecto de muerto salido de su tumba para cumplir una siniestra venganza.

Evité un nuevo golpe, no sin que su mano me rozara un costado. Sentí un intenso dolor, semejante al de una quemadura. Volví a retroceder. Ya me separaban pocos metros de la puerta...

Me lancé contra ella a la velocidad de un huracán, apoyando con mano febril los dedos sobre el pomo y haciéndolo girar. ¡La cerradura no respondió!

—Es inútil. ¿Crees que hubiera dejado la puerta abierta sabiendo que tú podías escapar por ella? He inutilizado la cerradura.

Me volví hacia él. Era la primera vez que hablaba desde que empezara la lucha. Se lanzaba de nuevo hacia mí, con su potente mano (su efectiva y sempiterna arma de ataque) abierta y dispuesta a golpear. Me lancé hacia un costado, choqué contra una mesa, sentí el golpe de algo duro en mi costado y súbitamente recordé algo.

¡La pistola que me diera el inspector!

Hasta entonces la había olvidado por completo. Era una pistola especial, con balas explosivas de berilo super-2. La única arma que podía acabar con el robot. ¡Y yo la tenía en mi poder! ¡Qué necio había sido!

Volví a evitar al robot, presa de súbita esperanza. Tenía

todavía una carta a jugar en mi baraja. ¡No todo estaba perdido!

Llevé mi mano al bolsillo interior especial de mi americana, notando el frío contacto de la culata del arma. Tiré de ella. Allí estaba, negra y reluciente, dispuesta a vomitar su mortífera carga. La tenía en mi poder y podía utilizarla cuando quisiera. Ahora mismo incluso...

El robot se lanzaba por enésima vez contra mí. Di un salto de costado y disparé. El tiro falló. La bala pasó silbando a pocos centímetros del cuerpo del robot y fue a estrellarse contra la pared, donde estalló. El ruido fue ensordecedor. El robot se detuvo unos momentos, dejando que sus circuitos (su circulo rotatorio había cambiado) se adaptaran a la nueva situación. Varié el enfoque de la pistola, dispuesto a disparar de nuevo. Pero habían pasado ya unos segundos y el robot se había repuesto de su «sorpresa». Había asimilado la nueva situación y estaba otra vez dispuesto para la lucha. Y yo había cometido un error: permitir que se me acercara demasiado.

Todo sucedió rapidísimamente. El robot avanzó y su mano se movió velocísimamente. Sen ti como si un huracán me arrancara el brazo de cuajo, y lancé un grito de dolor. Mis dedos sin fuerza dejaron escapar la pistola. E Inmediatamente me encontré entre los brazos del robot que, cual dogales de acero, se estrecharon fuertemente contra mí...

Las sensaciones que sentí en aquellos momentos desfilaron ante mí como las escenas de un film. Comprendí que iba a morir, que ya nada podría salvarme. Había sido atrapado. Sentí que mis costillas crujían bajo la presión y que la respiración me iba fallando. Estaba en la misma situación en que se hallara Cecily días antes en su propio apartamento. Con la variante de que ahora no habría nadie que acudiera en mi ayuda...

¿Dije nadie?

Al principio no supe con exactitud lo que pasaba. En mis oídos empezaron a sonar estridencias de agudo tono que trajeron ecos conocidos en mi memoria.

Yo conocía aquel sonido... ¡Cielos, sí, el de la alarma de la fábrica! ¡Alguien había forzado la puerta de entrada!

Sentí como por unos momentos los brazos del robot se aflojaban. Un nuevo factor había entrado en su «circulo rotatorio». Me entraron nuevas dosis de energía en mi cuerpo. Hice una poderosa finta y empuje con todas mis fuerzas el metálico cuerpo que tenía ante

mí. Los brazos que aun me rodeaban me empujaron con ellos hacia el suelo, pero logré mi propósito: ¡derribar al robot!

En el suelo me escurrí como un gamo, logrando zafarme de los férreos brazos que me aprisionaran, ahora ya sin fuerza. Me puse en pie de un salto. Sabía que el robot seguía funcionando como antes, pero el timbre de alarma que aún seguía sonando y la caída entretendrían aún por unos segundos el funcionamiento de sus circuitos. Me alejé en dos saltos del caído cuerpo y busqué con los ojos la pistola que perdiera al recibir el golpe del robot. El brazo me dolía enormemente, pero en aquellos momentos era insensible al dolor. La vi tirada en el suelo y me lancé sobre ella. La empuñé fuertemente con la izquierda.

—¡Señor Hickman!

Di media vuelta. No me había apercibido que la puerta de entrada de la habitación había sido derribada y que dos hombres acababan de aparecer en ella: ¡los dos policías encargados de mi protección!

—¡Cuidado, señor Hickman!

Me volví nuevamente. El robot se ponía en pie y contemplaba la escena con sus ojos yermos, fríos. Con el rabillo del ojo vi cómo uno de los policías levantaba su pistola especial dispuesto a disparar. Grité:

—¡Déjelo! ¡Es para mí!

No sé qué me hizo gritar aquello. En realidad, tenia mi pistola en la mano, y deseaba ardientemente terminar yo mismo con el robot. Quería destruirlo personalmente. Me debía esta satisfacción.

El robot permanecía ante mi tambaleante. Parecía una persona ebria, y yo sabia la causa. La caída no le había afectado, pero había alterado momentáneamente sus mecanismos del equilibrio. Un robot es una máquina sumamente precisa y un choque fuerte, como es una caída, desbarata momentáneamente algunas de sus piezas móviles. Tardaría aún unos segundos antes de recobrar por completo el uso de sus funciones. Tenía tiempo de prepararme.

Levanté la pistola, apuntando con cuidado. En aquellos momentos el robot pareció volver en sí. Sus ojos fríos, su rostro impasible, se volvieron definitivamente hacia mi, como centrando exclusivamente su atención. Pareció comprender mis intenciones, y de su boca salió un tenue silbido, el mismo que ya escuchara en el

apartamento de Cecily, en nuestro primer encuentro. Se movió. Sentí en mi interior una sensación rara, indefinible. Era una criatura artificial, sin vida. Aunque había intentado matarme, aunque habla cometido varios crímenes, no lo había hecho por odio ni por otra causa normal entre nosotros, los humanos. Simplemente, había ido en pos de un fin, que él creía debía conseguir. Sus circuitos le habían dictado lo que tenia que hacer y él había obedecido. No odiaba a nadie.

¡Pero yo sí lo odiaba a él!

Apreté el gatillo. Y en el último momento, en el último instante en que pude ver su rostro, me pareció ver algo que me sorprendió. Sé que es imposible; sé que un robot no puede sentir ninguna sensación humana. Pero en aquel último y fugaz instante me pareció ver que su rostro reflejaba un odio y una ferocidad profunda, Inigualable. El odio y el furor más profundo que rostro humano pueda reflejar jamás.

Luego sonó un estallido y una nube espesa y gris surgió de donde momentos antes estuviera la cabeza del robot. Seguí apretando el gatillo una y otra vez hasta que me pareció que mi dedo no tenía fuerza ya para seguir disparando. Después...

Después sentí un fuerte golpe en la cabeza; todo pareció girar a mi alrededor y me hundí en el pozo profundo y negro de la inconsciencia.

* * *

La primera sensación que tuve al despertar de nuevo fue la de que me encontraba en el interior de una jaula donde cantaban centenares de pájaros. Abrí los ojos y percibí figuras borrosas a mi alrededor. Me encontraba tendido, y el brazo derecho lo tenía completamente inmovilizado. Lentamente los cantos de los pájaros fueron acallándose, y pude oír voces confusas. La visión se me fue aclarando y no tardé mucho en percibir ante mí la figura del inspector.

—¿Cómo se encuentra?

Fui a decir algo, pero la voz no me salió de la garganta. Intenté asentir con la cabeza y unas punzadas de dolor me recorrieron la medula.

—¡Cuidado, no mueva la cabeza! —gritó alguien, que después

pude apreciar era un doctor.

Me encontraba tendido en una cama, en lo que sin duda era la habitación de un hospital, y tenía el brazo derecho completamente vendado dentro de una prieta armazón de acero que me impedía moverlo. Al parecer, también tenía la cabeza vendada, aunque todavía no sabía los motivos, a menos que fuera cosa de la legión de pájaros que parecían anidar dentro de ella. A mi alrededor estaban reunidas cuatro personas, de las que solamente conocía al inspector. Otra persona, de la que solamente veía en mi posición un ínfimo fragmento del vestido, permanecía a mi lado.

—Cariño...

Ya no necesité mover la cabeza para saber quién era aquella persona. ¡Bueno, ya estábamos todos reunidos!

—¿Qué pasó? — pregunté, dirigiéndome concretamente al inspector, aunque sin mirar à nadie en particular, debido a la posición de mi cabeza.

—Casi nada — dijo éste—. Que se lió a tiros explosivos con el robot sin tener en cuenta que las explosiones podían arrojar metralla contra usted, enviándolo en menos que canta un gallo al otro mundo. Ha tenido mucha suerte. Todavía no comprendo cómo está vivo.

—Entonces...

—Tuvo la fortuna de que un trozo de metal le diera en la cabeza, rozándole una sien, y le derribara al suelo junto a una mesa de montaje, que lo protegió de lo que vino después. A ella le debe el que a estas horas no esté como una verdadera criba. Según me contaron los dos muchachos que tenían la misión de protegerle, le siguieron hasta la «Robot Machines Co.», y allí esperaron mientras usted se metía dentro. Luego empezaron a oír ruido y, finalmente, un disparo, y se lanzaron adentro, derribando la puerta. Cuando llegaron donde estaba usted lo encontraron frente a frente con el robot. Al percatarse de la situación, intentaron sacar sus armas, pero usted les gritó qua se lo dejaran, y empezó a disparar. Cuando terminó la barahúnda el robot no era más que un informe montón de chatarra, y usted estaba tendido en el suelo, sin conocimiento y manándole abundante sangre de la cabeza. Lo trajeron corriendo al hospital y... Bueno, por poco se nos queda en el sitio. ¡Menudo susto nos ha dado!

Me llevé la mano a la cabeza (la mano izquierda, naturalmente), y palpé el vendaje. Hubiera estado bonito que ahora,

cuando ya todo había terminado, me hubiera quedado en el sitio. ¡No me hubiera hecho la menor gracia la broma, palabra!

—¿Acudieron a la fábrica? — pregunté.

El inspector asintió con la cabeza.

—Si, aunque maldita la falta que nos hizo. Recibimos el aviso de su pro... de la señorita Cecily cinco minutos antes de que transcurriera el plazo que usted la había dicho. Nos contó lo que usted le había comunicado y nos dijo, que estaba nerviosa, que temía que le hubiera sucedido algo. Acudimos corriendo con todos los hombres disponibles... y lo hallamos todo terminado. Los alrededores de la fábrica estaban infectados de policías y soldados que hablan acudido alarmados por el escándalo, y ellos nos contaron lo que había sucedido. Acudimos aquí, al hospital... y eso es todo.

Adelanté mi mano hacía Cecily, y ella me la cogió con una suya. Tiré de ella hasta que su rostro apareció en mi campo visual. Estaba bonita como siempre, pero a mí me lo parecía más que nunca. Le envié un beso con el pensamiento, otro con los labios y otro con el corazón. El inspector preguntó:

—¿Cómo llegó a saber que el robot se ocultaba en la «Robot Machines Co.»?

Sonreí con suficiencia, y una punzada de dolor me taladró las sienes. ¡Diablos de cabeza!

—Por simple deducción, y a fuerza de mucho pensar en ello. Desde un principio me hizo cavilar el poder tan extraordinario de disfraz que tenía el robot, y aquello me hizo llegar a la conclusión de que tenía que tener a su disposición un buen vestuario y una variada colección de máscaras plásticas faciales. ¿Dónde encontrar todo esto? En una casa donde se vendieran artículos para robots, o en una fábrica de los mismos, naturalmente. Analicé los disfraces bajo los cuales se habla presentado: gabardina marrón, traje a rayas: robot tipo corriente. Traje de mecánico y botas de fundición: robot plomero. Traje negro, y cartera en la mano: robot vendedor. Disfraz femenino: robot dama de compañía. Tenía ante mí una buena variedad. Fui pensando, pensando, pensando... y recordé de pronto que la «Robot Machines Co.» había recibido anulaciones de un pedido de robots vendedor para Pensylvania, de otro de robots doncella y robots ama de servicio para Michigan, de otro de robots plomero para una empresa metalúrgica de Ecuador... Recordé también que la «Robot

Machines Co.» estaba en la actualidad cerrada y que el robot de Morgan había demostrado ya poseer conocimientos bastante extensos sobre dispositivos de alarma. En consecuencia...

—Terminó hallándolo—cerró la frase el inspector.

Negué con la cabeza, y estuve a punto de lanzar un aullido de dolor. ¡Malditos vendajes...!

—No. Al final, quien me halló a mí fue él.

Y les expliqué todo lo que habla sucedido en la sala de montaje de la «Robot Machines Co.». Cuando terminé, el inspector preguntó:

—¿Cómo pudo saber él que usted se encontraba allí?

—Pues en realidad no lo sé — respondí—. Ni es probable que lo sepa nunca. Cuando yo entré se encontraba inmóvil en algún rincón de la fábrica, pues ninguna de las pantallas registradoras de la sala de control detectó el menor movimiento. Supongo que me oiría trajinar por el edificio (no hay que olvidar que los aparatos electroauditivos de los robots son muy finos) y acudió a ver qué sucedía. Me vio a mí, inclinado sobre el otro robot, y... el resto es fácil imaginárselo.

Siguió un silencio. El inspector permanecía a los pies de la cama, inmóvil, como pensativo.

—¿Por qué no nos avisó directamente a nosotros en vez de ir usted mismo, a comprobar si sus sospechas eran ciertas?

Volví la vista hacia el que había hecho la pregunta, el único elemento del Ejército que había en la habitación. Sin duda era el jefe de la parte militar que había intervenido en el asunto. Al menos, sus galones así lo querían demostrar.

—No tenía ninguna prueba concreta para hacerlo— respondí —. Todo eran suposiciones, sospechas. Por eso decidí ir antes a comprobar si era cierto lo que pensaba para luego, en todo caso, dar aviso a las autoridades "competentes" — y dije esto mirando al inspector.

Al otro no le debió de gustar mucho la indirecta, pues replicó con tono de polémica:

—Pero llamó a su prometida antes pidiéndole que nos avisara si en el término de una hora no lo había hecho usted a ella.

Sonreí imperceptiblemente. Como siempre, el Ejército quería tener primacía sobre todo. Incluso sobre la policía.

—Sí, preferí prevenirme — Cecily me dio un apretón en la mano —. Al fin y al cabo, los acontecimientos demostraron que hice bien.

—Sí, claro... — bufó el hombre, expresando con su gruñido el eterno descontento del ejército.

—No puede oponer nada en su contra, mayor Bentley — dijo el inspector con cierta ironía. Así me enteré del nombre del otro—. Al fin y al cabo, el señor Hickman hizo lo que debía haber hecho. Su conducta fue la correcta. El que luego las cosas se derivaran hacia otro lado, no quiere decir nada.

—Oh, no, por supuesto...

—Bien, señor Hickman. —El que habló ahora fue un tercer personaje, vestido de civil. Hasta entones había permanecido quieto, callado, escuchando atentamente, pero sin intervenir. Se percibía en él un cierto aire de distinción, de persona importante, de las que sólo hablan para tomar acuerdos y resoluciones. Pensé si sería senador o algo por el estilo (más tarde me enteré de que era el enviado especial de Washington para hacerse cargo de la dirección general del asunto en nombre del propio Presidente, ¡casi nada!) —. De todos modos, usted se ha portado como un héroe, y la nación entera le debe gratitud. Desearíamos hacerle algunas otras preguntas al respecto, pero — el otro hombre, el doctor, le había susurrado, hacía poco unas palabras al oído — comprendemos que se encuentra todavía débil y el médico recomienda que no lo cansemos demasiado. De modo que nos vamos y le dejamos tranquilo. Cuando se haya repuesto lo suficiente volveremos para aclarar los extremos que queden oscuros con el fin de elevar el informe a Washington, y... en fin, estreche con mi mano la mano de toda la nación.

Eran unas palabras que sonaban a discurso de mitin público, pero al fin y al cabo el hombre cumplía con su misión. Estreché su mano con mi izquierda, y los cuatro hombres se dirigieron hacia la salida. El doctor hizo una seña a Cecily para que los siguiera, pero yo la retuve por un brazo.

—No, doctor — dije—. Los enfermos necesitan a alguien para que los atienda y los sosiegue, ¿verdad?

El doctor hizo un gesto ambiguo, se encogió de hombros con

filosofía y acabó saliendo y cerrando la puerta a sus espaldas.

Y Cecily se quedó a mi lado.

EPÍLOGO

Bien, eso es todo.

Cuando sané de mis dos heridas (la del brazo y la de la cabeza) los periodistas me asaltaron en tromba, como si fuera un campeón mundial o una luminaria de Hollywood. Ya antes había tenido que dar innumerables referencias de lo sucedido a cada uno de los diversos departamentos que se habían ocupado del asunto y los periódicos habían reproducido infinidad de veces mis declaraciones en letras de molde. Total, que los mismos periodistas que antes clamaran contra mí diciendo que yo era el causante de todo, me alababan ahora como al héroe nacional del momento, ensalzándome continuamente y poniéndome prácticamente por las nubes.

Cuando salí definitivamente del hospital, con el brazo y la cabeza tan sanos como siempre, la campaña antirrobótica aún seguía en pie, aunque con menos auge que al principio. En primer lugar, el robot del profesor Morgan había sido ya destruido y en segundo lugar la gente empezaba a cansarse de tener que hacer todo el trabajo ella misma. Podía decirse lo que se quisiera de los robots, pero la gente empegaba a reconocer que cu empleo era enormemente práctico.

Las ventas de robots, prácticamente nulas en los últimos tiempos, empezaron a aumentar de nuevo lentamente, y la «Robot Machines Co.», totalmente inactiva hasta entonces, comenzó a recibir nuevos pedidos. La fábrica volvió a abrirse, empezó a trabajarse de nuevo, y pronto los robots, estos prácticos robots que todavía tienen grabados en sus cerebros los postulados de las leyes robóticas, empezaron a salir de los talleres. Los pedidos fueron aumentando progresivamente, y pronto se alcanzó el ritmo normal de producción. La campaña antirrobótica, prácticamente, había terminado.

Todos nos alegramos.

Y así terminó también la historia. Esta historia que durante un par de meses atrajo la atención de todo el mundo, causando tan enorme revuelo. Ahora la gente empieza a olvidar y llegará un día en

que apenas si recordará que existió un robot autopensante que construyó un tal Albert Morgan, Los planos fueron destruidos, y el otro robot a medio construir fue enteramente fundido en presencia de las autoridades. En la actualidad, del robot del profesor Morgan sólo queda la memoria, traducida en versiones populares de los hechos, y la leyenda, esa leyenda que van tejiendo los periódicos con sus reportajes retrospectivos, algunas veces en un fútil intento de resurgir algo que ya está completamente muerto y de lo que la gente ya no quiere acordarse en absoluto.

Aunque siempre hay quien quiere saber.

Por este motivo he escrito las páginas precedentes. Si alguien, a la vista de alguno de estos reportajes, desea saber exactamente lo que sucedió, léalas. Y si alguien tiene la pretensión de querer igualar a su Creador e intenta fabricar un sustituto del hombre bajo la forma de un robot autopensante, léalas también. Tal vez así, a la vista de ellas, comprenderá que la obra del Creador no podrá jamás ser imitada y que quien tal intente recibirá, como lo recibió Albert Morgan, el castigo divino que merece en manos de su propia creación. Los robots autopensantes, «homúnculos sapiens», o como quiera llamárseles, jamás serán más que criaturas artificiales, amorfas, verdaderos monstruos en cuerpo y mente, a los que el hombre jamás llegará a comprender.

Es por eso por lo que la ley los prohíbe y los seguirá prohibiendo siempre, por lo que la justicia los condena y por lo que la razón los rechaza y los rechazará toda la vida.

Roguemos porque así sea.


FIN

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

216.— Marte tuvo pasado. — *Roy Silverton*.

217.— El secreto de Ganímedes. — *Vic Adams.*

218.— Vivisección. — *Law Space*.

219.— Klag, el fabuloso.— *Johnny Garland*.

220.— Duplicata. — *Law Space*.

221.— Asteroide nueve-uno-seis. — *Roy Silverton*.

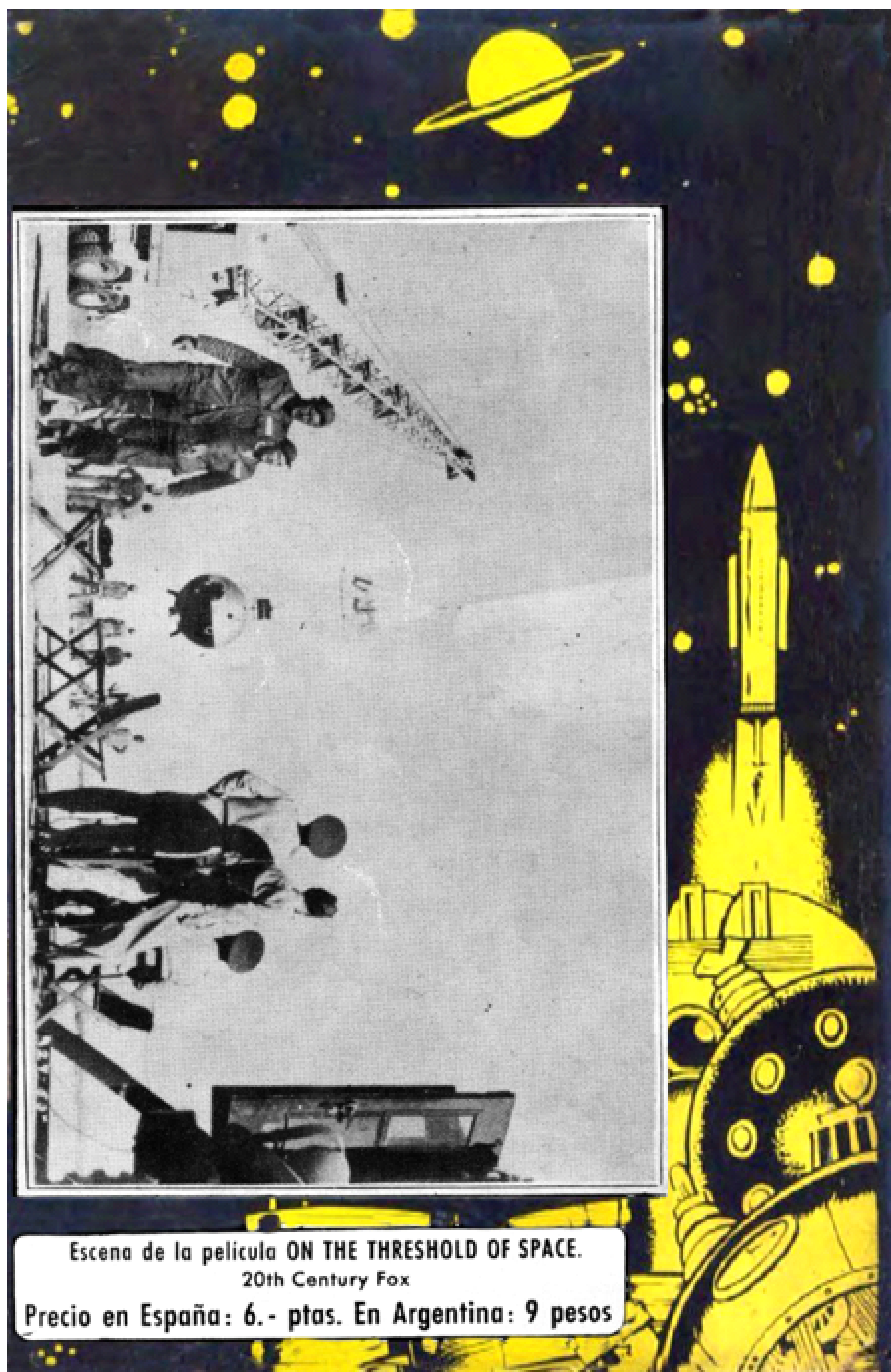
222.— Una mota de polvo. — *Clark Carrados*.

223.— Los autómatas. — *Johnny Garland*.

224.— Mensaje al Futuro. — *Peter Danger*.

225.— Barateria espacial. — *Clark Carrados*.

226.— ¡Robot!. — *Peter Dean.*



Escena de la pelicula ON THE THRESHOLD OF SPACE.
20th Century Fox

(1) Como es sobradamente sabido, la primera ley robótica prohíbe a todo robot y a cualquier otra máquina pensante causar daño a un ser humano, siempre que el no hacerlo ro redunde en un daño mayor. Así mismo, con el fin de evitar que, en un posible fallo de su mecanismo, puedan causar algún daño al hombre, todo robot lleva en su interior un mecanismo autodestructor automático.

(1) La máquina calculadora «Bessie», de Cambridge (Massachusetts); fue una de las primeras construidas en los Estados Unidos y la precursora de los cerebros electrónicos que, en forma de máquinas calculadoras, pensantes y traductoras, invadieron poco después el mundo. Debe su fama a haber resuelto gran cantidad de problemas científicos, matemáticos y técnicos, entre los cuales descuella el del cañón eléctrico alemán de tiro rápido. proyecto del que demostró su imposibilidad cuando aún los técnicos germanos seguían trabajando esperanzados en su realización. (N. del E.)»

(1) El método de identificación por partes superpuestas, ya usado en la actualidad, consiste en reconstruir un rostro mediante adición de partes «prefabricadas», o sea, dibujadas aisladamente de antemano siguiendo los distintos rasgos más usuales. Así, basándose un las descripciones de cómo tiene la nariz determinada persona, cual es la forma de su boca, etc., y superponiendo en una pantalla mediante un proyector de diapositivas las distintas partes del rostro, logra reconstruirse toda la cara. Se saca luego una fotocopia del rostro resultante, se le dan los últimos retoques a mano… y ya está lista la persona a la que se trata de identificar. (N. del E.)

(1) En términos robóticos se emplea la expresión «circulo rotatorio» para indicar los factores que existen alrededor de un robot y que ir mantienen en funcionamiento los circuitos de su cerebro. Estos factores comprenden tanto los físicos (personas, animales, objetos) como los puramente circunstanciales (cambios bruscos de actitud, situaciones imprevistas, ataques inesperados, etc.).